

ANT

XIX

95

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

MEMORIAS

MEXICO:

13 cm.
R. 43.547

MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.



TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquín de Sierra.

TOMO I.

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Alienza,
calle de las Sierpes núm. 3.

1846.



MEMORIAL OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

FOR THE YEAR 1900

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO



PRIMERA PARTE.



JOSÉ BÁLSAMO.



INTRODUCCION.

I.

El Monte-Rayo.

Sobre la orilla izquierda del Rhin, á pocas leguas de la imperial ciudad de Worms y en el sitio donde tiene su nacimiento el rio de Selz, comienzan las primeras cordilleras de muchas montañas cuyas erizadas cumbres se alejan hacia el Norte, asemejándose á una

manada de búfalos azorados, desapareciendo en la bruma.

Estas montañas que desde su declive dominan ya aquel país casi desierto, sirviendo al parecer de comitiva á la mas elevada, tiene cada una un nombre significativo que indica alguna forma, ó recuerda alguna tradicion. La una es la Silla del Rey, la otra la Piedra de los Agavanzos, esta la Peña de los Halcones y aquella la cresta de la Serpiente.

La mas alta, la que mas se eleva hacia el cielo, ciñendo su granítica cúspide con una corona de ruínas, es el Monte-Rayó. Cuando la noche condensa la sombra de los robles, y los últimos rayos del sol doran al espirar las altas cumbres de de esta familia de jigantes, se creería que el silencio descende de aquellas escelsas gradas del cielo hasta la llanura, y que un brazo invisible y poderoso desenvuelve de sus flancos, para estenderlo sobre el mundo fatigado de los ruidos y trabajos del dia, ese dilatado velo azulado, en cuyo fondo centellean las estrellas. Todo pasa entonces insensiblemente de la vijilia

al sueño, y la tierra y los áires reposan silenciosamente.

En medio de esta soledad, solo el riachuelo de que ya hemos hablado, el Selzbach, (asi se llama en el pais) prosigue su curso misterioso bajo los abetos de la orilla, debiendo precisamente arrojarse en el Rhin, que es su eternidad, y aunque ni la noche ni el dia le detengan, la arena de su álveo es tan fresca, sus cañas tan flexibles, tan blanda y suave la alfombra de musgo y saxífragas que adorna sus peñas, que ni una de sus olas se oye zumbar desde Morsheim donde principia, hasta Freiwenheim, donde concluye.

Algo mas arriba de su nacimiento, entre Albisheim y Kirchheim-Poland, un camino tortuoso surcado de profundas rodadas conduce á Danenfels. Pasada esta poblacion, el camino se reduce á una senda, que tambien disminuye, desaparece, y en vano busca la vista en el suelo mas que la inmensa pendiente del Monte-Ray, cuya misteriosa cumbre ha sido tantas veces visitada por el fuego del Señor, que le ha dado su nombre y que

se oculta tras un círculo de verdosos árboles, como si fuera un muro impenetrable.

Bajo esos árboles tan frondosos como las encinas de la antigua Dodona, el viajero puede proseguir su camino sin ser visto desde el llano ni aun en la mitad del día, pues aun cuando su caballo llevara tantas campanillas como una mula española, no se oiría ruido alguno; y si fuera enjaezado de terciopelo y oro como un caballo de emperador, ni el menor rayo de oro ó de púrpura podría penetrar el frondoso ramaje; pues tanto apaga el ruido la espesura del bosque, y marchita los colores la oscuridad de su sombra.

Hoy que las mas elevadas montañas se han convertido en meros observatorios, y que las leyendas mas poéticamente terribles no inspiran mas que una sonrisa de duda en los labios del viajero, hoy todavía espanta aquella soledad, y hace tan venerable esa parte del país en que solo se encuentran algunas casas de mezquina apariencia, como centinelas destacados de los pueblos vecinos, bastante distantes de

aquel májico círculo, para certificar la presencia del hombre en aquel pais.

Los habitantes de esas casas estraviadas en la soledad, son, ó molineros que dejan alegremente al rio moler su trigo para llevar la harina á Rockenhau- sen y á Alzey, ó pastores que al conducir sus ganados para pacer en la montaña, se estremecen ellos y sus perros al estruendo de algun abeto secular que al peso de su ancianidad rueda al fondo de los precipicios desconocidos del bosque.

Porque repetimos: los recuerdos del pais son lúgubres, y la senda que desaparece al lado opuesto de Danenfels en medio de las malezas de la montaña, no ha conducido siempre, segun los mas animosos, buenos cristianos al puerto de su salvacion.

Alguno de sus actuales moradores habrá tal vez oido contar á su padre ó á su abuelo lo que tratamos de referir hoy nosotros mismos.

El dia 6 de Mayo de 1770, á la hora en que las aguas del gran rio se tiñen de un reflejo blanco matizado de rosa; es de-

cir, en el momento en que para todo el Rhingau descende el sol tras la aguja de la catedral de Strasburgo, dividiéndolo en dos hemisferios de fuego, un hombre que venia de Mayenza, despues de haber atravesado á Alzay y Kirchheim-Poland, apareció á la parte opuesta de Danenfels, siguiendo la senda mientras fué visible, y luego que esta desapareció del todo, se apeó de su caballo, y tomándole por la brida, le ató al primer árbol de aquella espantosa selva.

El animal relinchó con inquietud, estremeciéndose al parecer el bosque con aquel ruido inusitado.

—Bueno ! Bueno ! dijo el viajero, siégate mi buen Djerid; ya hemos caminado doce leguas, y al menos tú has llegado al término de tu viaje.

En seguida procuró penetrar con la vista la espesura del bosque; mas eran ya tan opacas las sombras, que nada podía distinguirse en la oscuridad.

Concluida esta infructuosa observacion, el viajero se dirigió hacia su caballo, cuyo nombre árabe demostraba á la

vez su origen y velocidad, y tomando con ambas manos su cabeza, la aproximó á sus labios diciendo:

—Adios leal y valeroso caballo: Adios por si no te vuelvo á ver.

Acompañó el viajero estas palabras con una rápida mirada al rededor, como temiendo y deseando que le escucharan.

Sacudió el caballo sus brillantes crines, dió un fuerte golpe con la mano en el suelo, relinchando al mismo tiempo á la manera que anunciaba en los desiertos la llegada del leon.

El viajero hizo un movimiento de cabeza, acompañado de una sonrisa, como queriendo decir:

—No te equivocas, Djerid, este es ciertamente el lugar del peligro.

Pero decidido sin duda de antemano á no combatirlo, nuestro aventurero desconocido sacó del arzon dos pistolas, cuyos cañones estaban lujosamente cincelados, las descargó arrojando la pólvora y balas por el suelo.

Concluida esta operacion, las colocó de nuevo en su sitio. Llevaba además

colgada á su cintura una espada con puño de acero, desabrochó el cinturón, y arrollándolo alrededor de ella, la colocó bajo la silla, sujetándola con el estribo, de modo que correspondiese la punta á la ingle del caballo, y el puño al brazuelo.

Sacudió en seguida sus empolvadas botas, y quitándose los guantes, registró sus bolsillos, encontrando en ellos unas tijeras y un cortaplumas; lanzó ambos objetos por cima de su hombro, sin mirar el sitio donde iban á caer: pasó luego por última vez la mano por la grupa de Djerid, al paso que tomaba aliento para dar toda la estension posible á su pecho, y tratando inútilmente de encontrar alguna senda, se internó en el bosque.

Opinamos que esta será la mejor ocasion de dar á nuestros lectores una idea exacta del viajero que hemos presentado á su vista, que está destinado á representar un papel muy importante en nuestra historia.

El hombre que acababa de aventurarse en la selva con tanta osadia, representa-

ba de treinta á treinta y dos años. Su estatura algo mas que mediana; su cuerpo bien formado; y sus miembros ájiles y nerviosos, demostraban á la vez destreza y fuerza. Vestía una especie de casaca de viaje, de terciopelo negro, con ojales bordados de oro. Dos puntas de una chupa tambien bordada aparecian por bajo de los últimos botones de la casaca, y unos calzones de ante, ajustaban sus piernas, que pudieran servir de modelo al mas hábil estatuario, percibiéndose su elegancia aun al través de las botas de charol.

Su rostro demostraba toda la viveza del tipo meridional, revelando una extraña reunion de fuerza y astucia: su mirada que podia espresar todas las sensaciones, despedia al fijarse sobre alguno, dos rayos de luz capaces de penetrar hasta el alma. Sus morenas mejillas manifestaban haber sido abrasadas por un sol mas ardiente que el nuestro. En fin, su boca grande pero bien formada, dejaba ver al abrirse una doble hilera de hermosísimos dientes, que aparecian mas blancos por

el contraste que formaban con el color de su tez. El pié aunque largo, era elegante, y su mano pequeña, pero nerviosa.

Apenas hubo dado diez pasos en medio de la oscuridad de los árboles el desconocido que acabamos de retratar, cuando oyó unas pisadas presurosas hacia el lugar donde habia abandonado su caballo. Su primer movimiento, sobre cuya intencion no es fácil equivocarse, fué de retroceder; mas se contuvo. No pudiendo sin embargo resistir al deseo de informarse de la suerte de Djerid, se empinó dirijiendo su vista al través de las ramas, y vió que habia desaparecido, habiendo sido desatado del árbol por alguna mano invisible.

El viajero frunció imperceptiblemente la frente: una especie de sonrisa crispó sus mejillas y labios, y prosiguió su camino hacia el centro de la selva.

El crepúsculo exterior que penetraba al través de los árboles, iluminó su marcha algunos pasos mas; pero faltándole á poco aquel débil reflejo, se encontró en una oscuridad tan densa, que se vió pre-

cisado á detenerse, temiendo sin duda estraviarse.

—No me equivoco: dijo en alta voz: he venido hasta Danenfels, porque de Mayenza á Danenfels hay un camino: tambien he ido desde esta poblacion por otra senda al Matorral-Negro, y desde este último punto he llegado hasta aqui, á pesar de no haber ni camino ni senda; pues el bosque que divisaba me servia de guia; pero me veo precisado á detenerme en este lugar, puesto que ya nada distingo.

Apenas habia concluido de pronunciar estas palabras en un dialecto mitad francés, mitad siciliano, cuando una luz brilló de repente á distancia de unos cincuenta pasos.

—Gracias, dijo, esta luz que se presenta me servirá de guia.

Siguió delante de él la luz sin la menor oscilacion, avanzando con un movimiento siempre uniforme, y parecido al de esas fantásticas luces que se nos representan en los teatros dirigidas por los maquinistas.

Dió como unos cien pasos mas, cuan-

do se estremeció al oír á su lado un extraño ruido.

—Si te vuelves eres muerto, dijo una voz á su derecha.

—Bien, contestó sin alterarse el intrépido viajero.

—Si hablas, dijo otra voz á su izquierda, mueres.

El desconocido se inclinó sin contestar.

Otra voz que parecia salir de las entrañas de la tierra pronunció las siguientes palabras:

—Si temes, retrocede; conoceremos que renuncias, y te dejaremos volver al punto de donde has venido.

Hizo el viajero una señal con la mano, y continuó su camino.

Era tan oscura la noche, y tan espeso el bosque, que apesar de los débiles reflejos de aquella luz que le servia de guia, nuestro viajero tropezaba á cada paso. La siguió durante una hora sin demostrar ni arrepentimiento, ni temor. Mas desapareció de repente.

Ya se encontraba el desconocido fuera de la selva, y alzando su vista divisó

algunas estrellas que brillaban al través del sombrío azul del cielo.

Continuó su marcha siguiendo la dirección que llevaba la luz al ocultarse, cuando de repente se presentaron á sus ojos unas ruinas pertenecientes sin duda á algun antiguo castillo, y tropezó al mismo tiempo con sus escombros.

Sintió en aquel mismo instante que un objeto helado se estampó en sus sienes y cubrió sus ojos, no permitiéndole divisar ni aun las tinieblas.

Una venda mojada oprimía su cabeza. Esto estaría convenido, ó al menos no sería inesperado, cuando no demostró la menor sorpresa ni hizo movimiento alguno por arrancarla, y solo alargó silenciosamente su mano, como hace un ciego cuando solicita un guia.

Fué comprendido al punto, y una mano fria, áspera y huesosa, se apoderó de la suya.

Conoció que era la mano descarnada de un esqueleto, que dotada de sensibilidad, hubiera conocido que la del viajero no temblaba.

Se vió rápidamente arrastrado como unas cien toesas por aquella mano, mas de repente quedó libre la suya, la venda cayó de su frente, y el desconocido deteniéndose, se encontró en la cumbre del Monte-Rayó.

II.

Ego sum qui sum.

En medio de un pequeño descampado, á cuyo alrededor se veían algunos álamos blancos ya secos y deshojados de ancianidad, se elevaba el piso bajo de uno de esos ruinosos castillos edificadas en otros tiempos por los señores feudales al regresar de las Cruzadas.

Los porches lujosamente esculpidos, encerraban en sus nichos en lugar de las estatuas mutiladas, y arrojadas al pié de la muralla, matorrales y flores silvestres, delineando sus arcos ruinosos sobre el fondo de un cielo descolorido.

Al abrir sus ojos, el viajero se en-

contró ante las gradas húmedas y mohosas del pórtico principal. El fantasma de la mano huesosa que le había acompañado hasta allí, estaba en pié sobre la primera.

Un largo sudario lo envolvía desde la cabeza hasta los pies. Veíanse centellear sus órbitas sin vista bajo los pliegues de su mortaja, y su descarnada mano señalaba el interior de las ruinas, indicando al viajero como término de su viaje, una sala cuya elevacion por cima del piso, ocultaba las piezas inferiores, viéndose vacilar una luz misteriosa en el interior de las bóvedas hundidas.

En señal de consentimiento, el viajero inclinó su cabeza. Entonces la fantasma subió las gradas lentamente, una tras otra, y se internó en las ruinas. El desconocido le seguía con el paso solemne y tranquilo que había arreglado su marcha; subió las mismas gradas que su conductor, y entró.

La puerta del porche principal se cerró inmediatamente, vibrando como una muralla de bronce. El fantasma se detu-

vo á la entrada de una sala circular, iluminada por tres lámparas de verdosos reflejos.

El viajero se detuvo á diez pasos.

—Abre los ojos, dijo el esqueleto.

—Veo, contestó el desconocido.

Con ademan pausado y arrogante, el fantasma tiró entonces de una espada de dos filos que ocultaba bajo el sudario, y dió un golpe con ella sobre una columna de bronce, que contestó con un mujido metálico.

Al rededor de toda la sala se levantaron al punto las losas, apareciendo un número infinito de fantasmas semejantes á la primera, armadas como ella de espadas de dos filos, colocándose en círculo sobre unas gradas en que se reflejaba particularmente el resplandor verdoso de las tres lámparas, y donde se confundían con el mármol por su fría inmovilidad, semejante á la de las estátuas sobre sus pedestales.

Todas estas humanas estátuas formaban un extraño contraste con las colgaduras negras que cubrían las paredes.

Se veían colocados siete sillones delante de la primer grada: el uno estaba vacante y los seis restantes ocupados por otras tantas fantasmas que parecían ser los jefes.

El que ocupaba el asiento de en medio, se levantó, y dirigiéndose á la asamblea preguntó: Cuántos nos hallamos reunidos aquí hermanos míos?

—Trescientos!!, contestaron atronando la sala con sola y única voz, que fué á apagarse de seguida en las colgaduras funebres de las paredes.

—Trescientos, repitió el presidente, que representan diez mil socios cada uno: trescientas espadas, que valen tres millones de puñales.

Y dirigiéndose despues al viajero, le preguntó:

—Qué desees?

—Ver la luz, replicó este.

—Las sendas que conducen á la montaña de fuego, son harto ásperas y escabrosas; no temes verte en ellas empuñado?

—Nada temo.

—Piensa que al punto que dés un paso

hácia adelante, te será prohibido volver atrás.

—No me detendré hasta llegar al fin.

—Estás pronto á jurar?

—Dictad el juramento, y lo repetiré al punto.

Con voz pausada y solemne, el presidente, levantando su mano, pronunció las siguientes palabras:

—«En nombre del Hijo Crucificado, jurad la destruccion de los lazos carnales que puedan todavia ligaros á padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, bienhechores, ó á cualquiera á quien háyais prometido en el mundo obediencia, gratitud ó vasallaje.»

Con voz firme, el viajero repitió las palabras que le habian sido notadas por el presidente, el cual prosiguió con la misma lentitud y solemnidad, pasando al segundo párrafo del juramento.

—«Quedais libre desde este instante de la pretendida promesa hecha á la patria y á las leyes; jurad descubrir al nuevo jefe á quien habeis reconocido,

todo cuanto háysais visto ó hecho, leído ú oído, sabido ó descubierto, y hasta de examinar y espiar lo que no se presente á vuestra vista.»

Calló el presidente, y el desconocido repitió las palabras que acababa de oír.

—«Honrad y respetad el *aqua toffana*, continuó el presidente con el mismo tono como el medio mas pronto, seguro y necesario para purgar el globo con la muerte ó entorpecimiento de los sentidos, de aquellos que tratan envilecer la verdad, ó arrancarla de nuestras manos.»

El desconocido repitió tan puntalmente como un eco estas palabras. El presidente prosiguió entonces diciendo:

—Huid de España y Nápoles, huid de toda tierra maldita, huid de la tentacion de descubrir lo que vais á oír y ver; pues el rayo no es mas pronto en herir, que lo será en alcanzaros do quiera que os halléis el puñal tan invisible como inevitable.»

—Vivid en nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo.»

A pesar de la amenaza que estas pa-

labras encerraban, el rostro del desconocido permaneció impasible, repitiendo hasta su fin el juramento y la invocacion que le seguia, con la misma lentitud con que habia pronunciado el principio.

—En prueba de recepcion, prosiguió el presidente, ceñid vuestra frente con la cinta sagrada.

El viajero inclinó la cabeza, y dos fantasmas se aproximaron á él. La una le colocó en la frente una cinta aurora con algunos signos plateados y la imájen de Nuestra Señora del Loreto, y la otra le anudó los dos extremos. Concluida esta operacion, se retiraron, dejando de nuevo solo al desconocido.

—Qué deseas? dijo el presidente.

—Tres cosas, contestó el asociando.

—Cuales son?

—La mano de hierro, la espada de fuego, y la balanza de diamante.

—Para qué quieres la mano de hierro?

—Para destruir la tirania.

—Y la espada de fuego?

—Para espulsar del mundo al hombre impuro.

—Y la balanza de diamante?

—Para pesar con ella los destinos de la humanidad.

—Estás pronto á hacer las pruebas?

—El hombre enérgico está pronto á todo.

—A las pruebas! á las pruebas! repitieron varias voces.

—Vuelvete, dijo el presidente.

El desconocido obedeció, encontrándose cara á cara con un hombre sujeto con fuertes ligaduras, en la boca una mordaza, y pálido como la muerte.

—Qué vés? preguntó el presidente.

—Un criminal, ó una victima.

—Es un traidor, que despues de haber jurado como tú, ha descubierto los secretos de la orden.

—Luego es un criminal.

—Sí. Y en qué pena ha incurrido?

—En la de muerte.

—La muerte!!.. repitieron las trescientas fantasmas.

A pesar de sus esfuerzos sobre sus humanos, el sentenciado fué arrastrado en aquel mismo instante á la parte interior

de la sala. El viajero le vió forcejar y resistirse contra sus verdugos; al través de la mordaza, oyó su voz sufocada; un puñal brilló al resplandor de las lámparas, y el ruido de un cuerpo, cayendo pesadamente al suelo, resonó sordo y fúnebre.

—Se ha hecho justicia, dijo el desconocido volviéndose hacia el espantoso círculo que con ansiosas miradas habia devorado aquel sangriento espectáculo al través de sus sudarios.

—Apruebas la ejecucion que acabas de presenciar? preguntó el presidente.

—La apruebo, si era ciertamente criminal.

—Y brindarias por la muerte de todo hombre que como él vendiese los secretos de esta santa sociedad?

—Brindaria sin repugnancia.

—Cualquiera que fuese la bebida?

—Cualquiera que fuese.

—Que traigan la copa, dijo el presidente.

Uno de los verdugos, acercándose entonces, presentó al desconocido un crá-

neo humano, con piés de bronce, lleno de un licor rojo y tibio.

Tomando este último la copa de manos del verdugo, la elevó por cima de su cabeza, diciendo:

—Brindo por la muerte de cualquier hombre que venda los secretos de la santa sociedad. Y bajándola luego á la altura de sus labios, bebió hasta la última gota, devolviéndola con la mayor frialdad al que se la habia presentado.

Un rumor de aprobacion recorrió por toda la asamblea, y las fantasmas se miraron al parecer admiradas al través de sus antifaces funerarios.

—Muy bien, dijo el presidente. ¡La pistola!

Un fantasma se acercó al presidente con una pistola en una mano, una bala y pólvora en la otra.

Apenas se dignó el desconocido dirigir la vista hacia aquellos preparativos.

—Prometes obediencia pasiva á la santa sociedad? preguntó el presidente.

—Sí, la prometo.

—Aun cuando debiera ejercerse sobre

¿tú esa obediencia?

—El que entra aquí no se debe á sí, sino á los demás.

—Luego obedecerás al punto que recibas mi orden?

—Obedeceré al punto.

—Sin titubear?

—Sin titubear.

—Toma esta pistola, y cárgala.

El desconocido recibió el arma, cargándola y cebándola al momento.

Todos los sombríos habitantes de aquella estraña morada, le miraban con un profundo silencio, que era interrumpido á veces por el viento que se estreñaba contra los ángulos de los arcos arruinados.

—La pistola está cargada, dijo con frialdad el desconocido.

—Está cierto? preguntó el presidente.

Una leve sonrisa apareció á los labios del extranjero, y como para satisfacer la pregunta, tiró de la baqueta, introduciéndola en el cañon del arma, escediéndole unas dos pulgadas.

El presidente se inclinó, diciendo:

—En efecto, está muy bien cargada.

—Qué hago? preguntó el viajero.

—Amartillarla.

Obedeció, resonando el crujido del gatillo en medio del profundo silencio que acompañaba los intervalos de este diálogo.

—Ahora, replicó el presidente, coloca la boca del cañon sobre tu frente.

El desconocido lo ejecutó sin vacilar.

El silencio de la asamblea se hizo mas profundo que nunca; las lámparas se oscurecian, las máscaras eran realmente fantasmas, pues ni aun se oian respirar.

—¡Fuego! dijo el presidente.

La piedra chispeó chocando contra el rastrillo; pero ninguna detonacion siguió á la efímera llama ocasionada por la pólvora de la cazoleta, que únicamente dió fuego.

La asamblea no pudo reprimir un grito de admiracion, y el presidente alargó su mano hacia el desconocido por un movimiento instintivo.

—Dos pruebas no bastaban sin duda

á los mas delicados, pues algunos esclamaron:

—El puñal!!!.. el puñal!!!..

—Lo exijís? preguntó el presidente.

—Sí, el puñal! el puñal! repitieron los mismos.

—Que traigan el puñal, dijo el presidente.

—Es inútil, dijo el desconocido, meneando la cabeza con el mayor desprecio.

—Cómo inútil! exclamó la asamblea.

—Inútil, sí, replicó el viajero, dominando con su voz á todas las demás: inútil repito, porque perdeis un tiempo precioso.

—Qué decis? exclamó el presidente.

—Digo que conozco todos vuestros secretos, que vuestras pruebas son juegos de niños, é incapaces por lo tanto de ocupar á hombres formales: que ese hombre no ha muerto, que lo que he bebido, no era sangre, sino vino encerrado en una bota y oculto bajo sus vestidos: que la pólvora y la bala, cayeron en la culata de la pistola cuando al montarla hé levantado la válvula que lo impedía. Re-

cibid, pues, esta impotente arma, capaz de amedrentar solo á cobardes. Álzate, finjido cadáver, pues no lograrás espantar á ningun hombre valeroso.

Un grito terrible, hizo retumbar las bóvedas.

—Y conoces nuestros misterios? exclamó el presidente. Eres un traidor, ó un profeta?

—Quién eres? preguntaron á la vez trescientas voces, al mismo tiempo que veinte espadas brillaban sobre el pecho del desconocido.

Pero él, sonriéndose, alzando la cabeza, y sacudiendo su cabellera sin polvos, sujeta por una cinta que rodeaba su desnuda frente:

—*Ego sum qui sum*, contestó. Yo soy el que soy.

Y fijando al mismo tiempo su vista sobre la humana muralla que estrechamente le rodeaba, las espadas se bajaron con movimientos desiguales, segun la resistencia que pudieron oponer los que sufrieron aquella dominadora mirada.

—Acabas de pronunciar una palabra

imprudente, y así lo has hecho, ignorando quizá su fuerza, dijo el presidente.

El extranjero, sonriendo, meneó la cabeza, y respondió:

—He contestado lo que debía.

—Entonces, de dónde vienes? preguntó el presidente.

—Del país de la luz.

—Segun nuestras instrucciones, debes venir de Suecia.

—Quien viene de Suecia, puede venir de Oriente, contestó el extranjero.

—Te repito que no te conocemos. Quién eres?

—Quién soy?... replicó el desconocido. Pues demostrais no comprenderme, me explicaré; pero quiero deciros antes quienes sois vosotros mismos.

Se estremecieron las fantasmas, y chocaron sus espadas al pasar de sus manos izquierdas á las derechas, elevándose á la altura del pecho del desconocido.

—En primer lugar, á tí, replicó el extranjero, alargando su mano hacia el presidente, á tí, que me hablas creyéndote un Dios, cuando no eres mas que su pre-

cursor, á ti, el representante de las Sociedades Suecas, voy á decirte tu nombre. Dime Swendemborg, los ángeles que tratan familiarmente contigo, no te han revelado que aquel á quien esperabas se hallaba en camino?

—Es cierto, contestó el presidente alzándose el sudario para distinguir mejor las facciones de su interlocutor.

Y el que alzaba su sudario á pesar de los ritos y costumbres de la orden, descubría un rostro venerable y una barba blanca representando tener unos ochenta años.

—Bien, replicó el extranjero. Ahora al de tu izquierda, el representante de la Sociedad Inglesa y presidente de la lojia de Calcedonia, salud milor; si revive en vos la sangre de vuestro abuelo, puede esperar la Inglaterra que la luz ya apagada brillará de nuevo.

Las espadas se rindieron, demostrando que la ira comenzaba á trocarse en admiración.

—Ah! sois vos, capitán? prosiguió el desconocido dirigiéndose al último jefe co-

locado á la izquierda del presidente. En qué puerto habeis abandonado vuestra hermosa nave, á quien amábais como á una querida? No es cierto que era magnífica la *Providencia*, y que su nombre anuncia prosperidades á la América?

Dirijiéndose en seguida al que ocupaba la derecha del presidente, le dijo:

—A tí ahora, profeta de Zurich, mírame cara á cara, tú que has llegado hasta la adivinacion por la ciencia fisonómica, y dí en alta voz si por las líneas de mi rostro conoces el objeto de mi mision.

El profeta retrocedió espantado.

—Vamos, prosiguió dirijiéndose al que se hallaba á su lado, acércate, descendiente de Pelayo. Se trata de espulsar segunda vez los Moros de España, y se logrará fácilmente, si los Castellanos no han perdido para siempre la espada del Cid.

Este jefe permaneció mudo y sin movimiento. Se diría que la voz del desconocido lo habia trasmutado en estatua.

—Y á mí, replicó el sexto dirijiéndose al desconocido que al parecer lo habia olvidado, nada me dices?

—Sí, replicó éste fijando sobre él una de aquellas penetrantes miradas capaces de escudriñar los secretos del corazón, sí, te diré en breve lo que Jesús dijo á Judas.

Al recibir esta contestacion, el jefe se puso mas pálido que el sudario que le cubria, y un rumor se extendió por la asamblea como pidiendo al desconocido las pruebas de tan estraña acusacion.

—Olvidas al representante de la Francia, dijo el presidente.

—Bien sabes tú mismo, contestó el extranjero con altivéz, que no se halla entre nosotros. Mira su asiento desocupado, y recuerda que el que vé en las tinieblas, contraresta los elementos y vive á pesar de la muerte, desprecia esos lazos.

—Eres muy jóven, replicó el presidente, y hablas con la autoridad de un Dios. Reflexiona á tu vez que la audacia no es capaz de aturdir mas que á hombres ignorantes y sin resolucion.

Una sonrisa de soberano desdén, asomó á los labios del desconocido.

—Pues nada podeis contra mí, sois hombres sin resolucion, y tambien igno—

rantes, pues no sabeis quien soy; yo, por el contrario, á todos os conozco; luego con audacia solamente pienso poderlo todo sobre vosotros; pero de qué sirve la audacia al que es Todopoderoso?

—La prueba de ese poder, dijo el presidente, la prueba!

—Quién os ha convocado? preguntó el desconocido trocando el papel de interrogado por el de interrogador.

—La Suprema Sociedad.

—Y no será sin objeto, dijo el extranjero dirigiéndose al presidente y á los cinco jefes, para lo que habeis venido vos de Suecia, vos de Londres, vos de New-York, vos de Zurich, vos de Madrid, vos de Warsovia, y vosotros todos en fin, prosiguió dirigiéndose á la muchedumbre, de las cuatro partes del mundo, á reuniros en el santuario de la terrible fé.

—No sin duda, respondió el presidente. Venimos al encuentro de aquel que ha formado un misterioso imperio en Oriente, que ha reunido ambos emisferios en una comunidad de creencias, y que ha enlazado las manos fraternas

del género humano.

—Y tiene alguna señal por la cual podais conocerle?

—Sí, dijo el presidente, y Dios se ha dignado revelármela por el intermedio de sus ángeles.

—Solo vos conoceis entonces esa señal?

—Yo solo la conozco.

—A nadie la habeis revelado?

—A nadie del mundo.

—Decidla en voz alta.

El presidente vaciló.

—Decidla, repitió imperiosamente el desconocido, pues el día de la revelacion ha llegado ya.

—Una placa que traerá sobre el pecho, dijo el Gefe Supremo, y sobre ella, brillarán las tres primeras letras de una divisa conocida de él solo.

—Cuáles son esas tres letras?

—L. P. D.

El extranjero abrió con un movimiento rápido su casaca y chaleco, y al punto sobre su camisa de finísima holanda, apareció tan brillante como una estrella de fuego una medalla de diamante, so-

bre la cual centelleaban las tres letras de rubíes.

—El!!!... exclamó despavorido el presidente; será él?

—El que el mundo espera? dijeron los jefes turbados.

—El gran Cophte? murmuraron tre-
cientas voces.

—Y bien! exclamó triunfante el es-
tranjero, me creereis ahora cuando por
segunda vez repita: Soy quien soy?

—Sí: contestaron postrándose los fan-
tasmas.

—Hablad, Maestro, dijeron el presi-
dente y los cinco gefes, inclinando hacia
el suelo sus frentes, hablad, y obedec-
ceremos.

III.

L.: P.: D.:

Un profundo silencio, reinó por al-
gunos segundos, y durante él, nuestro
desconocido recapacitó todos sus pensa-
mientos.

Al cabo de un instante pronunció las siguientes palabras:

—Deponed señores esas espadas que cansan inútilmente vuestros brazos, y prestad la mayor atencion á mis palabras, que van á instruiros de cosas del mayor interés para vosotros.

La atencion redobló.

—El nacimiento de los rios mas caudalosos, es casi siempre divino, y por lo tanto desconocido. Como el Nilo, el Gánjes y la Amazona, conozco el punto á donde me dirijo; pero ignoro de donde he salido! Unicamente me acuerdo del dia en que los ojos de mi alma se abrieron para percibir los objetos exteriores, y me encontré en la santa ciudad de Medina, recorriendo los jardines del Mupti Salaaym. Amé como á mi padre á este hombre venerable que me trataba con ternura, y me hablaba con el mayor respeto. Tres veces al dia se separaba de mí, viniendo en su lugar otro anciano cuyo nombre solo pronuncio con la mayor gratitud y admiracion. Althotas era el nombre de este varon respetable, receptáculo augusto de todas

las humanas ciencias, habiendo sido instruido por los siete espíritus superiores de todo cuanto aprenden los ángeles para comprender á Dios. El fué mi Director y mi maestro: todavía es mi amigo, amigo venerable; pues tiene doble edad que el mas anciano de entre vosotros.

Este solemne lenguaje, aquellos majestuosos ademanes y aquel acento lleno de unción al par que de severidad, produjeron sobre toda la asamblea, una de esas impresiones que se convierten en violentos estremecimientos de ansiedad.

Nuestro viajero prosiguió.

—Me hallé completamente iniciado á la edad de quince años de los principales misterios de la naturaleza. Conocía la botánica, no como esa ciencia limitada que cada sabio reduce al estudio del rincón que habita en el mundo, sino con un perfecto conocimiento de las sesenta mil familias de plantas que vejetan por todo el universo. Cuando mi director me obligaba imponiéndome las manos sobre la frente y haciendo descender un rayo de celestial luz sobre mis ojos, yo podía

por medio de una contemplacion casi sobrenatural, penetrar con mi vista las olas de los mares, y clasificar esas monstruosas é indescriptibles vejitaciones que nadan y se balancean sordamente entre dos capas de agua cenagosa, ocultando con sus ajigantados ramos la cuna de esos mónstruos horrorosos y diformes, que la vista del hombre nunca pudo alcanzar, y que Dios mismo habrá sin duda olvidado, desde aquel dia en que los ángeles rebeldes le obligaron á criarlos.

Me habia dedicado tambien al estudio de las lenguas vivas y muertas. Conocia todos cuantos idiomas existen desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Magallanes. Leia los misteriosos geroglíficos incrustados en esos libros de granito que nombran pirámides. Abracé todos los conocimientos humanos, desde Sanchoniaton hasta Sócrates, desde Moisés hasta san Jerónimo, y desde Zoroastres hasta Agripa.

Habia estudiado la medicina, no solo en Hipócrates, Galeno y Averroes, sino tambien en ese gran autor á quien lla-

man naturaleza.

Habia sorprendido todos los secretos de los Coptos y de los Drusos. Me habia apoderado de todas las semillas venturosas y fatales, pudiendo al pasar ruiendo el simoun y el huracan sobre mi cabeza, entregar á su soplo simientes desconocidas que llevaban lejos de mí la muerte ó la vida, segun yo habia condenado ó bendecido la rejion hacia la cual dirijia mi semblante airado ó risueño.

En medio de estos estudios, trabajos y viajes, cumplí veinte años.

Mi director vino un dia á verme á la gruta de mármol donde acostumbraba retirarme durante las horas mas ardientes del dia. Su rostro era á la vez aústero y risueño.... Traia en la mano un frasco de cristal.

Siempre te he dicho, Acharat, que nada nacia ni moria en el mundo; que la cuna y el ataúd se daban la mano, y que solo faltaba al hombre para ver con toda claridad en sus existencias pasadas, esa lucidez que le hará semejan-

te á Dios; pues como él será inmortal luego que la adquiriera. Pues bien! ya he dado con la bebida que disipa las tinieblas, y en breve encontraré la que destruye la muerte. Bebí ayer lo que falta al frasco; bebe tú hoy lo que resta.

Tenia una gran confianza y una suprema veneracion hacia mi digno maestro, y sin embargo al recibir el frasco que me presentaba, tembló mi mano, como debió estremecerse sin duda la de Adán al recibir la manzana que Eva le ofrecia.

—Bebe, me dijo sonriendo, y bebí.

Imponiéndome entonces las manos sobre la cabeza del mismo modo que lo hacia cada vez que procuraba dotarme momentáneamente de doble vista, me dijo:

—Duerme, y acuérdate.

Al punto quedé profundamente dormido. Soñé que hallándome recostado sobre una pila de leña de Sándalo y Aloe: un ángel que se dirijia de Oriente á Occidente, portador de la voluntad del Señor, tocó la pila con la estremidad del ala, encendiéndose al punto. Cosa estra-

ña! En lugar de turbarme por temor de la llama, me estendí voluptuosamente en medio de aquellas lenguas de fuego, como el fenix que viene á tomar una vida nueva en el principio de todas.

Todo cuanto existia en mi de material desapareció, permaneciendo sola el alma, trasparente, impalpable, y mas ligera que la atmósfera en que vivimos, y sobre la cual se elevó. Entonces recordé las treinta y dos existencias en que ya habia vivido, del mismo modo que Pitágoras hizo memoria de haberse encontrado en el sitio de Troya.

A la manera de una serie de ancianos, todos los siglos se presentaron á mi vista, reconociéndome por los diferentes nombres que habia tenido desde el dia de mi primer nacimiento hasta el de mi última muerte; pues no debeis ignorar hermanos míos como uno de los puntos mas positivos de nuestra creencia, que las almas, esas innumerables emanaciones de la divinidad, que se escapan del pecho de Dios cuando respira, ocupan todo el aire, dividiéndose en numerosas gerar-

quías, desde las mas sublimes hasta las mas inferiores; y el hombre, que en el acto de nacer aspira á la ventura quizá, una de esas almas preexistentes, la restituye al morir á una nueva carrera, y á sucesivas transformaciones.

El que de este modo hablaba con un acento de tanta conviccion y dirijiendo unas miradas tan sublimes hacia el cielo, fué interrumpido en este periodo, en el que su pensamiento compendiaba todas sus creencias, por un rumor causado por la admiracion, que ya habia remplazado al asombro, del mismo modo que este, habia tambien sucedido á la ira.

Al despertar, prosiguió el iluminado, conocí que era superior al hombre, pues me habia igualado casi á Dios.

Me decidí á sacrificar entonces, no solo mi actual existencia, sino todas las venideras, por la felicidad del jénero humano.

Como si hubiese adivinado mi preyecto, Althotas vino á verme el dia siguiente y me dijo:

Ya hace veinte años, hijo mío, que

vuestra madre espiró al daros la vida, y desde entonces un obstáculo invencible impide á vuestro ilustre padre manifestarse á vos: vamos á proseguir nuestros viajes, y entre las personas que encontremos se hallará él. Os abrazará, pero sin que le conozcais.

Tanto lo pasado como lo presente y el porvenir debia ser tan misterioso en mí, como en los elejidos del Señor.

Me despedí de Muphtí Salaaym, el cual me colmó de presentes al darme su bendicion y nos reunimos á una caravana que partia con direccion á Suez.

Disimulad, señores, si me enternezco con este recuerdo. Llegó el dia en que un hombre venerable me abrazó, y un extraño estremecimiento conmovió todo mi ser, al sentir los latidos de su corazon.

Era schérif de la Meca, príncipe muy espléndido é ilustre. Se habia encontrado en cien batallas, y era tan grande su poder, que á una señal que hiciera, tres millones de hombres inclinaban humildemente sus frentes. Para ocultar su alteracion, Althotas volvió su ros-

tro á otro lado, y á poco proseguimos nuestro viaje.

Penetramos en el interior del Asia; y subiendo de nuevo el Tigris, visitamos á Palmira, Damasco, Smirna, Constantinopla, Viena, Berlin, Dresde, Moscou, Stokolmo, Petersburgo, New-York, Buenos-Aires, el cabo de Aden, y encontrándonos entonces casi en el mismo punto de donde habiamos salido, entramos en Abisinia y bajando el Nilo, desembarcamos en Rhodes y Malta. Un buque salió á recibirnos á veinte leguas del puerto, y dos caballeros de la Orden que venian en él me saludaron, y despues de haber abrazado amistosamente á Althotas, nos condujeron en triunfo al palacio del gran Maestre.

Sin duda extrañareis, señores, que siendo Acharat musulman fuese tan honrosamente recibido por aquellos mismos que juran en sus votos el esterminio de los infieles; pero es preciso que sepais que Acharat, ademas de ser cristiano era tambien caballero de la orden de Malta. Al hablarme de Dios solo me habia dicho

que era poderoso y universal, y que con el auxilio de sus ángeles, que son sus ministros, había establecido la armonía jeneral, y dado á toda ella el nombre de Cosmos. En fin, llegué por sus instrucciones á ser Teósofo.

Ya eran concluidos mis viajes, y la vista de todas esas ciudades con distintos nombres y opuestas costumbres, no me habia causado la menor admiracion; pues nada de cuanto ilumina el sol, era nuevo para mí, habiendo ya visitado esas mismas ciudades durante el curso de las treinta y dos existencias que ya habia vivido. Lo único que me causó alguna impresion, fueron las mudanzas que se habian operado entre los hombres que las habitaban. Pudiendo entonces elevarme como los espíritus y seguir la marcha de la humanidad, conocí que todos los hombres se inclinan al progreso, y que el progreso conduce á la libertad. Tambien ví que todos los profetas que habian aparecido sucesivamente, habian sido suscitados por el Señor para que sostuvieran la marcha vacilante de la

humanidad, que habiendo nacido ciega, dá cada siglo un paso hacia su civilización: porque los siglos son los días de los pueblos.

Me decidí entonces á no sepultar conmigo todo cuanto me habia sido revelado de grande y sublime, y conocí que inútilmente oculta la montaña sus vetas de oro, y la mar sus perlas; pues al interior de la una penetra el minero obstinado, y baja el buzo sin espanto á las profundidades de la otra. Conocí tambien què en vez de imitar al mar y á la montaña, debia, semejante al sol, esparcir mis rayos sobre todo el universo.

Ya habreis conocido, señores, que no he venido de Oriente para cumplir únicamente con unos ritos masónicos; pues he venido á deciros: Tomad, hermanos míos, las alas y la vista del águila, elevaos por cima del mundo, subid conmigo á la cumbre de la montaña donde Jesus fue llevado por Satán, y estended la vista sobre todos los reinos de la tierra.

Componen los pueblos una inmensa falanje. Nacidos en diferentes épocas y en

distintas condiciones, se ha colocado cada uno en su fila, debiendo llegar por turno al fin para que han sido criados. Caminan sin dilacion, aunque parezca que descansan, y si acaso retroceden, no es que marchan hacia atrás, sino que toman carrera para saltar por cima de algun obstáculo, ó para destruir alguna dificultad. La Francia está á la vanguardia de las naciones: pongámosle un hachon en la mano: y aun cuando la llama la devore, el incendio será saludable, pues iluminará al mundo.

Este es sin duda el motivo por el que el representante de la Francia no se halla en su puesto; quizá habrá retrocedido á vista de su mision.... se necesita un hombre que á nada tema.... Yo iré á Francia.

—En ella estais, replicó el presidente.

—Sí: es el puesto mas importante, y será el mio; es la obra mas peligrosa.... y me encargo de ella.

—Teneis, segun veo, conocimiento de lo que pasa en Francia? dijo el presidente.

El iluminado se sonrió.

—No puedo ignorarlo, pues yo mismo lo he preparado: un rey viejo, timorato, corrompido; pero menos viejo, menos timorato, menos corrompido y menos desesperado que la monarquía que representa, ocupa el trono de Francia. Pocos años le restan de vida. Debemos preparar convenientemente el porvenir para el día de su muerte. La Francia es la piedra fundamental del edificio. Es preciso que los seis millones de brazos que deben levantarse á la señal de la sociedad suprema, la arranquen de raíz, y al punto se desplomará el edificio monárquico: y el día en que se sepa por el mundo que la Francia ya no tiene rey, los soberanos de Europa, aquellos que con mas insolencia ocupan sus tronos, sentirán el vértigo en su frente y se arrojarán ellos mismos en el abismo ahondado por el hundimiento del trono de San Luis.

—Perdonad, mi muy venerable señor, interrumpió el jefe que ocupaba la derecha del presidente, al que se conocía al punto como suizo por su acento germánico montañés. Vuestra intelijencia ha-

brá sin duda previsto todo?

—Todo, contestó lacónicamente el gran Cophte.

—Y sin embargo, el muy venerable señor me permitirá que hable. En la cumbre de nuestras montañas, en medio de nuestros valles, y sobre la orilla de nuestros lagos, estamos todos acostumbrados á hablar con tanta libertad como lo hacen el soplo del viento y el murmurio de las aguas; creo, sin embargo, inoportuna esta ocasion, pues se prepara un gran acontecimiento, al cual la monarquía francesa deberá toda su rejeneracion. Yo que tengo el honor de hablaros, muy venerable y gran señor, he visto á una hija de María Teresa dirijirse con solemne pompa hacia la Francia, para reunir la sangre de diez y siete Césares, con la del sucesor de sesenta y un reyes, y he visto tambien á los pueblos regocijarse ciegamente, como lo hacen cada vez que allojan ó doran sus cadenas. Repito á nombre mio y á nombre de mis hermanos, que á mi parecer el momento es inoportuno.

Todos se volvieron con el mayor recojimientto hacia aquel que con tanta serenidad y atrevimiento osaba arrostrar el resentimiento del gran señor.

—Habla, hermano, dijo el gran Cophte sin dar las menores muestras de alteracion: habla, y si tu opinion es buena, la adoptaremos. Nosotros los elejidos del Señor, á nadie repulsamos, ni sacrificamos nunca á nuestro amor propio el interés de todo un mundo.

En medio del mas profundo silencio, el diputado suizo prosiguió:

—He logrado, venerable y gran señor, convencerme por mis estudios de una verdad, y es que la fisonomía del hombre revela al punto al que sabe leer en ella, sus vicios y sus virtudes. El hombre compone su rostro, dulcifica su mirada, presenta la sonrisa en sus labios, pudiéndolo todo sobre estos movimientos musculares; pero el principal tipo de su carácter, queda á la vista como lejible é irrefragable testimonio de todo cuanto pasa en su corazon. El tigre, dirige tambien miradas cariñosas, y encanta con su

sonrisa; pero por su frente hundida, juanetes salientes, enorme colodrillo y sangrienta boca, le reconocéis al punto. El perro, por el contrario, frunce el entrecejo y enseña sus dientes aparentando ferocidad; pero por su dulce y franca mirada, por su faz inteligente y por sus movimientos obsequiosos, conoceis tambien desde luego que es servicial y amigable.

Dios ha escrito sobre el rostro de todas las criaturas su nombre y su calidad. Pues bien! Yo he leído en la frente de esa joven que debe reinar en Francia, y revela arrogancia, valor y esa caridad tan compasiva, que distingue á las hijas de Alemania. Tambien he leído en el rostro del que está destinado á ser su esposo, que demuestra serenidad de ánimo, mansedumbre cristiana, y un carácter minucioso y observador. Luego, cómo un pueblo, y con mas razon el francés, que olvida el mal y recuerda el bien, pues le han bastado Carlo magno, San Luis y Henrique IV, para respetar la vida de veinte reyes cobardes y crue-

les; cómo repito, un pueblo que siempre espera y nunca desespera, dejaría de amar y respetar á una reina jóven, hermosa y benigna, y á un rey pacífico, clemente y buen administrador, despues de la infausta y malrotadora era de Luis XV, despues de sus públicos desórdenes y solapadas venganzas, y en fin despues del reino de las Pompadour y de los Dubarry? Dejará la Francia de bendecir á unos príncipes que serán el modelo de las virtudes que llevo referidas, y que le traerán por dote la paz Europea? La princesa heredera Maria Antonieta cruzará en breve la frontera; el ara y el lecho nupcial la esperan en Versailles. Y será esta la ocasion oportuna de comenzar por la Francia, cuando ella es vuestra obra de reformacion? Perdonadme, repito, muy venerable señor, si he espuesto todo cuanto sentía en lo íntimo de mi alma, pues segun creo, he cumplido con un deber sagrado, al someterlo á vuestra infalible sabiduría.

A estas últimas palabras, el que acababa de hablar, á quien el desconocido

habia designado con el nombre de Apóstol de Zurich, se inclinó, recojiendo el fisonjero murmullo de unánimes aprobaciones, y esperando la respuesta del gran Cophte.

No tuvo que esperar largo tiempo, pues este le contestó al punto:

—Si leéis en las fisonomías, muy ilustre hermano, yo leo en el porvenir. Maria Antonieta es altanera; se obstinará en la lucha, y perecerá por nuestros ataques. El príncipe heredero Luis Augusto, es pacífico y clemente, flaqueará en la lucha y perecerá como su esposa y con su esposa, con la diferencia que sucumbirán ambos por la virtud ó el vicio contrario. En este momento se estiman el uno al otro, no les concederemos el suficiente tiempo para amarse, y de aquí á un año se despreciarán. Y de qué sirve por otra parte esta discusion para descubrir el punto donde nace la luz, cuando esta luz me ha sido revelada y cuando vengo conducido desde Oriente, como los pastores, por una estrella que anuncia la segunda rejeneracion?

Mañana comienzo la obra, y exijo para cumplirla veinte años y vuestra asistencia. Veinte años bastarán si caminamos con union y fuerza hacia un mismo fin!

—Veinte años! repitieron algunas fantasmas, es mucho tiempo!

El gran Cophte se volvió hacia aquellos impacientes, y dijo:

—Es mucho tiempo, no hay la menor duda, para aquellos que se imaginan que se puede matar á un príncipe como á otro cualquier hombre con el cuchillo de Santiago Clemente, ó con el cortaplumas de Damiens. Insensatos!.... Concedo que el cuchillo mata al hombre; pero semejante al acero rejenerador que divide una rama para que otras diez renazcan de la cepa, y en lugar del real cadáver tendido en su tumba, suscita un Luis XIII, tirano estúpido; un Luis XIV, déspota intelijente; un Luis XV, ídolo empapado con las lágrimas y la sangre de sus adoradores, semejante á esas monstruosas divinidades que he visto en la India, pasando las ruedas de su carruaje con una monótona sonrisa sobre mujeres

y niños que les arrojaban guirnalda de flores. Ah! y creéis que veinte años sobran para borrar el nombre de reyes del corazón de treinta millones de hombres, que ofrecian no ha mucho á Dios la vida de sus hijos para rescatar la del joven rey Luis XV? Ah! y creéis que es facil tarea la de hacer odiosas á la Francia esas flores de lis, que radiantes como las estrellas del cielo, cariñosas como el aromático olor de la flor que representan, han conducido por todos los rincones del mundo, durante mil años, la civilizacion, la caridad y la victoria? Haced la experiencia, hermanos míos, y os concedo, no veinte años, sino un siglo!

Os encontrais dispersos, ignorados unos de otros; yo solo conozco vuestros nombres; yo solo puedo apreciar y reunir vuestros alientos desunidos, y yo solo en fin represento la cadena que os liga al gran lazo fraterno. Os repito, filósofos, economistas é ideólogos, quiero que dentro de veinte años proclameis en alta voz y á la luz del sol, esos principios que murmurais ocultos en vuestros antiguos casti-

llos, llenos de temor y de inquietud, y que los divulgueis en toda la Europa por medio de emisarios pacíficos, ó en las puntas de las bayonetas de quinientos mil soldados que se levantarán combatiendo por la libertad con esos principios escritos en sus estandartes; quiero en fin, que vos que temblais al nombre de la torre de Lóndres; vos al de los calabozos de la Inquisición, y yo al de esa Bastilla que voy á arrostrar, riamos de lástima y hollemos con desprecio las ruínas de esas espantosas prisiones sobre las cuales bailarán vuestras esposas y vuestros hijos. Pues todo eso no puede verificarse hasta despues de la muerte, no del monarca, sino de la monarquía; de la caída del poder relijioso, del completo olvido de toda inferioridad social, de la extincion de las castas aristocráticas y de la division de los bienes señoriales. Veinte años exijo para destruir un mundo viejo, y reedificar otro nuevo: veinte años, ó por mejor decir, veinte segundos de la eternidad, y me decís que es demasiado!!..

Un largo murmullo de asombro y

aprobacion sucedió al discurso del sombrío profeta, habiendo evidentemente ganado las simpatías de todos aquellos mandatarios de la opinion europea.

El gran Cophte se gozó durante algunos instantes en su triunfo, y prosiguió diciendo:

—Veamos hermanos, ahora que me sacrifico, ahora que voy á atacar al leon en su guarida, y á aventurar mi vida por la libertad del mundo, lo que hareis vosotros por el buen éxito de la causa á la cual hemos consagrado nuestras vidas, nuestros bienes y nuestra libertad.

Un silencio que á fuer de solemne parecia espantoso, sucedió á estas palabras. En aquella lóbrega sala, solo se distinguian inmóviles fantasmas, absortas por el austero pensamiento que debia estremecer veinte tronos.

Los seis jefes se separaron de los grupos, y despues de algunos minutos de deliberacion, se acercaron al supremo jefe.

El presidente dirijió el primero las siguientes palabras:

—Yo que soy el representante de la Suecia, ofrezco en su nombre, para destruir el trono de Vasa, cien mil escudos de plata.

El gran Cophte inscribió en su libro de memoria la oferta que acababan de hacerle.

Habló entonces el que estaba á la izquierda del presidente, y dijo:

—Yo soy el enviado de las sociedades irlandesas y escocesas. Con nada puedo brindar en nombre de la Inglaterra que es enemiga nuestra; pero en el de la pobre Irlanda y de la pobre Escocia, prometo una contribucion de tres mil hombres y tres mil coronas cada año.

El supremo jefe anotó este ofrecimiento junto al anterior.

—Y vos? le dijo al tercero.

—Yo, contestó este, represento á la América, y estamos prontos á sacrificar todo cuanto poseemos en favor de la revolucion. Abandonaremos todo nuestro oro, derramaremos toda nuestra sangre en el momento en que nos hallemos libres para operar, pues nos encontramos divi-

elidos, aprisionados, numerados, y semejantes en fin á una gigantesca cadena, cuyos eslabones están desunidos. Necesitamos de una mano poderosa que suelde los dos primeros anillos de ella, y al punto se unirán por sí solos todos los demás. Por nosotros debiera comenzarse, y si deseais que la dignidad real quede abolida en Francia, desterrad antes ese dominio extranjero que oprime nuestra patria.

—Así se hará, replicó el gran Cophte, y con ayuda de la Francia quedareis libres los primeros. Dios ha dicho en todas las lenguas: «Ayudaos los unos á los otros.» Confíad, y en breve quedará realizada mi promesa.

En seguida se dirigió al diputado de Suiza.

—Solo puedo asistir, dijo este último, con mi contribucion personal, pues hace largo tiempo que los hijos de nuestra república son los aliados de la monarquía francesa, á la que le venden su sangre desde Mariñan y Pavía. Cumplen con fidelidad, y entregarán lo que han vendido. Por primera vez, muy venerable y

gran señor, me avergüenzo de nuestra lealtad.

—Bien, contestó el gran Cophte. Sin su auxilio y á su pesar venceremos. ¿Y vos, diputado de España?

—Yo soy pobre, replicó este, pues solo puedo ofrecer tres mil hermanos; pero cada uno contribuirá con mil reales al año.

—Está bien, dijo Cophte. Y vos?

Aquel á quien habia sido dirigida la pregunta, contestó:

—Yo soy el representante de la Rusia, y de las sociedades polacas. Nuestros hermanos son, ó ricos descontentos, ó pobres esclavos entregados á un trabajo sin descanso y á una muerte prematura. Nada puedo ofrecer á nombre de estos desgraciados que nada poseen, pues ni la vida les pertenece; pero por tres mil ricos, prometo veinte mil luises anuales en nombre de cada uno.

Los demás diputados se fueron acercando como representantes de alguna pobre nacion, ó de algun gran principado, mandando inscribir sobre el libro del su-

premo jefe el ofrecimiento al que cada cual podia comprometerse, obligándose á cumplirlo con juramento.

El gran Cophte continuó entonces diciendo:

—Ya queda simbolizado el santo y la seña por medio de las tres letras por las cuales me habeis reconocido, debiendo divulgarse por todo el universo. Cada iniciado debe grabarlas sobre su corazon, pues nos, soberano jefe de las lojias de Oriente y Occidente, ordenamos la destruccion de las flores de lis, á vosotros hermanos de Suecia, de Escocia, de América, de Suiza, de España y de Rusia, **LILIA PEDIBUS DESTRUE**. (1)

Una poderosa aclamacion, semejante al bramido del mar, resonó en el interior de aquella caverna, convirtiéndose en ráfagas lúgubres que retumbaron en las gargantas de aquella montaña.

—Retiraos ahora en nombre del padre y del Señor, dijo el supremo jefe lue-

(1) Las tres letras L.: P.: D.: eran efectivamente la divisa de los iluminados.

go que vió que se habia aplacado aquel rumor, y marchaos con órden á los subterráneos que comunican con las veredas del Monte Rayo, debiendo quedar dispersos antes de salir el sol. Me volvereis á ver, pero será en el dia de nuestro triunfo. Marchad!

Concluyó esta alocucion con un signo masónico, que solo fué comprendido por los seis gefes principales, los cuales se colocaron al rededor del gran Cophte luego que hubieron desaparecido enteramente todos los iniciados de orden inferior.

Entonces el jefe supremo llamando aparte al sueco, dijo:

—Eres verdaderamente un hombre inspirado Swendemborg, y te doy las gracias á nombre de Dios. Enviarás á Francia al sobre que yo te indique el dinero que has prometido.

El presidente le saludó humildemente, y se alejó al punto.

—Salud, valeroso Fairfax, prosiguió, sois el digno descendiente de vuestro abuelo. Luego que escribais á Washington, os encargo le renoveis mis afectos.

Fairfax se inclinó tambien, y se retiró por el camino que habia seguido Swendemborg.

—Aproxímate Pablo Jones, dijo Cophte al americano, aproxímate, tu has hablado muy bien. No esperaba yo menos de tí: serás uno de los héroes de América. Prepárate con ella para cuando yo dé la primera señal.

El americano se retiró temblando, como si se hallara en presencia de un Dios.

—Y tú, Lavater! prosiguió el elegido; renuncia á sus teorías, pues ya ha llegado el tiempo de pasar á la práctica. No pienses en lo que es el hombre, sino en lo que puede llegar á ser. Desdichados aquellos de entre tus hermanos que osaren alzarse contra nosotros; pues la venganza será tan rápida y devoradora como la de Dios.

El diputado suizo se inclinó con timidez, y desapareció.

—Escuchadme Jimenez, dijo Cophte dirijiéndose al que habia hablado en nombre de España. Eres celoso, pero des-

confías. Tu país duerme, pero duerme porque no le despiertan. Ten presente que la España merece ser todavía la patria del Cid.

El último principió á acercarse, pero se vió detenido por un ademán imperioso del jefe supremo.

—Tú, Scieffort de Rusia, antes de un mes, habrás vendido tu causa, y antes de un mes, tambien habrás muerto.

El enviado moscovita, cayó de rodillas; pero se levantó por un jesto amenazador del gran Cophite, y el sentenciado para el porvenir salió temblando.

El hombre extraño, al que hemos introducido como el principal personaje de este drama, miró á su alrededor, y viendo que la sala de recepcion habia quedado silenciosa y vacía, se abotonó su casaca de terciopelo negro, y tirando del resorte de la puerta que se habia cerrado á su llegada, desapareció entre los defiladeros de la montaña, atravesando todo aquel bosque sin luz y sin guia, como si alguna mano invisible dirijiese sus pasos.

Habiendo llegado al fin de la selva, y no divisando á Djerid, se puso á escuchar con atencion. Creyó entonces oir un relincho á lo lejos, y dando un silbido, su caballo acudió tan fiel y obediente como el mas cariñoso perro. El viajero montó lijeramente sobre él, y ambos desaparecieron confundidos con la oscuridad de los matorrales que se estienden entre Danenfels y el Monte-Rayó.

FIN DE LA INTRODUCCION.



JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO I.

La Tormenta.

Ocho dias habian trascurrido desde la escena que acabamos de referir, cuando sobre las cinco de la tarde, un carruaje tirado por cuatro caballos y conducido por dos postillones, salía de la pequeña ciudad de Pont-a-Mousson, situada entre Nancy y Metz, en direccion á París.

Apenas hubo desaparecido, cuando

veinte muchachos y diez comadres que se habian detenido alrededor de él durante la parada que hizo para remudar caballos, entraron en sus respectivas casas manifestando con sus ademanes y exclamaciones, escesa hilaridad los unos, y una profunda admiracion los otros.

Ningun carruaje semejante á este, habia atravesado aquel puente desde que el buen rey Estanislao lo habia mandado construir en la Mosela, cincuenta años antes, para facilitar las comunicaciones de su pequeño reino con la Francia, no esceptuando tampoco esas tan estrañas como curiosas galeras de Alsacia que en los dias de feria conducen de Phalsbourgo fenómenos con dos cabezas, osos bailadores y tribus errantes de esos saltimbanquis, jitanos de los paises civilizados.

Cualquiera, sin ser burlon ni murmurador, podia detenerse sorprendido al ver pasar aquel vehículo monumental, que á pesar de ir suspendido sobre cuatro ruedas de igual diámetro, y sostenido por firmes y sólidos resortes, avanzaba con suficiente rapidez para justificar la

siguiente exclamacion escapada á algunos espectadores:

Valiente caruaje para correr la posta! Nuestros lectores que dichosamente no lo han visto pasar, nos permitirán hacerles su descripcion.

En primer lugar, la caja principal (la nombramos así porque era precedida de un especie de birlocho) estaba pintada de un azul claro y adornada con una elegante diadema de baron, sobre la cual aparecian las letras J y B primorosamente enlazadas.

Tenia en lugar de portezuelas, dos ventanas con cortinas de muselina blanca, que dejaban fácilmente penetrar en el interior la suficiente claridad, y casi invisibles al vulgo profano por estar colocadas en la parte delantera del coche, dando vista al cabriolé.

Una rejilla permitía fácilmente conversar con el ser que habitaba aquel cajon, y apoyarse al mismo tiempo contra los cristales, sobre los cuales estaban colgadas las cortinas; lo que no hubiera podido verificarse sin aquella precaucion.

La caja posterior, que al parecer era la parte mas importante de aquel extraño faeton, tendria unos ocho pies de largo y como seis de ancho, no pudiendo percibir mas luz que la que se introducía por aquellas ventanas, ni mas aire que el que podia penetrar por un postiguillo guarnecido de vidrios que daba al imperial. Se completaba la serie de singularidades que aquel extraño cofre ofrecia á la vista de los transeuntes, con un enorme cañon de chimenea que sobresalia un pié cuando menos por cima del carro, y vomitaba un humo azulado que emblanquecia los aires en forma de columna, estendiéndose por el surco aéreo que trazaba en su veloz carrera.

El resultado que semejante extrañeza hubiera tenido en nuestros dias, sería el de confundirla con alguna nueva invencion, en la que hubiera combinado prudentemente el maquinista la fuerza del vapor con la de los caballos.

No hubiera dejado de parecer bastante probable, porque detrás de nuestro carruaje seguia un caballo ensillado y

amarrado con un ronzal, manifestando por su bonita y vivaracha cabeza, delgadas piernas, pecho estrecho, espesa crin y ondulante cola, las señales características de la raza árabe, é indicando que alguno de los misteriosos viajeros encerrados en aquella nueva arca de Noé, era aficionado á la cabalgada, galopando al lado del carruaje para cuyo tiro semejante caballo no podia estar destinado.

El postillon de la anterior parada, habia recibido en Pont-a-Mousson además del valor de su posta, dobles agujetas de una mano blanca y muscular que se habia deslizado por entre las cortinas de cuero que cerraban la parte anterior del birlocho tan herméticamente, casi como las de muselina cerraban la parte anterior del cajon.

El postillon, maravillado de tanta jenerosidad, dijo quitándose con la mayor prontitud el sombrero: gracias monseñor. Y una voz sonora le contestó en alemán, lengua que se comprende todavia aun cuando ya no se hable en los alrededores de Nancy:

—Schnell! Scheeller!

Que traducido significa:

—De prisa, mas de prisa!

Los postillones comprenden todas las lenguas, cuando cierta música metálica acompaña las palabras que se les dirijen, pues ningun viajero debe ignorar que son especialmente golosos; y asi es, que al punto hicieron todo cuanto fue posible por salir á galope, no pudiendo lograr, á pesar de sus esfuerzos, mas que un trote bastante decente, que prometia andar dos leguas y media ó tres por hora.

A las siete se mudaban caballos en San-Mihiel. La misma mano pagaba al través de las cortinas el precio de la posta anterior, y la misma voz hacia oír igual recomendacion.

En valde seria repetir que este extraño carruaje escitaba la misma curiosidad que en Pont-a-Mousson, tanto mas cuanto que la noche que ya se acercaba, contribuia á darle un aspecto aun mas fantástico.

A poca distancia de San-Mihiel, comienza la montaña; allí fué preciso que

los viajeros se contentasen con ir al paso; pues para caminar un cuarto de legua, se necesita el espacio de media hora.

Los postillones se detuvieron sobre la cima de la montaña para hacer descansar un momento á sus caballos, y los viajeros del birlocho, hubieran podido, descorriendo las cortinas, abrazar con su vista un dilatado horizonte, que comenzaban á oscurecer los primeros vapores de la noche.

El día, que habia estado despejado y caluroso hasta las tres de la tarde, era ya insufrible y sufocante. Una blanquecina y espesa nube que venía de la parte del Sud, seguía al carruaje, al parecer con premeditacion, y amenazaba alcanzarle antes que llegase á Bar-le-Duc, donde los postillones habian propuesto detenerse á todo trance para pasar la noche.

El camino estrechado de un lado por la montaña, y del otro por una pendiente escarpada, descendiendo hacia un valle, en cuyo fondo se veia serpentear la Mense, ofrecia en el espacio de media legua

un declive tan rápido, que no podía bajarse sin peligro mas que al paso. Esta fué la marcha prudente que adoptaron los postillones cuando se hallaron en él.

La nube seguía avanzando, estendiéndose por grados y juntando los vapores que subian de la tierra á la que casi rozaba, repeliendo al mismo tiempo con su siniestra blancura todas las demás nubes azuladas que procuraban colocarse á sotavento como las naves en un día de batalla.

A poco se estendió en el cielo con la rapidez de la marea creciente, é interceptó bien pronto los últimos rayos del sol, filtrando al través de ella con dificultad sobre la tierra una claridad parda y sin brillo. Estremeciéronse las hojas de los árboles, tomando el color negruzco de que se revisten á la aproximación de la oscuridad de la noche.

Un relámpago la surcó de repente, el cielo se abrió en llamaradas de fuego, y la vista del hombre pudo descubrir las inconmensurables profundidades del firmamento, tan ardientes como las del mismo infierno.

En aquel mismo instante, un espantoso trueno resonó botando de árbol en árbol hasta el bosquecillo cruzado por el camino; hizo retemblar la tierra, é impulsó el nubarrón que voló con la rapidéz de un caballo desbocado.

El carruaje avanzaba entretanto, y el humo negro y espeso que antes arrojaba por su chimenea, se habia vuelto sutil y de un color parecido al de ópalo.

La oscuridad del cielo se aumentó entretanto, y el postiguillo del imperial se iluminó entonces con un vivo resplandor, permaneciendo alumbrado; lo cual denotaba que el habitador de aquella calda ambulante, extraño sin duda á las ocurrencias exteriores, tomaba sus precauciones contra la noche, para no ser interrumpido en sus importantes operaciones.

El carruaje que se hallaba en la esplanada de la montaña, no habia principiado todavia á bajar la pendiente, cuando un segundo trueno mas violento y cargado de vibraciones metálicas que el primero, descargó el agua de las nubes, que principió á caer gota á gota, y luego

tan espesa, seguida y rápida, como brazos de flechas que se hubieran arrojado del cielo.

Los postillones detuvieron los caballos y reflexionaron sobre el partido que debían tomar.

—Y bien, preguntó la misma voz, que hablaba ahora en excelente francés. Qué diablo hacemos?

—Estábamos pensando si debíamos ó no proseguir, contestaron los postillones.

—Me parece que es á mí y no á vosotros, á quien debíerais hacer esa pregunta, contestó. Marchad!

Tenía aquella voz un acento de autoridad tan poderoso, que al momento obedecieron los postillones, y el carruaje comenzó á bajar la cuesta de la montaña.

—Está bien! replicó, y las cortinas entreabiertas un instante se interpusieron de nuevo entre los viajeros y el avantren del coche.

Empero el camino que era naturalmente gredoso y húmedo, empapado además por los torrentes de la lluvia, se hizo

tan resbaladizo, que los caballos se negaron á continuar.

—Caballero, dijo el postillon que montaba el del tronco, es imposible seguir adelante.

—Y por qué? preguntó la voz que ya conocemos.

—Porque los caballos ya no andan, sino patinan.

—Cuánto falta para llegar á la primera parada?

—Ay! caballero, faltan cuatro leguas.

—Ea bien! pondrás á tus caballos herraduras de plata y andarán, dijo el extranjero abriendo las cortinas y dándole cuatro escudos.

—Mil gracias caballero, dijo el postillon recibéndolos en su desmesurada y tosca mano, é introduciéndolos en una de sus anchas botas.

—Me há parecido, si nó me equivoqué, que el amo te há hablado, dijo el segundo postillon á su compañero, al oír aquel sonido metálico deseando no ser escludido de una conversacion que tomaba un jiro tan interesante.

—Sí, contestó aquel: dice.... que prosigamos.

—Y teneis algo que objetar á este deseo, amigo mio? dijo el viajero con acento afectuoso al par que firme, que indicaba no admitiria la menor contradiccion.

—Yo! no señor, son los caballos que se niegan á seguir.

—Y de qué sirven las espuelas?

—Aun cuando les hundiera hasta los acicates, no darían un paso mas: que me confunda el cielo si....

El postillon no pudo concluir aquella blasfemia; un rayo espantoso le cortó la palabra.

—No es muy católico este tiempo, dijo atemorizado el pobre hombre. Ahora sí.... el carruaje anda solo, y de aquí á cinco minutos no lo podremos sujetar. Dios mio! ya principia á rodar á pesar nuestro.

El pesado coche, descansando sobre la grupa de los caballos, que ya no podían detenerlo, progresaba en su carrera, que se convirtió al poco tiempo en una violenta é impetuosa rotacion, producida

por la multiplicacion del peso.

Los caballos se arrebataron de dolor, y el equipaje se disparó sobre la oscura pendiente con la rapidez de una flecha, dirijiéndose visiblemente al precipicio.

No solo la voz sino la cabeza del viajero, salió entonces del coche.

—Torpe! exclamó: vas á matarnos; á la izquierda tus guias! á la izquierda!

—Yo quisiera ver lo que haríais en mi lugar, contestó el postillon despavorido, tratando inútilmente de reunir las riendas, y de adquirir sobre sus caballos la superioridad que habia perdido.

—José! exclamó entonces una voz de mujer que se hacia oir por primera vez. José! socorro! socorro! ay, virjen santa!

El peligro podia efectivamente motivar esta invocacion de la madre de Dios, pues era urgente, terrible, y supremo. El carruaje que seguia violentamente arrastrado por su peso, faltándole una mano diestra que le dirijiera, avanzaba hacia el precipicio, sobre el cual uno de los caballos estaba ya casi suspendido, faltando solo que las ruedas diesen tres

vueltas mas, para que caballos, carruaje y postillones fuesen precipitados, destrozados y aniquilados. El viajero saltó entonces del cabriolé á la lanza del coche, y asiendo al postillon por el cuello y la cintura, lo levantó con la misma facilidad que á un niño, arrojándolo á diez pasos de distancia. Se montó al punto en su lugar, reunió las guias, y dirigiéndose al otro postillon le gritó con voz fuerte y terrible:

—A la izquierda gran tuno, ó te hago saltar los sesos.

Tuvo un efecto mágico aquel mandato, pues el postillon que dirigia los dos caballos delanteros, al oir las voces lastiméras de su infeliz compañero, hizo un esfuerzo sobrehumano, y dando el impulso necesario al carruaje, lo hizo volver con el poderoso auxilio del viajero á la mitad del camino, y siguió rodando con la velocidad y estruendo del trueno, contra el cual al parecer luchaba.

—A galope! gritó el viajero, á galope, y si cedes, paso sobre tu cuerpo y sobre el de tus caballos.

Conociendo el postillon que esta no era una frivola amenaza, redobló la energía, y el carruaje siguió bajando con una velocidad tan espantosa, que se hubiera creído al verle descender con tanta rapidéz por la oscuridad, con aquel ruido sordo y terrible, la chimenea inflamada y sofocados gritos, que era algun carro infernal tirado de fantásticos caballos, y acosado por el huracan.

Empero nuestros viajeros no habian evitado aquel peligro, sino para caer en otro. La eléctrica nube que se cernia en los aires se precipitaba con una rapidéz igual á la de los caballos. El viajero levantaba de cuando en cuando su cabeza, pudiéndose notar sobre su rostro al resplandor de los relámpagos una impresion de inquietud, que no procuraba disimular, porque solo Dios la pudiera conocer. En el momento en que el carruaje llegaba al fin de la pendiente, y seguia rodando arrastrado por su rápida carrera sobre un terreno mas llano, el aire muda de repente, combina ambas electricidades, rásgase la nube con

horroroso estruendo y despide juntamente relámpago y rayo. Una llamarada de color de violeta convirtiéndose progresivamente en verdosa y blanquecina, envolvió los caballos. Los del tronco se alzaron de manos, y aspiraron ruidosamente aquel aire azufrado, y los delanteros cayeron en tierra. El que montaba el postillon se alzó al punto, y sintiendo que se habian roto sus tirantes en aquel violento suceso, salió á escape, desapareciendo con su jinete en las tinieblas, mientras que el carruaje que habia rodado unos diez pasos mas, se detenia tropezando con el cadáver del caballo herido del rayo.

Todo este episodio habia sido acompañado de los gritos penetrantes de la señora del birlocho.

Hubo un momento de singular confusion, durante el cual ninguno supo si estaba muerto ó vivo. El desconocido se tentó á sí mismo para justificar su identidad. Nada le habia sucedido; pero la viajera se habia desmayado.

Aun cuando aquel no tenia la m-

nor duda de cuanto habia acontecido, porque el mas profundo silencio habia sucedido de repente á los alaridos que resonaban en el birlocho, sus primeros cuidados no fueron para la mujer desconsolada; pues por el contrario, apenas se hubo apeado se dirigió corriendo hacia la parte posterior del carruaje.

Allí se hallaba el hermoso caballo de que ya hemos hablado, asombrado, envarado, erizadas sus crines, estremeciendo al mismo tiempo la puerta á la cual estaba sujeto, y estirando fuertemente el ronzal. El brioso animal, con la vista fija y la boca espumosa, despues de inútiles esfuerzos por romper aquel lazo, habia quedado fascinado por el horror de la tormenta; y cuando su amo le pasó la mano por la grupa para halagarle, silbándole al mismo tiempo segun su costumbre, dió un bote y relinchó al mismo tiempo como si no conociera.

—Hum! otra vez ese endemoniado caballo, murmuró una voz quebrantada en el interior del carro: maldito sea ese animal que estremece mis murallas!

Y redoblando la fuerza, esta voz prosiguió gritando en árabe con tono impaciente y amenazador:

—*Nhe goullac hogoud shaked ha-ffrit!* (1).

—No os incomodeis contra Djerid, señor, dijo el viajero desatando el caballo para amarrarlo á una de las ruedas traseras del carruaje; se ha espantado y á la verdad con justa razon.

Concluyendo estas palabras, abrió la portezuela y entró en el coche cerrándole inmediatamente.

CAPÍTULO II.

Althotas.

Nuestro viajero se encontró entonces en presencia de un anciano de ojos pardos, nariz retorcida, manos trémulas pero activas, que sepultado en un gran sillón, tenia en su derecha un grueso manuscrito de pergamino intitulado

(1) No has oído, que te estés quieto, Demonio?

Chiave del Gabinetto, y en la izquierda una espumadera de plata.

Aquella actitud y ocupacion, aquel rostro surcado de inmables arrugas, cuyos ojos y boca eran los solos que parecian dotados de vida, aquel conjunto en fin que parecerá extraño al lector, era ciertamente bien familiar al extranjero que no se dignó dirigir ni una mirada á su alrededor, aun cuando lo merecian los muebles y adornos de aquella parte del carruaje.

Tres murallas (no olvidemos que el anciano daba este nombre á las paredes del coche) cargadas de estantes llenos de libros, rodeaban el sillón, asiento ordinario y sin rival de este extravagante personaje, para cuyo uso se veian por cima de los libros gran cantidad de redomas vasijs, cajas y tablitas embutidas en estuches de madera, del mismo modo que se colocan en los navíos la loza y los vasos. El anciano para alcanzar mas fácilmente á estos objetos hacía rodar su sillón, y llegado este al punto que deseaba lo alzaba ó bajaba por me-

dio de un resorte unido al mismo asiento.

El cuarto (asi llamamos á este compartimiento) tenia ocho pies de largo, seis de ancho, y seis de alto. Frente á la portezuela y próximo al cuarto tablero que permanecia libre para la entrada y salida, se elevaba una estufa con su coberbizco, fuelle y rejilla, que estaba en aquel momento sirviendo para enalvar un crisol, y hacer hervir un mixto, que dejaba escapar por este tubo aquel humo, que salia por el imperial, y habia causado el asombro y la curiosidad de los transeuntes de todas edades y sexos. Ademas de las redomas, cajones, libros y cartones dispersos por el suelo desordenada y pintorescamente, un gran número de pinzas de metal, carbones mojados en vasijas para distintas operaciones, un vaso con agua y gran cantidad de manojos de yerbas colgados con hilos en la techumbre, de los cuales los unos, demostraban haber sido cogidos la víspera, y cien años antes los otros.

El penetrante olor que este conjunto exalaba hubiera podido llamarse perfu-

me en un laboratorio menos grotesco.

Al entrar el viajero, el anciano rodando su sillón, con una destreza y agilidad admirables, se acercó á la estufa, y se puso á espumar su mixtura con una atencion respetuosa; distraído luego por la persona que se presentaba á su vista, se encasquetó con la mano derecha el gorro de terciopelo, negro en otro tiempo, que envolvía su cabeza hasta por debajo de las orejas, del cual salian algunas raras mechass de pelo brillante como hilos de plata, y sacó debajo de las ruedecillas de su sillón el faldon de su ámplia bata de seda acolchada que se habia convertido por diez años de servicio en un andrajo descolorido y sin forma.

El anciano estaba al parecer de mal-humor, y refunfuñaba entre dientes al par que espumaba su mixto, y alzaba su bata.

—Se asombra ese animal maldito!... y de qué? pregunto.... ha bamboleado mi puerta, estremecido mi estufa, y derramado en el fuego la cuarta parte

de mi elixir. Acharat! en nombre de Dios, abandonad esa bestia en el primer desierto que atravesemos.

El viajero se sonrió, y dijo.

—En primer lugar, señor, ya no cruzamos ningun desierto; pues estamos en Francia, y por otra parte no puedo decidirme á abandonar de ese modo un caballo que vale mil luises, (1) ó por mejor decir que no tiene precio por ser de la raza de Al-Borach.

—Mil luises! mil luises! yo os daré cuando quiérais esos mil luises ú otra cosa equivalente. Vuestro caballo me há costado ya mas de un millon, sin tener en cuenta los dias de vida que me ha quitado.

—Veamos; veamos: ¿que ha hecho ese pobre Djerid ahora?

—Preguntais que ha hecho? si no fuera por él mi elixir hubiera hervido dentro de pocos minutos, sin derramarse una gota; lo que en verdad no indican ni Zoroastro ni Paracelso, pero lo que

(1) Moneda de oro que vale en Francia veinte y cuatro francos.

positivamente Berri previene.

—Vamos! querido maestro, tened paciencia, y de aquí á algunos segundos hervirá la esencia.

—Cómo há de hervir, Acharat? si parece una maldicion.... hasta mi fuego se apaga.... yo no sé lo que cae por esa chimenea....

—Yo sí lo sé, replicó el discípulo riendo: es agua.

—Que habeis dicho?.... agua!.... ay Dios mio! ya se disipó mi elíxir! tendré que volver á otra operacion; como si el tiempo me sobrara! Dios mio, Dios mio! repitió aquel sabio anciano levantando con desesperacion sus manos al cielo, Agua! y qué agua es esa, Acharat?

—Agua pura... del cielo... está lloviendo á cántaros. No lo habreis quizá reparado?

—Por ventura reparo yo en algo cuando estoy en mi labor? Yá!... con que es agua!... sin la menor duda.... Mirad, Acharat, ya esto me impaciente demasiado. Cómo! Hace seis meses que os estoy pidiendo un tejadillo para mi chimenea...

Seis meses he dicho?... Si hace un año. Pues bien! ni aun siquiera os acordais, aunque sois joven, y nada teneis que hacer. Y cuáles son las resultas de vuestra negligencia? Que hoy la lluvia, mañana el viento, confunden todos mis cálculos, destruyen todas mis operaciones; siendo preciso sin embargo que me apresure, voto á Júpiter! bien lo sabeis vos mismo; mi hora llega, y si para entonces no he tomado todas mis medidas, si no he llegado á procurarme esa esencia vital, adios docto, adios sabio Althotas! Mi centésimo año comienza el 15 de Julio á las once en punto de la noche, y se hace indispensable que para entonces mi elixir haya alcanzado toda su perfeccion.

—Pero me parece dijo Acharat, que todo se vá preparando á pedir de boca.

—Sin la menor duda, contestó el anciano. Ya he hecho experimentos por absorvencia, y mi brazo izquierdo que estaba casi paralitico, há recuperado ya toda su elasticidad, ganando además el tiempo que empleaba en mis comidas; pues una eucharada de mi elixir

aunque imperfecto me alimenta durante el espacio de tres ó cuatro dias. Ay! cuando recuerdo que ya no me falta probablemente mas que una planta ó una hojita de esa planta, para que mi esencia quede perfecta! que habremos pasado quinientas mil veces quizá junto á ella, que habrá sido hollada por nuestros caballos y por las ruedas de nuestro coche! Si, Acharat... esa planta de que hace mencion Plinio y que los sabios no han podido encontrar ó reconocer, porque nada, nada se pierde! Ah! si!.... Será preciso que le pregunteis su nombre á Lorenza durante alguno de sus extasis: me lo prometeis, no es verdad?

—Descuidad querido maestro, yo se lo preguntaré.

—Y hé aquí mientras tanto, prosiguió el sabio con un profundo suspiro, mi esencia otra vez disipada, necesitando tres veces quince dias, para lograr lo que hoy he perdido! Os hago observar, Acharat, que perdereis tanto como yo el dia que deje de existir.... Pero qué es—

truendo es ese? Es que rueda el coche?

—No señor, es un trueno.

—Un trueno?

—Sí señor, y por poco nos mata un rayo que cayó hace poco, y á mi particularmente, aunque es verdad que me preservé por ir vestido de seda.

—Le estais viendo? dijo el anciano, dándose un golpe con la mano en la rodilla. Lo estais viendo á lo que me esponen vuestras niñadas? á morir de un rayo; á que me mate tontamente una llama eléctrica, que si no estuviera tan ocupado ahora, haría bajar á mi estufa para cocerme la olla. Creeis que no es suficiente estar espuesto á todos los accidentes causados por la torpeza y maldad de los hombres, sino que además es preciso estarlo tambien á los que vienen del cielo, que son los mas fáciles de evitar?

—Dispensad, señor, pero no me habeis esplicado todavia....

—Cómo! no os he demostrado mi sistema de conductores de electricidad? Cuando perfeccione mi esencia, os lo repetiré; pero bien conoceis que estoy muy

ocupado en este momento.

—Conque creéis que se puede dominar el rayo?

—No solamente dominarle, sino conducirlo donde se quiera. Cuando mi segunda cincuentena sea pasada, y pueda esperar en paz la tercera, me entretendré un día en ponerle riendas de acero, y lo conduciré con tanta facilidad como vos á Djérid. Mientras tanto, os ruego, Acharat, mandeis poner un cobertizo á mi chimenea.

—Descuidad; así lo haré.

—Lo haré! lo haré! siempre para el porvenir, como si el porvenir nos perteneciese! Ay! nunca me acabarán de entender! exclamó el sabio revolviéndose en su sillón y torciéndose las manos desesperado. Descuidad!... Me dice descuidad!... y todo será concluido para mí si de aquí á tres meses no he perfeccionado mi elixir. Pero llegue yo á pasar mi segunda cincuentena, vuelva yo á recuperar mi juventud, la elasticidad de mis miembros, la facultad de moverme, y entonces de nadie necesitaré; no me

volverán á decir, lo haré; y yo podré decir, he hecho!

—Podeis decir lo mismo respecto á nuestra gran obra? Habeis pensado en ella?

—Sí señor.... Si estuviese tan seguro de hallar mi elixir, como lo estoy de hacer el diamante....

—Conque estais enteramente cierto?

—Sin la menor duda, pues ya he hecho alguno.

—Que habeis hecho alguno?

—Sí, buscadlo ahí.

—Dónde?

—Ahí á vuestra derecha, en ese pequeño recipiente.... justamente ese es.

El viajero lo tomó con avidez; era un vaso de cristal muy fino, cuyo fondo estaba cubierto de un polvo casi impalpable y adherente á sus paredes.

—Polvos de diamante! exclamó el joven.

—Sin duda ninguna, y en el medio buscad bien.

—Oh! sí: un diamante del tamaño de un grano de mijo.

—Poco importa su tamaño; lograre-

mos reunir todo ese polvo, y el grano de mijo se hará tan grueso como un garbanzo; pero por amor de Dios, Acharat, en cambio mandad poner un tejadillo á mi chimenea, y un conductor á vuestro coche, para que el agua no caiga en mi cuarto y el rayo tome otra direccion.

—Bien! bien! descuidad.

—Otra vez, otra vez con su eterno descuidad; los demonios me llevan. Juventud! loca y presuntuosa juventud! exclamó con una fúnebre sonrisa, que descubria sus encías sin dientes, y que parecia ahondar mas las profundas órbitas de sus ojos.

—Señor, dijo Acharat, el fuego se apaga y vuestro crisol se enfria: qué tentais en él?

—Miradlo.

El jóven obedeció, y al abrir el crisol, encontró una partícula de carbon vitificado del tamaño de una avellana.

—Un diamante! exclamó; despues casi al mismo tiempo: es verdad; pero manchado, imperfecto y sin valor.

—Porque el fuego se ha apagado;

porque no tenia cobertizo mi chimenea: lo habeis oido, Acharat?

—Vamos, perdonadme, querido maestro, dijo el jóven mirando y remirando el diamante que ya despedia brillantes reflejos, ya permanecia opaco; perdonadme repito, y tomad algun alimento para sosteneros.

—De nada serviría, pues hace dos horas tomé una cucharada de elíxir.

—Estais equivocado, señor, la habeis bebido esta mañana á las seis.

—Bueno! y qué hora es?

—Pronto darán las ocho y media de la noche.

Jesus! exclamó el sabio anciano, juntando sus manos; otro dia pasado, inutilizado y perdido. Decidme: han disminuido los dias? no tienen ya veinte y cuatro horas!

—Si no quereis comer, dormid al menos algunos instantes.

—Bien, consiento: dormiré dos horas; pero mirad vuestro reloj y despertadme sin falta.

—Os lo prometo.

—Veis, Acharat, prosiguió el anciano con un acento cariñoso; cuando me quedo dormido, siempre temo despertar en la eternidad. Vendreis á llamarme, es verdad? no contento con vuestra promesa, quiero que lo jureis.

—Os lo juro, señor.

—En pasando dos horas?

—En pasando dos horas.

En este momento se oyó en el camino un ruido parecido al galope de un caballo. y fué seguido de un grito que demostraba á la vez inquietud y asombro.

—Qué es eso? exclamó el viajero, abriendo precipitadamente la puerta y saltando al camino.

CAPÍTULO III.

Lorenza Feliciani.

He aquí lo que habia ocurrido durante la conversacion del viajero con el sabio.

Ya dijimos que al caer el rayo, la señora del cabriolé se habia desmayado.

Permaneció sin sentido algunos instantes, y como solo el miedo habia causado su desmayo, fué volviendo en sí poco á poco.

—Ay! Dios mio! exclamó, me encuentro abandonada y sin auxilio. No habrá criatura humana que se compadezca de mí!

—Señora, dijo una voz con timidez, aquí estoy yo si puedo seros útil en algo.

La jóven se incorporó al oir estas palabras, y asomándose por las cortinas del cabriolé, vió á un jóven que estaba de piés sobre el estribo.

—Sois vos, caballero, quien me ha hablado?

—Sí señora, contestó el jóven.

—Y me habeis ofrecido socorro?

—Sí.

—Decidme: qué ha sucedido?

—Que ha caído un rayo casi sobre vos y ha cortado los tirantes de los caballos delanteros, uno de los cuales ha escapado con el postillon.

La mujer miró entonces á su alrededor, demostrando la mayor inquietud.

—Y.... el que conducía los caballos del tronco, dónde está? preguntó.

—Acaba de entrar en el coche.

—No le ha sucedido nada?

—Nada absolutamente.

—Estais cierto?

—Cuando menos, se apeó sano y salvo.

—Ay! gracias á Dios! dijo la jóven respirando con mas libertad.

—A dónde estábais, caballero, para venir tan á tiempo á ofrecirme vuestra ayuda?

—Sorprendido por la tormenta, me oculté en esa oscura cantera, cuando vi venir vuestro coche á escape. Al pronto me figuré que los caballos se habrían desbocado; pero conocí luego que venían dirigidos por una mano diestra y vigorosa. De repente cayó el rayo con un estruendo tan terrible, que permanecí durante algunos instantes anodadado, creyéndome tambien herido. De todo cuanto acabo de referiros, me acuerdo como de un sueño.

—Luego no estais seguro que el que dirigía los caballos del tronco, se halla en el coche.

—Ah! sí señora; ya habia vuelto en mí, y le ví seguramente entrár.

—Tened la bondad de cercioraros si todavía está en él.

—Y cómo?

—Escuchando, pues si se encuentra en el interior del coche, se oirán dos distintas voces.

El jóven saltó abajo del estribo, se aproximó á la pared exterior de la caja, y escuchó.

Despues volvió y dijo:

—Sí señora, dentro está.

La jóven inclinó la cabeza, en señal de agradecimiento; pero permaneció con su frente apoyada sobre la mano, y sumerjida, al parecer, en una profunda meditacion.

El oficioso desconocido, pudo durante este tiempo contemplarla.

Era una jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años, la tez morena, pero de una delicadeza mas agraciada y hermosa que el mas subido sonrosado; sus hermosos ojos negros, elevados al cielo, á quien al parecer interrogaban, brillaban

como dos estrellas; y los cabellos negros, que conservaba sin polvos contra la moda del tiempo, caian en primorosos bucles sobre su cuello de ópalo.

De repente demostró haber tomado alguna resolucion.

—Caballero, dijo, en qué paraje nos hallamos?

—En el camino de Strasburgo á París, señora.

—Y en qué punto de él?

—A dos leguas de Piedrafita.

—Qué viene á ser Piedrafita?

—Una villa.

—Qué poblacion sigue á esa villa?

—Bar-le-Duc.

—Es ciudad?

—Sí señora.

—Muy poblada?

—Segun creo, de cuatro á cinco mil almas.

—Hay alguna trocha mas directa que la carretera, para ir á Bar-le-Duc?

—Nò señora, ó al menos no la conozco.

—Peccato! murmuró entre dientes, volviéndose á sumerjir en el cabriolé.

El jóven esperó un instante mas, por si le dirijian alguna otra pregunta; pero trató de alejarse y dió algunos pasos para verificarlo, al ver que aquella mujer guardaba el mas profundo silencio.

Este movimiento la distrajo, al parecer, de su meditacion, pues se asomó con vivacidad á la delantera del cabriolé.

—Caballero, exclamó.

El jóven retrocedió diciendo:

—Aquí estoy, señora.

—Por favor, otra pregunta.

—Decidla.

—No habia un caballo amarrado á la parte trasera del carruaje?

—Sí señora.

—Está todavía?

—Nó señora: el caballero que entró al interior, le desató para sujetarle á la rueda del coche.

—No le ha sucedido tampoco nada?

—Creo que nó.

—Es un animal de gran precio, y que estimo mucho: quisiera cerciorarme por mí misma que nada le ha aconteci-

do; pero de qué medios me valdré para no pisar lodo?

—Yo lo conduciré hasta aquí, dijo el jóven.

—Ah! sí, exclamó la señora, os suplico que lo hagais, y os quedaré muy reconocida.

Al aproximarse el jóven al caballo, alzó este la cabeza, y relinchó.

—No temáis, prosiguió la señora del cabriolé, es tan manso como un cordero; y bajando la voz, murmuró:

—Djerid! Djerid!

El animal conoció sin duda esta voz por ser la de su ama, pues alargó su intelijente cabeza hacia la parte donde esta se hallaba.

El jóven procuró desatarle mientras tanto; pero apenas conoció el caballo la poca destreza de la mano que tenia su ronzal, cuando tirando con violencia, quedó libre, y dando un salto, se puso á distancia de veinte pasos del carruaje.

—Djerid! repitió la mujer con el mas cariñoso acento, aquí, Djerid, aquí.

El árabe ajitó su hermosa cabeza,

busó estrepitosamente, y llegó piafando hasta el cabriolé, como si hubiera seguido un compás musical.

La señora sacó entonces la mitad de su cuerpo fuera de las cortinas, diciendo:

—Ven acá, Djerid, ven acá!

El obediente animal presentó al momento su cabeza á la mano que se alargaba para halagarle.

Entonces, asiéndose de la crin del caballo con su afilada mano, y apoyándose con la otra en el alero del cabriolé, la jóven saltó sobre la silla con la misma agilidad de esas fantasmas de las baladas alemanas que brincan sobre la grupa de los caballos, aferrándose á la cintura de los viajeros.

El jóven se lanzó con prontitud hacia ella; pero un ademan imperioso de su mano, le detuvo.

—Escuchadme, dijo esta: aunque joven, ó mas bien porque lo sois, debereis tener sensaciones humanas y jenerosas. No os opongais á mi partida. Huyo de un hombre á quien amo; pero ante todo, soy romana y buena cristiana. Ese hombre

perdería mi alma si permaneciera mas tiempo á su lado; es un ateo y un nigromántico á quien Dios acaba de amonestar por medio de su rayo. Ojalá se aproveche de este aviso. Referidle lo que acabais de oír, y Dios os bendiga por el auxilio que me habeis prestado. Adios!

A esta última palabra, lijera como los vapores que se banbolean sobre los pantanos, se aleja y desaparece llevada por el galope aéreo de Djerid.

Pero el jóven al verla huir, no pudo reprimir un grito de sorpresa y asombro.

Este fué el que resonó en el interior del carruaje, y que habia causado la alarma del desconocido.

CAPÍTULO IV.

Jilberto.

La primer cosa que llamó la atención de nuestro viajero al salir del carruaje, fué el jóven que se hallaba de pies y azorado. Un relámpago que bri-

lló en aquel mismo instante, le permitió, examinarle escrupulosamente de piés á cabeza, segun acostumbraba cada vez que algun objeto extraño ó algun personaje desconocido se presentaba á su vista.

Era un jóven que podría tener de diez y seis á diez y siete años, de pequeña estatura, delgado y nervioso. Sus ojos negros, se fijaban resueltamente sobre el objeto que menos impresion le causara, y aunque faltos de dulzura, no carecian de gracia; su nariz aguileña, labios delgados y juanetes salientes, anunciaban astucia y circunspeccion, mientras que la resolucion se manifestaba en él por la prominencia de su redonda barba.

—Sois vos el que acaba de gritar? preguntó el extranjero.

—Sí señor, contestó el jóven.

—Y por qué habeis gritado?

—Porque....

Nuestro jóven se detuvo indeciso.

—Por qué? repitió el viajero.

—No habia una señora en el cabriolé? repuso el jóven.

—Sí.

Y los ojos de Bálsamo se dirijieron hacia aquel punto, como queriendo atravesar con su mirada las paredes del coche.

—No habia tambien un caballo sujeto á las ruedas?

—Sí: y dónde diablos está?

—La señora del cabriolé ha partido montada en él.

No se le escapó al viajero exclamacion alguna, ni pronunció la menor palabra: saltó sobre el cabriolé, describió las cortinas de euero, y al resplandor de un relámpago que en aquel momento iluminaba el cielo, tuvo lugar de conocer que estaba desocupado.

—Sangre de Cristo! exclamó con un ruido tan terrible como el trueno que le acompañó; y mirando á su alrededor para descubrir algun medio de perseguirla, reconoció su inutilidad.

—Con uno de estos caballos, prosiguió meneando su cabeza, sería una necedad tratar de alcanzar á Djerid, como lo sería enviar á una tortuga en per ecu-

cion de una gacela.... pero yo sabré donde se halla, á menos que....

Y llevando con prontitud y ansiedad la mano al bolsillo de su chupa, sacó una cartera y la abrió, encontrando un papel doblado, que contenía un rizo de pelo negro.

A su vista, el rostro del viajero se serenó, y todo su ser se tranquilizó, al menos en apariencia.

—Vamos, dijo pasándose una mano por la frente, que se empapó al punto en sudor; vamos, bueno; y nada os dijo al partir?

—Sí señor.

—Qué os ha dicho?

—Que os anunciase que el temor y no el odio era el que ocasionaba su separacion, y que siendo fiel cristiana, cuando vos por el contrario....

El jóven vaciló.

—Cuando yo por el contrario? repitió el viajero.

—Dudo si lo volveré á decir.... dijo el jóven.

—Decidlo, pardiez!

—Cuando vos, por el contrario, érais un ateo y un infiel, al que Dios se habia dignado amonestar por última vez esta noche, y que habiendo conocido este aviso del cielo, os invitaba á reflexionar sobre él.

Una despreciadora sonrisa apareció en los labios del viajero.

—Nada mas os dijo? preguntó.

—Nada mas.

—Bien; pues ahora trataremos de otra cosa.

Y las últimas señales de inquietud y disgusto, desaparecieron de su frente.

El joven observaba estas alteraciones del corazon reflejadas en el semblante, con una curiosidad, que manifestaba estar tambien dotado de cierta dosis de observacion.

—Decidme ahora vuestro nombre, amigo mio, dijo el viajero.

—Me llamo Jilberto.

—Jilberto solo? segun creo ese es nombre de bautismo.

—A mí me sirve de apellido.

—Pues bien, mi querido Jilberto, la

providencia os envía para sacarme de apuros.

—Caballero, todo cuanto pueda hacer en vuestro servicio....

—Lo hareis, y lo agradezco. No ignoro que á vuestra edad se sirve por solo el placer de servir. Por otra parte, no es muy difícil el favor que tengo que pedirós: se reduce á que me indiqueis un abrigo para esta noche.

—Ahí está esa roca, dijo Jilberto, que me ha servido de resguardo durante la tormenta.

—Sí, contestó el viajero; pero preferiría alguna casa, donde pudiera encontrar buena cama y cena.

—Esto es mas difícil.

—Estamos muy distantes de la primera poblacion?

—De Piedrafita?

—Se llama Piedrafita?

—Sí señor, y dista sobre legua y media.

—Legua y media? con la noche que hace, y con solo estos dos caballos, no llegaríamos en dos horas. Vamos, amigui-

to, pensadlo bien: no hay ninguna habitacion por estas inmediaciones?

—Si señor, el castillo de Taverney estará cuando mas á trescientos pasos.

—Ah! Pues entonces!... dijo el viajero.

—Qué? preguntó el jóven con la mayor admiracion.

—Por qué no lo dijisteis antes?

—Pero el castillo de Taverney no es posada.

—Está habitado?

—Sin duda.

—Por quién?

—Por quién ha de ser? Por el baron de Taverney.

—Quién es ese baron?

—El padre de la señorita Andrea.

—Me interesa mucho esa noticia, dijo sonriendo el viajero; pero solo deseaba informarme qué especie de personaje es el baron?

—Es un antiguo hidalgo que tendrá sobre sesenta á sesenta y cinco años, y que segun cuentan ha sido rico en otro tiempo.

—Y ahora pobre; el mismo refrán de todos. Amigo mio, os ruego que me conduzcáis á su casa.

—A casa del baron de Taverney? dijo el jóven admirado.

—Os negais á prestarme ese servicio?

—No señor; pero.....

—Qué?

—No os recibirá.....

—Cómo? se negará á recibir á un caballero que habiéndose extraviado le pide hospitalidad? Es alguna fiera ese baron?

—Bien pudiera suceder, contestó el jóven, algo se le parece.

—No importa, dijo el viajero, quiero aventurarme.

—No os lo aconsejo! respondió Hilberto.

—Quiá! por poco social que sea, no ha de comerme vivo.

—Nó, pero os cerrará quizá su puerta.

—Entonces se la echaré abajo, y á menos que os negueis á servirme de guía...

—Caballero, yo no me niego.

—Indicadme, pues, cual es el camino.

—Con mucho gusto.

El viajero subió entonces al cabriolé, y sacó una linterna.

El joven esperó al ver que estaba apagada, á que el extranjero entrase en el interior del carruaje y le permitiese descubrir por la abertura de la puerta lo que en él se ocultaba; pero el desconocido se la entregó sin aproximarse siquiera al cajon. Volviola á uno y otro lado, y concluido este exámen preguntó:

—Qué quereis que haga con esta linterna?

—Que alumbreis el camino mientras yo dirijo los caballos.

—Cómo! si está apagada!

—Ahora la encenderemos.

—Ah! dijo Jilberto, teneis fuego en el interior del coche?

—Y en mi bolsillo tambien, contestó el viajero.

—Mucho trabajo ha de costar encender vesca con esta lluvia.

—Abrid la linterna, dijo aquel sonriéndose.

Así lo hizo Jilberto.

—Colocad vuestro sombrero por cima de mis dos manos.

Jilberto obedeció y atendia á estos preparativos lleno de curiosidad, porque no conocia otro medio de procurarse fuego sino por el eslabon y la piedra.

El desconocido sacó entonces un cerillo de una cajita de plata que tenia en su bolsillo, y abriéndola por debajo, lo introdujo en una pasta inflamable sin duda, porque al punto salió encendido.

La accion fué tan instantánea é inesperada, que Jilberto se estremeció.

Sonrióse su compañero al ver esta sorpresa tan natural en una época en que solo algunos químicos conocian los efectos del fósforo, y reservaban este secreto para sus esperimentos personales. Comunicó entonces aquella mágica llama á la mecha de la bujía, cerró despues la caja metiéndola en su faldriquera.

El jóven seguia aquel precioso recipiente, con ardientes miradas de codicia. Era evidente que hubiera hecho muchos sacrificios por ser poseedor de

aquel tesoro.

—Quereis guiar nuestra marcha ahora que tenemos luz? preguntó el viajero.

—Vamos! dijo Jilberto.

El jóven se adelantó, y en pos de él el desconocido con el caballo cojido del freno.

El tiempo se habia vuelto tambien mas tolerable, la lluvia habia casi enteramente cesado, y la tormenta se alejaba mujiendo.

El viajero fué el primero que trató de seguir la conversacion.

—Me parece, amiguito, que conoceis mucho al baron de Taverney!

—Ya lo creo, si vivo con él desde mi infancia.

—Es pariente vuestro?

—No señor.

—Vuestro tutor?

—Tampoco.

—Amo?

A esta palabra el jóven se sonrojó, y sus mejillas que de ordinario estaban pálidas, se colorearon al punto.

—Caballero, dijo, yo no soy criado

de nadie.

—Pero en fin, sereis algo.

—Soy hijo de un antiguo colono del baron, y mi madre crió á la señorita Andrea.

—Ya comprendo, estais en la casa como hermano de leche de aquella jóven, porque presumo que la hija del baron lo es.

—Tiene diez y seis años, contestó Gilberto desentendiéndose de una de las dos preguntas que se le habian hecho, y era la que le interesaba personalmente.

El viajero hizo esta reflexion, y dirigiendo su interrogatorio hacia otro punto, preguntó:

—Por qué casualidad os hallábais en el camino á pesar del tiempo que ha hecho?

—Yo no estaba en el camino, sino debajo de aquella cantera.

—Y qué hacíais allí?

—Estaba leyendo.

—Estábais leyendo?

—Sí.

—Y qué leíais?

—El *Contrato social* de M. J. J. Rousseau.

El viajero miró entonces al jóven con admiracion.

—Habeis tomado ese libro de la biblioteca del baron? preguntó.

—No señor; lo he comprado.

—Donde?... en Bar-le-Duc?

—No, ~~es~~ un chalan de libros que pasaba por este sitio. Hace algun tiempo que esos buhoneros vienen á menudo por estos pueblos con buenos libros.

—Quién os ha dicho que el *Contrato social* es un buen libro?

—Lo he conocido al leerlo.

—Habeis leído algunos malos para poder establecer esa comparacion?

—Sí señor.

—Cuales?

—El *Sepi*, *Tanzai*, *Neadarmo* y otros semejantes.

—¿Dónde diablos los habeis encontrado?

—En la biblioteca del baron.

—De qué medios se vale para procurarse estas novedades en un paraje como el que habita?

—Se los envían de París.

—Si es tan pobre como lleváis dicho, cómo es que gasta su dinero en semejantes simplezas?

—No los compra, se los dan.

—Ah! con que se los dan!

—Sí señor.

—Y quién?

—Un gran señor, que es amigo suyo.

—Y sabéis el nombre de este gran señor?

—Se llama el duque de Richelieu.

—Cómo! el viejo mariscal?

—Sí, el mariscal.

—Pienso que no dejará rodar semejantes libros delante de la señorita Andrea.

—Muy al contrario, pues andan por toda la casa.

—Y esa jóven piensa como vos con respecto á ellos? preguntó sonriendo maliciosamente el viajero.

—La señorita Andrea no los lee, señor, contestó secamente Jilberto.

El viajero guardó silencio un instante. Era evidente que aquella singular naturaleza, mezcla de bueno y malo, cortedad

y atrevimiento, le interesaba á pesar suyo.

—Y por qué habeis leído esos libros, sabiendo que eran malos? preguntó aquel que habia sido designado por el sabio con el nombre de Acharat.

—Porque lo ignoraba al abrirllos.

—Sin embargo, lo habeis conocido fácilmente?

—Sí señor.

—Y con qué fin los habeis seguido leyendo?

—Porque decian cosas que yo ignoraba.

—Y el Contrato Social?

—Demuestra lo que yo ya habia acertado.

—Qué?

—Que todos los hombres son hermanos, que toda sociedad que se compone de amos y esclavos, está mal organizada, y que llegará un día, en que todos los individuos sean iguales.

Al cabo de un momento de silencio, el viajero continuó:

—Desearíais instruiros?

—Ese ha sido siempre mi mayor

anhelo.

—Veamos: qué quisiérais aprender?

—Todo, contestó el jóven.

—Y con qué fin?

—Con el de elevarme.

—Hasta dónde?

Jilberto vaciló. Era evidente que un pensamiento ocupaba su imaginacion; pero este pensamiento era sin duda un secreto que trataba de ocultar.

—Hasta donde pueda alcanzar el hombre, contestó.

—Habeis estudiado alguna cosa?

—Cómo quereis que estudie siendo pobre, y viviendo en Taverney?

—Cómo! nada conoceis de matemáticas, fisica ó química?

—Nada, solo sé leer y escribir, pero todo lo aprenderé.

—Cuándo?

—Algun dia.

—Por qué medios?

—Lo ignoro, pero lo aprenderé.

—Qué jóven tan singular! murmuró el viajero.

—Y entonces!... dijo Jilberto hablando

consigo mismo.

—Y entonces?

—Nada.

Ya hacia un cuarto de hora que caminaban Jilberto y su compañero; la lluvia habia cesado, y la tierra comenzaba á exalar el áspero perfume que reemplaza en la primavera á las emanaciones abrasadoras del huracán.

Despues de algunos instantes, nuestro jóven preguntó dirijiéndose de repente al viajero.

—Sabeis lo que es una tormenta? conoceis las causas del rayo?

—Es, contestó aquel sonriendo, la combinacion de dos electricidades; la de la nube, y la de la tierra.

—Yo no entiendo eso, dijo Jilberto suspirando.

Nuestro viajero se habia quizá propuesto dar al pobre jóven una explicacion mas comprensible, cuando una luz brilló desgraciadamente al través de las ramas.

—Qué claridad es esa? preguntó el desconocido.

—Es Taverney.

—Luego ya hemos llegado.

—Sí señor, y he aquí la puerta carretera.

—Abridla.

—Ay caballero! la puerta de Taverney no se abre tan fácilmente.

—Es quizá alguna plaza fuerte vuestro Taverney? Tened la bondad de llamar.

El jóven dió un golpe con la mayor timidez.

—No oirán, dijo el viajero: llamad con fuerza.

—Os haceis responsable de cuanto suceda?

—Nada temais.

Jilberto abandonó entonces la aldaba y suspendiéndose del cordon de la campanilla, la hizo repicar de tal modo, que se pudiera oir una legua de distancia.

—A fé mia, dijo el viajero, que si vuestro baron no ha oido ahora, ha de estar sordo.

—Ah! dijo el jóven, ya ladra Mahon.

—Mahon! replicó el viajero, será

sin duda una memoria de vuestro baron, en obsequio á su amigo el duque de Richelieu.

—No comprendo lo que acabais de decir.

—Que Mahon es la última conquista del Mariscal.

—Caballero, dijo Jilberto suspirando tristemente, ya os confesé hace poco que soy un ignorante.

El extranjero descubrió en aquellos dos suspiros una serie de ocultos tormentos, y ambiciones comprimidas ó burladas.

En este momento se oyeron pasos cerca de la puerta.

—Quién es? preguntó el desconocido.

—Es el buen La-Brie, contestó el jóven.

La puerta se abrió; pero La-Brie, que creía encontrar solo á Jilberto, trató de cerrarla al ver al extranjero.

—Poco á poco, amigo mio, dijo el viajero, venimos tambien á esta casa; luego no es justo que me deis con las puertas en la cara.

—Sin embargo, caballero, debo prevenir al señor baron.... una visita inesperada....

—Creedme, no es necesario avisarle. Estoy decidido á arrostrar su mal humor, y si me echan, aseguro que no saldré hasta despues de haberme calentado, enjugado y comido. He oido alabar mucho el vino de esta tierra; debereis estar bien informado, hé?

En vez de contestar á aquella pregunta, La-Brie trató de resistir; pero nuestro viajero estaba resuelto, é hizo avanzar los caballos y carruaje mientras que Jilberto cerraba la puerta. Vencido La-Brie, tomó el partido de ir á anunciar él mismo su derrota, y entró corriendo cuanto se lo permitía el peso de sus viejas piernas, y gritando con todas sus fuerzas:

—Nicolasa Legay! Legay!

—Quién se llama aquí Legay? preguntó el extranjero adelantándose hacia el castillo con la mayor tranquilidad.

—Es, contestó el jóven bastante turbado, la doncella de la señorita Andrea.

A los desaforados gritos de La-Brie, apareció una luz, iluminando el rostro encantador de una joven.

—Qué quieres La-Brie? preguntó aquella: qué alboroto es ese?

—Corre, Legay, gritó con voz trémula el anciano; vé corriendo á anunciar al señor Baron, que un forastero sorprendido por la tormenta, le pide hospitalidad por esta noche.

La joven no esperó que se lo repitiesen, y se dirigió tan apresuradamente al castillo, que un instante despues, ya se habia perdido de vista.

La-Brie se detuvo entónces á tomar aliento, seguro ya de que el baron no seria sorprendido.

El mensaje tuvo pronto resultado, pues á pocos minutos se oyó una voz des-templada é imperiosa, que desde lo alto de las gradas del umbral de la puerta, repetia con tono poco hospitalario:

—Un forastero!... quién és? Entiendo que quien se presenta en una casa, debiera al menos decir su nombre.

—Es ese el baron? preguntó á La-Brie

el cansante de todo aquel desorden.

—Si señor, ay de mí! contestó aquel pobre hombre con aire contrito; habeis cido lo que pregunta?

—Pregunta mi nombre.... no es así?

—Si señor. Y á mí que se me olvidó preguntároslo!...

—Anuncia al baron José Bálsamo, dijo el viajero; la semejanza del título desarmará quizá á tu amo.

La-Brie hizo su anuncio, reanimado algun tanto por el título que el desconocido se apropiaba.

—Bien: entonces, murmuró la voz, ya que está ahí, que entre.... adelante caballero; por aquí....

El desconocido se avanzó apresuradamente; mas al llegar á la primera grada del umbral, se volvió por ver si Gilberto le seguia... pero este habia desaparecido.

CAPÍTULO V.

El baron de Taverney.

El que acababa de anunciarse bajo el nombre del baron José Bálsamo, quedó bastante sorprendido, sin embargo de la prevencion que Jilberto le habia hecho de antemano de la pobreza del baron de Taverney, al ver aquella triste morada tan enfáticamente bautizada con el nombre de castillo.

La casa, que no tenia mas que un piso, formaba un cuadrilongo, á cuyos estremos se elevaban dos pabellones cuadrados en forma de torrecillas. No carecia de cierto atractivo pintoresco aquel irregular conjunto, visto al pálido resplandor de la luna que se deslizaba entre las nubes desgarradas por el huracan.

Seis ventanas en el piso bajo, dos en cada torrecilla y una mediana fachada, cuyas dislocadas gradas formaban pequeños precipicios en cada una de sus juntas; tal era el aspecto que se ofreció á la vista del reciénvenido antes de llegar

al umbral, donde ya dijimos que el baron le esperaba de bata, y con una luz en la mano.

Era un anciano de pequeña estatura que representaba de sesenta á sesenta y cinco años, con ojos vivos y frente elevada; cubría su cabeza una mala peluca, de la cual las bujías de la chimenea habian lentamente consumido los pocos rizos con que habian sido indulgentes las ratas del armario. Tenía en su mano una servilleta de blancura problemática, indicio de que le habian incomodado en el momento de sentarse á la mesa.

Su malicioso semblante, entre el cual y el de Voltaire se hubiera podido encontrar alguna semejanza, se animaba en aquel momento con doble espresion fácil de conocer: la política exijia por una parte que sonriese amistosamente á su desconocido huésped; pero su impaciencia convertia esta disposicion en un jesto atrabiliario y ceñudo; de manera que estando alumbrado por los temblorosos resplandores de la bujía,

cuyas sombras cruzaban sus principales facciones, la fisonomía del baron de Taverney podia fácilmente pasar por la de un hidalgo bastante feo.

—Podré saber, caballero, preguntó, qué dichosa casualidad me ha proporcionado el placer de veros?

—No mas que la tormenta que ha espantado mis caballos, los cuales al escapar han estado á pique de destrozar mi carruaje. Me hallaba en medio de la carretera sin postillones: uno se habia caido del caballo, el otro se habia salvado en el suyo; cuando un jóven á quien encontré, me indicó el camino de vuestro castillo, asegurándome que podía esperarlo todo de vuestra conocida hospitalidad.

El baron alzó la luz para alumbrar mas dilatado espacio, tratando de ver si podria descubrir mejor al imprudente que le habia ocasionado aquella *feliz casualidad* de que acababa de hablar.

El viajero miró tambien á su alrededor para cerciorarse si se habia efectivamente alejado su jóven guia.

—Sabeis el nombre del que os ha indicado mi castillo, caballero? preguntó el baron de Taverney afectando gran deseo de conocer aquél á quien debía espresar su reconocimiento.

—Creo que se llama Jilberto.

—Ah! Ah! Jilberto!... nunca hubiera creido que fuese útil ni aun para eso. Ah! con que es el holgazan Jilberto!... el filósofo Jilberto!...

El visitador conoció por este flujo de epitetos acentuados con tono de amenaza, que existian pocas simpatias entre el señor feudal, y su vasallo.

—En fin, dijo el baron despues de un momento de silencio no menos significativo que sus palabras; tened la bondad de entrar.

—Permitidme antes, señor baron, que mande introducir mi carruaje en la cochera, pues contiene objetos de mucho valor.

—La Brie! gritó el baron, La Brie! colocad el coche del señor bajo el cobertizo, pues estará algo mejor resguardado que en medio del patio, puesto que to-

davía no está enteramente destechado. En cuanto á los caballos, es cosa muy diferente, no puedo aseguraros si encontrarán ó nó algo que cenar, pero os será indiferente puesto que siendo de la posta, no os pertenecen.

—Sin embargo, caballero, dijo con impaciencia el viajero, si no os incomodo demasiado.... y así me vá ya pareciendo....

—Oh! nada de eso, caballero, interrumpió con bastante agrado el baron, no me incomodais; vos solo sereis el incomodado.

—Estad seguro de mi gratitud....

—No me ilusiono, dijo el baron elevando de nuevo la bujía para dirijir el circulo de luz hácia la parte donde José Bálsamo, ayudado de La-Brie, conducia su carruaje; y alzando la voz á medida que su huésped se alejaba, no me ilusiono, repitió: Faverney, es muy triste, y sobre todo muy pobre morada.

El viajero estaba demasiado ocupado para contestar; pues aprovechándose de la invitacion del baron, trataba de encon-

trar el paraje menos arruinado del co-
bertizo para resguardar su coche, y cuan-
do lo hubo logrado, volvió á reunirse al
baron, deslizando antes un luis de oro en
la mano de La-Brie.

Este último se lo guardó en su bol-
sillo, convencido de que seria una mo-
neda cnando mas de cinco reales, dan-
do gracias al cielo por aquel inesperado
provecho.

—No permita Dios que forme el con-
cepto que vos demostrais haber formado
de vuestro castillo, contestó Bálsamo sa-
ludando al baron, el cual en prueba de
haber dicho verdad, le condujo menean-
do la cabeza al través de una espaciosa
y húmeda antesala, murmurando al mis-
mo tiempo:

—Bien! bien! sé lo que digo; conoz-
co desgraciadamente la escasez de mis
recursos. Señor baron, si fuérais francés,
aunque vuestro acento aleman me indica
lo contrario, y vuestro nombre italiano...
Pero en fin, esto importa poco; si fuérais
francés, repito, el nombre de Taverney
traería á vuestra memoria recuerdos de

lujo: en otros tiempos decian Taverney-el-Rico.

Bálsamo esperaba que aquella frase terminaria con un suspiro, pero se equivocó.

—Filósofo le tenemos! dijo para sí.

—Por aquí, señor baron, por aquí, prosiguió el de Taverney abriendo la puerta del comedor. —Ea! tio La-Brie, servidnos como si vos solo valiéseis por cien lacayos de casa real.

Este último se apresuró á obedecer á su amo.

—Caballero, dijo Taverney, este solo lacayo tengo, y á fé mia que estoy bien mal servido. Mis facultades no me permiten tener mas, y hace veinte años que este imbécil permanece conmigo sin haber percibido un maravedí de salario, y lo mantengo.... como me sirve sobre poco mas ó menos.... Vereis cuán estúpido és!

Bálsamo seguia entretanto el curso de sus observaciones.

—Mal hombre! exclamó; pero quizá será todo afectacion.

El baron cerró la puerta del comedor, y entonces, gracias á la bujía que elevaba por cima de su cabeza, pudo abrazar con la vista toda su estension.

Era una gran sala baja que en otros tiempos habia sido la pieza principal de una granja, elevada al rango de castillo por su propietario, y estaba tan escasamente amueblada, que á primera vista parecia vacia. Todo su adorno consistia en algunas sillas de paja con espaldares esculpidos de grabados que representaban las batallas de Lebrun, guarnecidas de marcos de madera negra embarnizada, y un armario de roble ennegrecido por el humo y el tiempo. En medio se veia una pequeña mesa, sobre la cual humeaba un plato de perdices y coles, y una ancha botija de barro con vino. La vajilla que se componia de tres cubiertos y un cubilete estaba ennegrecida y abollada por el uso, esceptuando un salero que por su peso, escelentes y lujosos cincelados, parecia un diamante de gran precio en medio de guijarros sin valor ni brillo.

—Sentáos, caballero, dijo el baron

ofreciendo un asiento á su huesped, cuya investigadora mirada habia seguido con su vista. Hola! habeis observado mi salero; lo considerais con admiracion, es de mucho gusto; es el único objeto de la casa digno de presentarse; pero nó: me equivoco, á fé mia que aun poseo otra alhaja de gran estima! es mi hija!

—La señorita Andrea? dijo Bálsamo.

—La señorita Andrea, sí señor, dijo el baron admirado de que su huésped estuviese tan bien informado; y quiero presentaros á ella. Andrea! Andrea! ven, hija mia, no tengas miedo.

—Yo no tengo miedo, padre mio, contestó con voz dulce y sonora á la vez una alta y linda jóven que se presentó á la puerta, sin demostrar turbacion ni osadía.

Bálsamo no pudo menos de inclinarse ante aquella soberana beldad, á pesar de ser, como ya sabemos, plenamente dueño de ocultar sus sensaciones.

Con efecto, Andrea de Taverney, que acababa de llegar, parecia dar esmalte, adorno y belleza á todo cuanto la rodeaba. Sus cabellos de oro, flotaban negligén-

emente sobre su ebúrneo cuello; sus ojos negros, brillantes y rasgados, poseían una mirada fija como la del águila, y mas suave que la brisa de la mañana. La púrpura de sus labios que formaban arcos caprichosos de trasparente coral, blancas y afiladas manos, unidas á unos brazos deslumbradores y torneados, y su talle esbelto al par que flexible, la semejaban á una bella estatua del paganismo á quien vivificara un soplo prodijioso: Diana, al atravesar los bosques armada del carcax, hubiera envidiado la brevedad de su planta, y habríase dicho que no podía sostener el peso de su cuerpo sino por un milagro de equilibrio. Su ropaje, aunque sencillo, era de un gusto tan esquisito y tan bien acomodado á los contornos de su cuerpo, que un traje completo del guarda-ropa de la reina, hubiera tal vez parecido menos elegante y menos rico que su simple vestidura.

Todos estos maravillosos detalles, quedaron impresos en Bálsamo al primer golpe de vista; todo lo vió y notó en el momento en que la señorita de Taverney se

presentó en el comedor. No se le habian ocultado tampoco al baron las sensaciones que aquel singular conjunto de perfecciones, habian producido sobre su huésped.

—Teneis razon, dijo Bálsamo en voz baja dirijiéndose á Taverney, esta señorita es de una admirable hermosura.

—No cumplimenteis tanto á esa pobre Andrea, caballero, contestó aparentando la mayor indiferencia el baron; hace poco salió del convento, y podria creer sencillamente lo que decís. No os hago esta observacion, añadió, por que tema su coquetería; creo por el contrario que no tiene la que debiera, y os aseguro que como buen padre, me empeño en desarrollar en ella esta cualidad, que constituye el principal poder de las mujeres.

—Andrea bajó la vista sonrojándose, al verse precisada á escuchar de boca de su padre aquella singular teoría.

—¿Enseñaban esas máximas á esta señorita en el convento? preguntó riendo Bálsamo al baron: formaban tambien

parte de la instruccion dada por las religiosas?

—Caballero, contestó Taverney, ya habreis quizá conocido que tengo ideas que son particularmente mias.

Bálsamo se inclinó, demostrando que se adhería á esta pretension del baron.

—Nó: prosiguió, no quiero imitar á esos padres de familia, que dicen á sus hijas: sé recatada, inflexible y ciega; muéstrate honrada, jenerosa y delicada! Imbéciles! se asemejan á esos padrinos que conducen su campeon á la liza, despues de haberle completamente desarmado, para combatir con un adversario armado de punta en blanco. Nó! voto á Dios! no sucederá eso mismo á mi hija, aunque criada en este rincon retirado de la corte.

Por mas persuadido que Bálsamo estuviese de que el nombre dado por el baron á su castillo era el mas apropiado, con todo, creyó que debia contradecirle por política.

—Basta, basta, replicó el anciano, respondiendo al juego de la fisonomía de

su huésped; conozeo á Taverney, repito; y por muy lejanos que estemos de ese sol resplandeciente que llaman Versalles, mi hija conocerá el mundo tan bien como yo lo conocí en otros tiempos. Se presentará en él, y cuando esto se verifique, lo hará de un modo digno y conforme á mi experiencia y recuerdos.... Pero os confieso, amigo mio, que todo lo ha echado á perder el convento.... Yo me entiendo: mi hija es la pensionista que mas se ha aprovechado del bien de la enseñanza, y seguido la letra del evangelio. Y.... por Dios, baron! convenid conmigo que no deja de ser una desgracia.

—Vuestra hija es un ángel, contestó Bálsamo; y en verdad os digo que nada me sorprende cuanto acabais de decir.

En señal de agradecimiento y simpatía, Andrea saludó al baron, y obedeciendo á un jesto de su padre, tomó asiento.

—Sentaos, baron, dijo Taverney, y comed si teneis hambre. Buen guisado nos ha compuesto ese animal de La-Brie!

—A las perdices llamais mal guisado!

dijo sonriendo el huésped al baron; calumniais vuestra mesa. Cómo! perdices en mayo! son tal vez de vuestras posesiones?

—De mis posesiones! Hace ya mucho tiempo que todas cuantas el bonachon de mi padre me dejó, están vendidas y gastadas.... Dios mio!... gracias al cielo, ya no poseo una pulgada de terreno. Es Jilberto, ese holgazan que solo sirve para desvariar y leer, que habiendo robado no sé donde, una escopeta, pólvora y plomo, vá á matar estos volátiles, cazando furtivamente en las tierras de mis vecinos. Irá á presidio el dia que menos se piense, y le dejaré ir con gusto, pues así me veré libre de él; pero mi hija es aficionada á caza, y es preciso le perdone.

Bálsamo examinó entonces el hermoso rostro de Andrea, sin descubrir la menor señal de impaciencia, agitacion ó rubor.

Se sentó á la mesa entre ella y el conde: ~~esta~~ le sirvió su parte de aquel manjar suministrado por Jilberto, sazonado por La-Brie, y tan despreciado del baron, sin mostrarse turbada de la pe-

nuria de la mesa.

Durante este tiempo, el pobre La-Brie, á quien no se le escapaba ni una palabra de las alabanzas que Bálsamo á él y á Jilberto tributaba, presentaba los platos con un aire contrito, que se tornaba triunfante á cada elogio que el baron hacia de su guisado.

—Ni aun siquiera le ha puesto sal! exclamó el baron despues de haber devorado dos alones de perdiz que su hija le sirvió con una untuosa capa de coles. Andrea, presenta ese salero al señor baron.

Esta obedeció con una gracia admirable.

—Hola! baron, os vuelvo á sorprender examinando mi salero, dijo Taverney.

—Os equivocásteis esta vez; contestó Bálsamo, pues solo admiraba la mano de esta señorita.

—Oh! es correctamente á la Riche-lieu! Una vez que habeis reconocido su mérito desde luego; examinadla atentamente. El Rejente la mandó hacer al platero Lucas; representa los amores de los sátiros y bacantes; aunque algun tanto

libre es muy lindo el cincelado.

Entonces notó Bálsamo por primera vez que aquel grupo de figurillas, aunque obra del mayor gusto y primor, no era libre, sino obscuro. También admiró al mismo tiempo el sosiego é indiferencia de Andrea, que continuaba comiendo después de haberle presentado por orden de su padre aquel salero con indiferencia, y sin sonrojarse.

Mas como si el baron hubiese tomado por su cuenta desconchar aquel barniz de inocencia que cubria á su hija, semejante al vestido virjinal de que habla la Escritura, prosiguió refiriendo por menor la perfeccion de aquella obra, á pesar de los esfuerzos de Bálsamo por variar la conversacion.

—Ea! seguid comiendo, baron, dijo Taverney, porque os prevengo que no hay mas platos. Quizá estareis esperando asados é intermedios; desengañaos, ó quedareis completamente chasqueado.

—Me parece, repuso Andrea con su acostumbrada frialdad, que si Legay me há entendido bien, ya debe haber pre-

parado una torta, cuya receta le he dejado.

—Cómo la receta!... habeis enseñado una receta á vuestra doncella! á vuestra doncella para que guise! Ya no falta mas sino que os pongais vos misma á cocinar. Habeis oido decir alguna vez que la duquesa de Châteauroux, ó la marquesa de Pompadour guisasen para el rey? Pues muy al contrario, el rey era quien les hacia tortillas de huevos.... Vive Dios! que haya de ver yo esto en mi casa!... Baron.. os lo suplico.. disimulad á mi hija.

—Me parece, señor, que es preciso que comamos, contestó tranquilamente Andrea, y diciéndose á Legay añadió:

—Está hecha?

—Si señorita, respondió aquella presentando un plato que invitaba por su apetitoso olor.

—No permita Dios que lo pruebe, gritó Taverney enfurecido tirando su plato.

—Puede que al señor le agrade; repuso con frialdad Andrea, y dirigiéndose á su padre:

—Recordad, señor, le dijo, que solo restan diez y siete platos de ese servicio que viene de mi madre; é inmediatamente partió la humeante torta, que su doncella, habia presentado.

CAPÍTULO VI.

Andrea de Taverney.

El carácter observador de José Balsamo, encontraba un abundante pasto en cada pormenor de aquella aislada y estraña existencia, oculta en un rincon de Lorena.

El salero le habia revelado toda una faz, ó por mejor decir, el carácter bajo todas sus faces del baron de Taverney.

Apelando luego á su mas delicada penetracion, examinó las facciones de Andrea en un momento en que esta tocaba con la punta de su cuchillo aquellas figuras de plata, escapadas al parecer de uno de los nocturnos banquetes del Regente, á cuya conclusion Canillac tenia el cargo de apagar las bujías.

Bien fuera por curiosidad, bien por cualquier otra sensacion, Bálsamo miraba con tal perseverancia á Andrea, que en menos de diez minutos las miradas de la jóven se encontraron con las suyas tres ó cuatro veces. Aquella pura y casta criatura sostuvo esta singular mirada sin confusion al principio, mas llegó á ser tan fija y penetrante en un momento en que el baron se entretenia en picar con su cuchillo la obra de Nicolsa, que una impaciencia febril se apoderó de ella, agolpándosele la sangre á las mejillas. Turbada á poco por aquel mirar casi sobrehumano, intentó sostenerlo, y sus ojos grandes claros y rasgados se clavaron entonces fijos en los del baron. Quedó otra vez vencida y sus párpados inundados del flúido magnético que despedia la ardiente pupila de su huésped, se cerraron tímidos y pesados para no volverse á alzar sino vacilantes.

Durante esta secreta lucha, el baron reñía, reía y renegaba, pellizcando al mismo tiempo el brazo de La-Brie, que por desgracia encontró cerca en el mo-

mento en que su irritacion nerviosa le obligaba á pellizcar algun objeto. Ya trataba sin duda de hacer lo mismo á Nicolasa, cuando su vista se detuvo por primera vez quizá sobre las manos de la jóven doncella.

—No habeis visto qué dedos tan lindos tiene esta muchacha? qué uña tan afilada!... si señor... y se torcería con mucha gracia sobre la piel, á no ser por esos malditos quehaceres domésticos.

Poco acostumbrada á las alabanzas del baron, la jóven le miraba sonriendo, mas admirada que envanecida.

—Sí, sí, prosiguió el baron conociendo lo que pasaba en el corazon de la coqueta doncella. Déjate querer.... toma mi consejo.... Os prevengo, querido huésped, que esta señorita no es beata como su ama, y que no le disgusta algun requiebro.

Bálsamo dirijió su vista sobre la hija del baron, y notó que el mas profundo desdén se manifestaba en su hermoso semblante. Tratando entonces de poner el suyo en armonía con el de la altiva

joven, observó que aquella se lo agradeció sin duda, pues desde aquel momento le miró con menos dureza, ó por mejor decir, con menos inquietud que lo habia hecho hasta entonces.

—Creeríais, caballero, prosiguió el baron pasando el dorso de su mano por la mejilla de Nicolasa, decidido á galantearla aquella noche; que esta señorita ha salido tambien del convento con mi hija, que ha recibido alguna educacion, y que nunca se separa de su ama? Es una abnegacion que volvería locos de alegría á los señores filósofos que pretenden estar dotados de alma los seres de esta especie.

—Si no se separa de mí, no es por abnegacion, sino porque se lo tengo expresamente mandado, contestó Andrea disgustada.

—Bálsamo miró entonces á Nicolasa para observar la sensacion que producirían sobre ella las orgullosas palabras de su ama, y conoció por la crispacion de sus labios, que no era insensible á las humillaciones propias de su clase.

Esta impresion desapareció como un relámpago del rostro de la doncella, cuando al volverse con el fin de ocultar sin duda alguna lágrima, su vista se fijó en una ventana del comedor que caia al patio. Bálsamo, que al parecer trataba de hacer algun nuevo descubrimiento, siguió la mirada de Nicolasa, y divisó el rostro de un hombre asomado á los cristales.

—Diablos! dijo para sí, esto se vá haciendo interesante: en esta casa hay, segun veo, muchos secretos. Con todo, antes de una hora pienso descubrir los de la niña. Ya conozco los del padre, y llevo casi acertados los de la criada.

El silencio se hizo jeneral durante algunos instantes, y el baron que lo notó, se apresuró á interrumpirlo, diciendo:

—En qué estais pensando amigo mio? Os suplico dejeis para la cama esas cavilaciones, puesto que el esplin es un mal muy contagioso. En prueba de ello, ved á mi hija; ya la tenemos meditabunda; lo mismo está su doncella, y me atrevo á apostar que ese holgazan que nos ha

raido las perdices, anda tambien haciendo calendarios.

—Quién, Jilberto?

—Sí señor, ese filósofo del temple de La-Brie. Ya que casualmente he llegado á hablar de ellos, decidme, baron: sois partidario suyo por ventura?

—Ni partidario ni enemigo, puesto que á ninguno conozco.

—Me alegro mucho que no tengais trato con esa casta de animales ponzoñosos, que con sus disparatadas máximas han logrado corromper toda la monarquía. Ya nadie rie en Francia, solo se ocupan en leer. Y qué leen? Frases parecidas á estas: «Es imposible que el pueblo sea «virtuoso, bajo un gobierno monárquico.» (1) «La verdadera monarquía, no es mas «que una constitucion imaginaria, que «solo sirve para corromper la moral y «avasallar á los pueblos.» (2) «Si el poder del soberano emana de Dios, debe «compararse con las plagas y castigos del

(1) Montesquieu.

(2) Helvecio.

«jénero humano.» (1) Decídme, no encontráis que son sumamente halagüeñas estas palabras? Para qué serviría un pueblo virtuoso? Ay! Su Majestad lo echó á perder todo desde el momento en que habló con M. de Voltaire, y leyó las obras de Diderot.

Bálsamo divisó en este momento el mismo rostro que antes habia aparecido en los cristales; pero se retiró al punto que fijó en él su mirada.

—Esta señorita es filósofa tambien? preguntó sonriendo el viajero.

—Aun cuando no tengo conocimiento alguno de lo que llaman filosofía, conozco que todo lo que es serio y formal me agrada.

—Sea enhorabuena, exclamó el baron. Vamos, hija mia, nada es tan serio como vivir bien: si así lo haces, se realizarán tus deseos.

—Supongo que esta jóven no debe tener motivo alguno para aborrecer la vida.

(1) Juan Jacobo Rousseau.

—Segun y conforme, replicó Andrea.

—Otra palabra estúpida! dijo el baron, y lo que siento es que mi señor hijo me saltó el otro dia con esa misma contestacion al pié de la letra.

—Hola! con que tambien teneis un hijo? preguntó Bálamo.

—Sí señor, por desgracia tengo un visconde de Taverney, que ahora es teniente de guardias del Delfin: otra buena alhaja!..

Pronunció el baron entre dientes estas tres últimas palabras, acentuándolas como si hubiera querido tragarlas.

—Amigo mio, os doy el parabien.

—Sí señor, añadió el anciano, otro filósofo... que ya me tiene desesperado... Pues si llegó hasta decir en cierta ocasion que deberian emancipar á los negros! Qué sería del azucar? pregunté. No sabes que me gusta el café muy dulce, de la misma manera que al rey Luis XV? Cuánto mejor sería, contestó, que nos privásemos de ella, y no presenciáramos el cruel y bárbaro tratamiento que sufre esta raza.... de monos, añadí, y les hago mucho favor. El niño trató de sos-

tener entonces que todos los hombres son hermanos!... No hay remedio, es preciso que tenga la cabeza rellena de afrecho para decir tan solemnes disparates! qué os parece?... hermano yo de un Monzambique!...

—Nó sin duda, eso me parece ya exagerado.

—Sin embargo, convendreis conmigo en que estoy lucido con mis dos hijos. No podrán ciertamente decir que salen á su padre. La niña es un ángel, y su hermano un apóstol. En fin, cómo ha de ser!... Echad un trago, amigo mio, aunque es detestable este vino....

—Yo le encuentro excelente, dijo Bál-samo mirando al mismo tiempo á Andrea.

—Vamos! Vamos! basta ya de filósofos, ó cuidadito conmigo, no os haga predicar un sermón por mi hija. Pero nó, los filósofos no tienen religion, aun cuando es muy útil. En otros tiempos tenia uno cumplido con creer en solo Dios y el rey; pero por falta de creencia, nos vemos hoy precisados á estudiar en tantos autores, y creer en tantas cosas

que.... vamos, prefiero no dudar nada. En mi tiempo no se aprendian mas que cosas agradables, y asi todos sabíamos jugar al Faraon, Biribí, Tres dados, tirar la espada, á pesar de cuantos edictos y prohibiciones publicaban, y á arruinar duquesas para arruinarse despues por las bailarinas. No soy yo el que menos he hecho, puesto que malgasté toda mi hacienda de Taverney con las artistas de la ópera. Sin embargo, ahora lo siento, porque el hombre sin dinero no es hombre. Tal cual me veis, os pareceré viejo, es verdad? Y qué quereis que parezca, cuando estoy arruinado, viviendo en una cueva con mi peluquin raído y este gótico frac!! Que miren y comparen á mi amigo el mariscal, y al verle tan engalanado y elegante, habitando en Paris con doscientas mil libras de renta, parecerá jóven, lozano, dispuesto y afortunado, aunque tiene diez años mas que yo. Diez años! Si señor!

—Hablais de Mr. de Richelieu?

—Es claro.

—Del Duque?

—Pues de quién ha de ser, del cardenal? Por qué, soy yo tan viejo como este?

—Estraño mucho que esteis viviendo lejos de la corte, teniendo en ella amigos tan poderosos.

—Qué! esta es una escapadilla momentánea, pues pienso volver pronto á ella, contestó Taverney dirijiendo al mismo tiempo una singular mirada á su hija.

—A pesar de todo, el mariscal protegerá sin duda á vuestro hijo en su carrera.

—A mi hijo! Bah! Ni pensarlo; lo detesta.

—Cómo! al hijo de su amigo?

—Sí señor, y yo le doy la razon.

—Vos mismo decís eso?

—Y cómo quereis que no lo aborrezca! No os he dicho que es filósofo?

—Nada le queda Felipe á deber, interrumpió Andrea con sumo sosiego. Y en seguida, dirijiéndose á su doncella, añadió:

—Nicolasa, quita ya esta mesa!

—Ay! exclamó el baron arrojando un suspiro: ay! cuando recuerdo aquellos tiempos en que me estaba en la mesa hasta las dos de la madrugada... Entonces lo valia la cena, y cuando no tenia uno ya apetito, bebia buenos tragos. Pero cómo quereis que beba ahora este agua de chirle? y dirijiéndose á Nicolasa:

—Mira muchacha, añadió: llégate á ver si ha quedado algun marrasquino, y tráenos un frasco.

—Vé, dijo Andrea á su criada, que se detenia esperando á que su señorita confirmase aquella órden.

El baron se hallaba recostado en su sillón y con los ojos cerrados, exhalaba melancólicos y grotescos suspiros.

—Hablabamos del mariscal de Richelieu, continuó Bálsamo, resuelto sin duda á seguir aquella conversacion.

—En efecto, contestó Taverney tarareando al mismo tiempo un aria no menos tétrica que sus suspiros.

—Aun cuando aborrezca á vuestro hijo, y habeis dicho que con razon per

ser filósofo, seguireis relaciones con él, puesto que vos no lo sois?

—Quién! Yo filósofo! ni pensarlo.

—Presumo no os faltarán honores: habeis servido al rey?

—Durante quince años. Fuí edecan del mariscal, hicimos juntos la campaña de Mahon, y nuestra amistad data.... aguardad.... sí.... desde el célebre sitio de Filipsburgo, es decir, desde 1742 ó 1743.

—Hola! conque os hallásteis en el sitio de Filipsburgo? yo tambien me encontré en él.

El anciano se incorporó en su sillón, y mirando á Bálsamo cara á cara con ojos espantados, le dijo:

—Cómo!!... pues qué edad teneis?

—Yo no tengo edad, contestó este, alargando al mismo tiempo su vaso para que el marrasquino le fuese servido por la hermosa mano de Andrea.

El conde interpretó á su modo aquella contestacion, quedando convencido de que Bálsamo tenia algun motivo particular para ocultar sus años.

—Caballero, permitidme os diga que no representais la edad que debiera tener un soldado de Filipsburgo. Veinte y ocho años han pasado despues del sitio de aquella ciudad, y si no me equivoco no representais mas de treinta.

—Bah! quién no tiene treinta años? dijo con indiferencia el viajero.

—Yo, pardiez! exclamó el conde, pues hace justamente treinta que dejé de tenerlos.

Andrea miraba al extranjero con una fijeza que indicaba el irresistible atractivo de la curiosidad. Con efecto, aquel hombre singular se revelaba cada instante á ella con calidades distintas.

—Por mi vida, replicó el baron, que me teneis confuso.... aunque me parece mas probable que esteis engañado, tomando á Filipsburgo por alguna otra ciudad. Cualquiera diria que no teneis mas de treinta años: es verdad, Andrea?

—Asi es, contestó esta, tratando de nuevo, aunque inútilmente, de sostener la poderosa mirada de su huésped.

—Nó, nó, replicó este, sé lo que di-

go, y digo verdad. Hablo del famoso sitio de Filipsburgo, en el que el duque de Richelieu mató en duelo al príncipe de Lixen su primo. Sin la menor duda: el desafío se efectuó al volver de la trinchera... en el camino real... sobre la izquierda... y por cierto que le atravesó de una estocada. Pasé justamente en el momento en que el príncipe de Dos-Puentes le tenía agonizante entre sus brazos, y estaba sentado á la orilla del foso, mientras que M. de Richelieu limpiaba tranquilamente la hoja de su espada.

—Me desconcertais, caballero, dijo el baron; efectivamente.... sucedió como llevais dicho.

—Os han contado el lance? preguntó Bálamo con indiferencia.

—Cómo! si yo lo presencié: si tuve el honor de asistir como testigo del mariscal, que por cierto no lo era entonces, aunque esto no hace al caso.

—Aguardaos.... dijo Bálamo mirando atentamente al baron.

—Qué?

—No usábais el uniforme de capitán

en aquella época?

—Justamente.

—No servísteis en el regimiento de caballería ligera de la reina que fué acuchillado en Fontenoi?

—Estuvísteis también en Fontenoi? preguntó el baron con ironía.

—Nó: contestó pacíficamente Bálamo, cuando lo de Fontenoi, ya habia muerto.

El baron abrió pasmado sus ojos, Andrea se estremeció y Nicolasa hizo la señal de la cruz.

—Pues como iba diciendo.... continuó Balsamo, ahora recuerdo perfectamente que llevábais el uniforme de caballería ligera, y noté al pasar que teníais del diestro vuestro caballo y el del mariscal, durante el desafío. Me aproximé entonces á vos, y me contásteis todos los pormenores de aquel lance.

—Quién! yo?

—Sin duda! vos mismo! os reconozco muy bien, y recuerdo que teníais entonces el título de caballero, por mas señas que comunmente os decian el caballerito.

—Diantre! exclamó Taverney maravillado.

—Dispensadme si no os he reconocido antes; pero no debeis ignorar que treinta años desfiguran mucho á un hombre. Brindo por el mariscal de Richelieu! baron! añadió Bálsamo vaciando su vaso.

—Que me visteis en aquella época? repitió este. Es imposible!

—Os he visto, contestó Bálsamo.

—En la carretera?

—En la carretera.

—Sujetando los caballos?

—Sí señor: sujetando los caballos.

—Durante el duelo?

—Ya os he dicho que en el momento en que el principe espiró.

—Pues entonces tendreis cincuenta años.

—Tengo los suficientes para haberos visto.

Al oir esto el baron se revolcó en su sillón con movimiento tan desesperado, que Nicolasa no pudo contener la risa: Andrea por el contrario se quedó pensativa, con los ojos fijos en los de Bálsamo.

Se creeria que éste solo esperaba aquel momento que ya habia previsto, pues levantándose inmediatamente, lanzó dos ó tres miradas á la jóven, que se estremeció como tocada de una conmocion eléctrica.

Sus brazos se entorpecieron, é inclinando su frente sonrió á pesar suyo al extranjero, y cerró sus ojos.

—Este le tocó entonces un brazo, y ella se estremeció de nuevo.

—Y vos tambien señorita, creéis que miento cuando pretendo haberme encontrado en el sitio de Filipsburgo?

—No señor: yo lo creo, articuló Andreea haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Luego yo estoy chocheando, á menos que el señor sea duende ó alma del otro mundo....

Nicolasa abrió sus ojos llena de espanto.

—Quién sabe! contestó Bálsamo con una gravedad, que acabó de cautivar á la jóven.

—Vamos, formalmente, dijo el anciano que demostraba no estar satisfecho hasta haberlo aclarado todo. Teneis mas

de treinta años? repito que en verdad no los representais.

—Quereis creerme aunque os diga cosas imposibles en apariencia?

—No os lo aseguro, contestó el baron meneando malignamente su cabeza, mientras que Andrea no perdía ni una palabra de aquella estraña conversacion. Os hago observar que soy muy incrédulo.

—De qué os sirve entonces hacer preguntas, si no creeis en las respuestas?

—Pues vaya.... sí.... os creeré. Estais satisfecho?

—Bien! pues os repetiré como antes, que no solo os ví, sino que os conocí en el sitio de Filipsburgo.

—Seríais niño entonces.

—Puede.

—Cuando mas tendríais cuatro ó cinco años.

—No señor: tenía cuarenta y uno.

—El baron y Nicolasa se echaron á reir á carcajadas, mientras que Bálsamo añadía con gravedad:

—Y bien! baron, no os dije que no ibais á creerme?

—Pero cómo quereis que os crea? veamos!... dadme una prueba.

—Es muy fácil, añadió Bálsamo sin desconcertarse, he dicho que tenía entonces cuarenta y un años, pero no que fuese el mismo hombre que ahora.

—Bah! Bah! esto se convierte en jentilismo. Pues si hubo un filósofo griego que se abstenía de comer habas, sosteniendo que tenían alma, ni mas ni menos que mi hijo sostiene que los negros tambien la tienen! No me acuerdo quién inventó eso. Fué,... cómo diablos se llamaba?

—Pitágoras, dijo Andrea.

—Ese mismo: los jesuitas me lo enseñaron, y el padre Poreas me hizo componer unos versos sobre esta materia, en competencia con otro niño del colejo llamado Arouet. Todavía recuerdo que encontró los míos infinitamente mejores que los suyos. Ya lo creo! Pitágoras; ese mismo.

—Y quién os ha dicho que yo no haya sido Pitágoras? repuso indiferentemente Bálsamo.

—Yo no osaré negar que hayais sido Pitágoras, dijo el baron, pero sí que no estaba en el sitio de Filipsburgo, ó al menos, yo no le ví.

—Es cierto, contestó Bálsamo, pero veríais al conde Juan Des-Barreaux, que servía en los mosqueteros negros?

—Toma! A ese sí.... y no era seguramente filósofo; porque aunque aborrecia las habas, bien que las comía cuando no habia otro remedio.

—Pues ahora os acordareis que el día que siguió al desafio de M. de Richeñeu, estuvísteis en las trincheras con Des-Barreaux.

—No me hé de acordar!

—No habreis tampoco olvidado que los mosqueteros negros y la caballeria lijera, montaban juntos la guardia cada siete dias.

—Es muy cierto, y despues?

—Que la metralla llovía como agua aquella noche: Des-Barreaux estaba triste, y aproximándose á vos, os pidió un polvo que le ofrecísteis en una caja de oro.

—Adornada con un retrato de mujer?

—Justamente! me parece que la estoy viendo desde aquí: era rubia, es verdad?

—Vive el cielo! dijo el baron desparovido, teneis razon! y despues?

—Despues, continuó Bálamo, una bala rasa le llevó la cabeza, mientras saboreaba el polvo, como sucedió en otro tiempo á M. de Berwik.

—Asi es! dijo el baron. Pobre Des-Barreaux!

—Luego podreis negar ahora que os vi y conocí en Filipsburgo; como que yo era Des-Barreaux en persona?

El conde se arrojó atemorizado contra el respaldar, adquiriendo con su estupor una gran ventaja el extranjero.

—Estas son hechicerías, querido huésped: es hubieran arrojado á la hoguera un siglo antes. Dios mio! si me parece que ya esto huele á duendes, ahorcado y chamusquina!...

—Señor baron, contestó Bálamo sonriendo: acabad de conocer que nunca ahorcan ni queman al que es efectivamente hechicero, pues solo necios son los

que tienen cuentas que ajustar con la hoguera y los cordeles. Si os parece, concluiremos por esta noche, porque esta señorita se está ya durmiendo. Segun veo, muy poco la interesan las discusiones metafísicas y las ciencias ocultas.

Con efecto: Andrea, dominada de un irresistible poder, balanceaba blandamente su frente, semejante á una flor cuyo cáliz se inclina por la gravedad de una pesada gota de rocío.

Al oír las últimas palabras del baron, para rechazar la dominadora invasion de un flúido que la oprimía, sacudió enérgicamente su cabeza, é incorporándose, salió vacilante del comedor, y sostenida por Nicolasa.

En el mismo instante desapareció aquella cara que Bálsamo habia visto por los cristales de la ventana, la que habia reconocido ya por la de Jilberto.

A poco se oyeron pulsar vigorosamente por Andrea las teclas del clave, y Bálsamo dijo con aire de triunfo al verla cruzar trémula el comedor:

—Vamos! ya puedo decir como Ar-

quimedes: *Eureka!!!* (1)

—Quién es Arquimedes, preguntó el baron?

—Un pobre sabio á quien conoci hace dos mil ciento cincuenta años.

CAPÍTULO VII.

Eureka.

Sea que esta fanfarronada pareciera muy exajerada, sea que no la hubiera comprendido, el baron no perdió de vista á su hija hasta que desapareció. Después, cuando el eco de su clave le probó que estaba en la sala vecina, se decidió á desalojar de su casa á aquel extraño huésped, y le propuso darle un guia que le acompañara hasta la ciudad mas cercana.

—Ahí tengo un matalon, dijo, que aun cuando reviente llegará, y al menos tendreis seguridad de dormir como corresponde. No quiero decir con esto que falte un cuarto y cama en Taverney; pero

(1) Lo he encontrado.

cada cual entiende á su modo la hospitalidad, tengo por divisa *bien ó nada*.

—Luego entonces me tratais como á un importuno, y me echais de vuestra casa; contestó Balsamo disimulando con una sonrisa el disgusto que aquella contrariedad le ocasionara.

—No por Dios! os trato como á buen amigo, y daría pruebas de quereros mal, al permitir que pasáseis aquí la noche. Siento en el alma verme precisado á hablaros con tanta franqueza; pero lo hago en descargo de mi conciencia, porque os confieso que me habeis cautivado.

—Si es cierto lo que decís, por qué me obligais á levantarme cuando estoy fatigado, y á correr á caballo, pudiendo dormir descansado y á gusto en una cama? Vamos, amigo mio, no me exajereis tanto vuestra mediania, ó tendré que resentirme, y creer que hay mala intencion de vuestra parte.

—No insisto mas; os quedareis en el castillo, pues así lo quereis; y dirijiéndose entonces á La-Brie:

—Ven acá, pícaro viejo, le dijo.

La-Brie se adelantó con timidez.

—Acércate gran tuno, no te detengas! dime: te parece que el cuarto rojo está habitable?

—Sí señor, pues bien sabeis que en él se aloja el señorito Felipe cuando viene al castillo.

—Ya! no digo que no valga para un pobre teniente, que viene á vivir tres meses en casa de un padre arruinado; pero pregunto si está capáz de recibir á un rico y gran señor que corre en posta con cuatro caballos.

—Señor baron, os aseguro, contestó Balsamo, que como quiera que esté lo encontraré bueno.

Taverney dió á entender con un jesto que sabia lo que decía, y añadió en voz alta:

—Bien; pues el señor se ha empeñado en quedarse aqui, condúcele para que se le quiten las ganas de volver á Taverney. Conque estais decidido á hacer noche en esta casa?

—Sí señor.

—Vamos á ver si arreglamos....

—El qué?

—Que nó tuviéseis que ir á caballo.

—A donde?

—A dónde quereis que sea?... á Bar-le-Duc.

Bálsamo se decidió á esperar hasta su fin, el desenlace de aquella propuesta.

—No habeis llegado hasta aquí con caballos de posta?

—A no haber venido con satan.... es muy evidente....

—No tendria mucha dificultad de creerlo asi, puesto que segun me ha parecido no estais muy mal con él.

—Os quedo agradecido por la buena opinion que segun veo, habeis formado de mí.

—Está bien! pero decidme: qué dificultad teneis en seguir vuestro viaje de la misma manera que hasta aquí?

—Es imposible. No os he dicho ya que de cuatro caballos solo restan dos? Además que el carruaje es muy pesado y esos animales deben tambien descansar.

—Basta: ya veo que os hallais enteramente decidido á pasar la noche en

esta casa, y que serían inútiles todas mis observaciones.

—En efecto, y lo hago para demostraros mañana mi reconocimiento....

—Y á poca costa podreis hacerlo.

—Decid cómo!

—Es evidente, que estando tan intimamente relacionado con los moradores del infierno, alcanzareis por medio de ellos que descubriese yo el lugar donde se oculta la piedra filosofal.

—Si teneis en ello mucho empeño?...

—Es muy estraña esa pregunta. Y quién no lo desearia?

—En tal caso, podeis dirijiros mas facilmente á otra persona.

—Decidme cuál es, y....

—Yo mismo! y repito lo que me dijo Corneille un día que pasábamos juntos el puente nuevo en París: cabalmente hace cien años de esto....

—La-Brie, gritó el conde interrumpiendo aquella conversacion, que en hora tan avanzada y con semejante hombre, se hacia estraña y peligrosa. La-Brie, corre bribon, y busca una bujía

para alumbrar al señor.

Obedeció este al punto, y llamó á Nicolasa para que precediese al huésped y orease la habitacion.

Andrea agradeció aquel pretesto que le permitía alejar á su doncella, y quedarse sola con sus pensamientos.

El conde se retiró á su aposento dando las buenas noches á su huésped. Recordando este entonces la promesa hecha á Althotas, sacó el relój y conoció que se habian perdido treinta minutos, puesto que ya eran transcurridas dos horas y media, desde que el anciano se habia quedado dormido. Preguntó á La-Brie si el carruaje se hallaba en el mismo sitio, y este le contestó afirmativamente. Se informó del mismo que Jilberto era efectivamente un holgazan, que hacia ya una hora cuando menos que dormia. Dirigióse entonces hacia el cobertizo para despertar á su maestro, no olvidándose de aprender la topografía del camino para volver á su habitacion.

Conoció que no era exajerada la manifestacion hecha por el dueño de aquel

castillo sobre su pobreza, porque los muebles de que habia de ser el dichoso propietario durante aquella noche, correspondian exactamente á los restantes de la casa.

Una cama de encina cuya colcha de viejo damasco verde se habia convertido en amarillenta por el uso; una mesa de igual madera con pies torneados; una gran chimenea de piedra del tiempo de Luis XIII rellena de antiguas gacetas, á la que pudiera prestar alguna suntuosidad el fuego en invierno, pero que por hallarse sin caballete, leña y demás utensilios necesarios, presentaba el mas triste aspecto: en fin, dos sillas y un carcomido armario pintado de un color parduzco, componian el ajuar de aquella habitacion.

Oreada esta, Nicolasa se retiró á la suya; La-Brie procuró arreglar algun tanto los muebles, y Bálsamo despues de cumplir durante este tiempo con la palabra que habia dado á su maestro, volvía, no si haberse detenido de paso á escuchar en la puerta de Andrea.

Esta habia conocido que al punto que salió del comedor habia quedado enteramente libre de la misteriosa influencia que el viajero ejerciera sobre ella durante la cena.

Luego que se alejó de aquel hombre singular, se sentó á tocar su clave, para distraer y combatir sus ideas.

Al detenerse aquel delante de su puerta, hizo ciertos signos y ademanes que parecian ó eran quizá conjuros.

El ária que pulsaba la jóven se debilitó por grados, y en aquel instante se apoderó de ella la misma sensacion que antes habia experimentado. Sus hermosos brazos cayeron inertes sobre sus rodillas, y su cuerpo adormecido se volvió lentamente hacia el lugar donde se hallaba el viajero, semejante al de una persona, que obedece á su pesar al imperioso poder de un extraño influjo.

Como si penetrara con su vista al través de aquella puerta, Bálsamo se sonrió triunfante en la oscuridad.

Conoció sin duda que estaban ya realizados sus deseos, pues en aquel mismo

instante subió la escalera que conducía á su aposento.

A medida que este se alejaba, Andrea se volvía hacia su clave con movimiento tan pausado como antes, y el viajero pudo oír al pisar la última grada, la continuación del ária interrumpida.

Luego que llegó á su cuarto, despidió al criado; pero este, aunque acostumbrado á obedecer á una señal, se detuvo junto á la puerta.

—Qué hay? preguntó Bálsamo.

Deslizó aquel entonces la mano en el bolsillo de su chupa, y sin desplegar sus labios se puso á palpar un objeto que en él se ocultaba.

—Qué teneis que decirme, amigo mio? preguntó Bálsamo acercándose á él.

Haciendo aquel pobre hombre un violento esfuerzo sobre sí mismo, sacó entonces su mano, y contestó:

—Señor: deseaba avisaros que os habeis equivocado sin duda esta noche.

—Yo? y en qué?

—En que me habeis dado un luis, creyendo sin duda que eran cinco reales;

y abriendo su mano al mismo tiempo, mostró una moneda nueva y reluciente.

Bálsamo miró aquel pobre viejo, admirado de encontrar en él una probidad tan poco comun entre los hombres; y sacando una moneda de igual valor, la colocó junto á la otra.

Es imposible formar idea de la alegría que experimentó La-Brie á vista de tan espléndida jenerosidad. Hacía mas de veinte años que sus ojos no habian visto brillar oro!!..

No podia llegar á convencerse que era poseedor de aquel tesoro, y fué preciso para que lo creyera, que el mismo desconocido las metiese en su bolsillo.

Se retiró entonces, marchando hacia atrás como un cangrejo é inclinándose hasta el suelo; pero Bálsamo le detuvo.

—Qué acostumbran hacer por las mañanas en este castillo? preguntó.

—El señor Baron despierta muy tarde; pero la señorita Andrea se levanta siempre temprano.

—A qué hora?

—Sobre las seis.

—Quién duerme en la habitacion que cae sobre esta?

—Señor, yo.

—Y en la que está debajo?

—Nadie, pues allí se encuentra el portal.

—Bueno! gracias, amigo! ya podeis retiraros.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, y no descuideis el carruaje.

—Ah! señor, podeis estar tranquilo.

—No os asustéis si oís ruido ó veis luz, porque está habitado por un antiguo criado impedido que me acompaña. Encargadlo tambien á Jilberto, no sea que vaya á incomodarle, y decidle además que tengo que hablar con él mañana. Conque no lo olvidareis, es verdad, amigo mio?

—Seguramente que nó. Pero nos vais á dejar tan pronto?

—Aun no sé, repuso Bálsamo sonriendo, aunque me precisaba llegar á Bar-le-Duc mañana en la noche.

Arrojó La-Brie un profundo suspiro de resignacion, y dirijiendo su última mi-

rada al lecho, acercó su bujía á la chimenea para calentar la habitacion, quedando todos aquellos papeles.

—Nó, le dijo Bálsamo deteniéndole, dejadme esas gacetas, pues si no duermo, me entretendré en leerlas.

Inclinóse La-Brie, y salió.

Bálsamo se acercó entonces á la puerta, para escuchar las pisadas del viejo criado, que primero se oyeron en la escalera, y sucesivamente siguieron resonando hasta el cuarto que habitaba.

Se asomó en seguida á la ventana, diviso en la otra nave del pabellon el aposento ó mas bien boardilla de Legay; y á favor de la luz, que aun no estaba apagada, pudo ver á la jóven que se desnudaba, asomándose á veces á la ventana para mirar hacia el patio.

Bálsamo la examinó con una atencion que sin duda no habia querido concederle durante la cena.

—Estraña semejanza! murmuró.

Apagóse en este momento la luz de la boardilla, á pesar de no haberse acostado la jóven que la habitaba, y el baron

permaneció recostado en la pared, en tanto que vibraban las cuerdas del clave.

Escuchó entonces si algun otro ruido se agregaba al del instrumento; y ejerciorado ya de que solo velaba la armonía en medio de aquel silencio jeneral, abrió la puerta que La-Brie habia dejado cerrada al retirarse: bajó la escalera, y empujó tan suavemente la de la sala principal, que jiró sin ruido sobre sus gastados goznes.

Andrea recorria sus hermosas manos, de una blancura mate, sobre las telas de marfil del instrumento. Veíase incrustado en el esculpido pavimento un espejo, cuya desconchada doradura habia desaparecido tras una mano de color pardo.

El aria que tocaba la jóven, era melancólica y sentimental. Sin duda improvisaba y recapacitaba en el clave recuerdos de su pensamiento ó fantásticas visiones de su imaginacion. Acaso su alma, contristada por su mansion en Taverney, se separaba momentáneamente del castillo, para confundirse en los um-

brosos é inmensos verjeles de la *Anunciada* (1) de Nancy, tan poblados de gozosas colejialas. Su vacilante y turbia mirada, se perdía en aquel momento en la oscura luna del espejo suspendido ante ella, reflejando las tinieblas que no alcanzaba á disipar en la estremidad de aquella espaciosa sala, la luz de la única bujía, que colocada sobre el clave, iluminaba el rostro seductor de la jóven.

La música cesaba por momentos.... Andrea repasaba en su memoria las extrañas visiones de aquella noche, y las desconocidas sensaciones que se habian seguido; pero antes que su pensamiento pudiera fijar alguna de sus ideas, temblaron sus miembros, como si el contacto de algun ser animado en medio de aquella soledad, la hubiese dejado llena de turbacion.

De repente, y en el momento en que trataba de esplicarse á sí misma aquellas singulares impresiones, tornaron á pre-

(1) Se daba este nombre á una congregacion de señoritas que habia en otros tiempos en Francia.

sentarse ante su vista, y todo su ser se estremeció como si una conmoción eléctrica la agitara. Volvió la vista á sus ojos, afirmáronse sus ideas, y pudo divisar entonces en su espejo el movimiento que hiciera la puerta al abrirse, y una sombra que se deslizó lentamente hacia el interior de la pieza.

Los dedos de la jóven permanecieron inmóviles y entorpecidos sobre las teclas.

Ninguna inquietud debiera causarle sin embargo aquella sombra, que sumergida en las tinieblas, pudiera fácilmente ser la de su padre ó Nicolasa. Nada más factible por otra parte, que La-Brie antes de acostarse, viniera con cualquier pretexto á aquel salón. Esto le sucedía con frecuencia, y el discreto y fiel doméstico lo hacía con la mayor precaución para ocasionar el menor ruido posible. Con todo: Andrea distinguía con los ojos de su alma, que no era ninguna de aquellas tres personas.

Con paso lento y silencioso, la sombra seguía avanzando, haciéndose cada vez más distinta en medio de la oscu-

ridad; y llegada al círculo que trazaba la luz de la bujía, Andrea reconoció al viajero, que tanta inquietud le habia causado, pálido, y con su casaca de terciopelo negro.

Algun misterioso y estraño motivo le habria quizá obligado á despojarse del vestido de seda que antes le cubriera. (1)

Intentó volverse y gritar; pero Bálsamo, estendiendo sobre ella sus brazos, le cortó la palabra.

Haciendo entonces un poderoso esfuerzo, se dirigió á su huésped, exclamando: —Caballero!... caballero!... por amor de Dios! qué quereis?

Sonrióse Bálsamo sin contestar, y Andrea recojió con avidez aquella espresion de su fisonomía que reflejó en el espejo.

Segunda vez trató de incorporarse, aunque inútilmente; pues un poder invencible, unido á un letargo que no carecia de encanto, la tenian inmóvil en su

(1) Ya sabrán nuestros lectores que la seda es mal conductor de la electricidad, siendo enteramente imposible magnetizar á una persona que la lleve.

sillon, mientras que su mirada fija parecía clavada en el mágico espejo.

Se horrorizó al experimentar esta nueva sensacion, conociendo que se hallaba á disposicion de aquel hombre que le era desconocido.

Abrió su boca con un esfuerzo sobrenatural para pedir socorro; pero estendió Bálsamo sus manos sobre la cabeza de la jóven, no permitiéndola articular el menor sonido.

Quedóse entonces muda, y su pecho henchido de un calor narcótico, que subiendo lentamente al cerebro, invadió como un vapor todo su cuerpo.

Bálsamo creyó percibir en este instante un ligero ruido hacia la parte de la ventana, y al movimiento que hizo, vió el rostro de un hombre que se alejaba por la parte exterior de los cristales.

Frunciéronse sus cejas, y cósa extraña! el semblante de la jóven repitió aquella misma espresion de invaciencia.

Dirijiéndose entonces al lado de Andrea, bajó sus manos que habia tenido sobre la cabeza de la jóven, las volvió

á levantar suavemente, bajándolas de nuevo, aglomerando de este modo á pocos segundos, numerosas columnas de electricidad.

—Dormid! dijo entonces.

Y como opusiera todavia alguna resistencia á aquel encanto:

—Dormid! repitió con imperioso acento: dormid! yo lo quiero.

Andrea apoyó entonces su codo sobre el clave, descansó la cabeza en su mano, y se quedó dormida, cediendo desde este instante á la poderosa voluntad del extranjero.

Retiróse este en seguida, andando hacia atrás; y cerrando la puerta al salir, subió la escalera en direccion á su cuarto.

En el momento en que la puerta del salon se cerró, el rostro que Bálsamo habia visto asomado á los cristales, apareció de nuevo. Era el de Jilberto.

CAPÍTULO VIII.

La atraccion.

Escluido Jilberto de la sala por su inferior condicion en el castillo de Taver-

ney, estuvo vijilando á todos los personajes que por su rango figuraban en él.

Habia observado durante todo el tiempo que duró la cena, que Bálsamo reía y jesticulaba; no habia echado en olvido las atenciones con que Andrea le habia favorecido, la inaudita amabilidad del baron, y el celo respetuoso de La-Brie.

Se ocultó, luego que aquellos se levantaron de la mesa, en un bosquecillo de lilas, por temor de que Nicolasa le viera al retirarse á su cuarto ó al cerrar los postigos, y le incomodara en sus investigaciones, ó por mejor decir, en su espionaje.

Nicolasa habia dejado abierto, al hacer su acostumbrada ronda, uno de los postigos de la sala por estar inutilizados sus goznes.

Aprovechando Jilberto esta circunstancia, no habia querido abandonar su puesto, prometiéndose seguir el curso de sus observaciones, tan luego como aquella se hubiera acostado.

No ignoramos al decir sus observaciones, que esta palabra parecerá ciertamente vaga al lector; pues, qué observa-

ciones pudiera hacer Jilberto? Desconocía acaso algunas de las circunstancias del castillo de Taverney, habiendo nacido en él? Le eran extraños sus moradores, no habiendo pasado sin verlos ni un solo día, durante el espacio de diez y siete ó diez y ocho años, ó es que aquella noche, no solo estaba ocupado en acechar, sino que también esperaba alguna cosa?

Luego que salió Nicolasa de la sala y después de haber lenta y descuidadamente cerrado sus puertas y ventanas, fué á pasearse al jardín, indicando con sus miradas que alguien la esperaba; mas como nada viera, se retiró, encaminándose á su aposento.

Jilberto entretanto, inmóvil y agazapado tras un árbol, respirando apenas, había observado todos los movimientos y ademanes de la doncella. Luego que ésta desapareció, y hubo visto luz por las ventanas de la buhardilla, atravesó de puntillas el espacio vacío, llegó hasta la ventana, y envuelto en la oscuridad, devorando con su vista á Andrea que estaba perezosamente sentada delante del cla-

ve, esperó sin saber siquiera lo que esperaba.

Este fué el momento en que José Bálsamo entró en la sala.

Jilberto se estremeció, y su ardiente mirada se reconcentró en los dos personajes de la escena que anteriormente referimos.

Parecióle que Bálsamo cumplimentaba á Andrea por su habilidad, que ésta le contestaba con su acostumbrada indiferencia, que él insistía sonriendo, y que ella suspendía su sonata para despedir á su huésped.

Admiró la gracia con que este se alejaba: creyó comprenderlo todo, y nada había comprendido, porque la realidad de aquella escena era el silencio.

Tampoco pudo oír nada: solo había podido percibir el movimiento de los labios, y la jesticulacion de los brazos. Y cómo pudiera, por buen observador que fuese, venir en conocimiento de un misterio, cuando en apariencia todo pasaba naturalmente?

Salido que hubo Bálsamo, permaneció

Jilberto contemplando la belleza de Andrea en su negligente y graciosa postura: mas quedó sorprendido cuando despues de algunos momentos de observacion, conoció que estaba dormida. Se detuvo algunos minutos mas en aquella actitud para cerciorarse si efectivamente era el sueño quien ocasionaba su inmovilidad; y convencido de ello, se levantó, estrechando con ambas manos su cabeza, como temiendo que estallase por la afluencia de sus pensamientos, y dirigiéndose hacia la jóven, en un ímpetu de voluntad, parecido á un acceso de furor, exclamó:

—Al menos una vez.... acercar á mis labios su mano.... y luego.... la muerte! Sí, Jilberto! sí!.... yo lo quiero!....

Y obedeciendo á su propio mandato, se lanzó á la antesala, y llegó á la puerta, que se abrió tan silenciosa para él como para Bálsamo.

Empero al verla abierta, y al hallarse en presencia de la jóven, conoció cuán arriesgada é imprudente era la accion que pretendia ejecutar. Él!.... Jilberto!....

el hijo de un labrador y de una aldeana!... él!... tímido y respetuoso, que apenas osara alzar su vista ante la altiva y desdeñosa jóven, iba á tocar con sus labios la estremidad del vestido ó la punta de los dedos de aquella majestad dormida, que pudiera al despertar, aterrarle con su mirada!...

Todos aquellos embriagadores rayos de esperanza que un momento estraviaron su imaginacion y trastornaron su cerebro, se desvanecieron con este recuerdo. Apoyado en el dintel de la puerta, sintió sus rodillas vacilantes, y temió en aquel punto caer en tierra.

Mas la meditacion ó el sueño de Andrea era tan profundo, que ignorando Gilberto á cuál de estas dos cosas estaba entregada, no hizo el mas leve movimiento, aun cuando pudiera fácilmente oir los latidos de su corazon, inútilmente comprimidos en su pecho.

Viola tan bella, con la frente apoyada en su mano, los largos cabellos sin polvos esparcidos por su cuello y espaldas, que su llama adormecida, pero no apagada

por el temor, ardió en su corazón con doble fuerza.

Apoderóse de él un nuevo vértigo, semejante á una embriagadora locura, y una irresistible necesidad de tocar algo que estuviera en contacto con la jóven, le impelió á dar un paso mas hácia ella.

El entarimado crujió: un sudor frío inundó su frente; pero Andrea no dió señales de oír nada.

—Duerme! exclamó. Oh dicha! está durmiendo!

Y se detuvo á tres pasos, admirado del no acostumbrado brillo de la lámpara, que próxima á apagarse, despedía sus postreros y vivos resplandores, precursores de las tinieblas.

Sin embargo, el mas profundo silencio reinaba en todo el castillo, pues LaBrie estaría sin duda dormido, y la luz estaba ya apagada en el cuarto de Nicolsa.

—Adelante! dijo.

Y avanzando por segunda vez, también crujió el entarimado; mas Andrea no hizo movimiento alguno.

Tan extraño sueño, produjo en Jilberto admiracion y espanto.

—Duerme! repitió con esa movilidad del pensamiento, que hace variar veinte veces en un minuto la resolucion de un amante ó de un cobarde; pues cobarde es el hombre que no es dueño de su corazon. Dios mio! Duerme! Dios mio!

Y combatido de estas febriles alternativas de temor y de esperanza, siguió avanzando hasta llegar á dos pasos de ella. Todo cuanto le ocurrió entonces, fué como por efecto de algun encanto. Al entrar en el luminoso círculo en que se hallaba la jóven, se sintió como detenido por algun oculto poder; y si en aquel instante procurara escapar, la huida le hubiera sido de un todo imposible. Solo tuvo fuerzas entonces para caer de rodillas.

Semejante á una estatua, Andrea permaneció muda y sin movimiento. Tomando entonces Jilberto con ambas manos la estremidad de su traje, lo estrechó contra sus labios, y alzando luego su cabeza lentamente sin atreverse á respirar, trató

de encontrar y fijar las miradas de Andrea, cuyos ojos aunque abiertos, estaban desposeídos de vista.

Ignorando Jilberto la causa de aquel maravilloso éxtasis, permanecía de rodillas, fascinado por la sorpresa. Cruzó un momento por su imaginación la espantosa idea de si estaría muerta; y para desengañarse, se apoderó de su mano, que encontró tibia; y si bien su pulso latía con uniformidad, quedó inmóvil en la suya. Embriagado por tan voluptuosa presión, llegó á figurarse que Andrea veía, sentía y había adivinado su insensata pasión. Aquel ciego corazón llegó también á creer que ella esperaba su visita, que el silencio indicaba su consentimiento, y la inmovilidad su favor.

Levantó entonces la mano de Andrea á la altura de sus labios, é imprimió en ella con delirio un beso prolongado.

Estremeciose en aquel momento la jóven, y Jilberto sintió que ella le rechazaba.

—Soy perdido! murmuró hiriendo el suelo con su frente, y abandonando pe-

saroso la mano.

Empero ella, alzándose repentinamente con la cabeza erguida y como obedeciendo al empuje de algun resorte, ó arrastrada por alguna oculta fuerza, pasó junto á Jilberto rozándole el hombro, sin dignarse siquiera bajar su vista hacia él, que postrado en tierra, abismado de vergüenza y terror, no tenía ya alientos ni aun para implorar un perdon que no esperaba alcanzar, y siguió avanzando hacia la puerta con paso violento y penoso.

Al sentir Jilberto que se alejaban los pasos de Andrea, se levantó sobre una de sus manos, y volviéndose lentamente, la siguió con vista espantada.

Ella en tanto, prosiguió en direccion á la puerta, la abrió, y cruzando la antesala, llegó al pié de la escalera.

Jilberto, pálido y trémulo, la siguió arrastrándose sobre sus rodillas.

—Ay de mí! exclamaba, tal es su enojo que ni aun se ha dignado manifestármelo. Sin duda busca á su padre, le contará mi vergonzosa locura, y me echarán á la calle como á un lacayo!

La cabeza del jóven se trastornó con la idea de que tendria que alejarse de Taverney, que dejaría de ver á la que era su luz, su alma y su vida: la desesperacion le hizo cobrar aliento; levantose y se lanzó hacia Andrea, gritando:

—Ay! Perdon! señorita, perdonadme por Dios!

Pero ésta, sin dar señales de haberle oído, pasó adelante sin entrar en el cuarto de su padre.

Jilberto se sosegó algun tanto.

Pisó Andrea la primera grada de la escalera, y despues la segunda....

—Dios mio! Dios mio! murmuró Jilberto: á dónde piensa ir? Esa escalera solo conduce al cuarto que habita el extranjero y á la buhardilla de La-Brie. Si buscara á éste, llamaría ó tiraría de la campanilla. Irá quizá.... Oh! eso es imposible! imposible!...

Y crispaba sus puños de rabia, solo al pensar que Andrea se atreviese á ir á la habitacion del extranjero.

Sin embargo, la jóven se detuvo ante la puerta de este.

Un sudor frío bañó entonces la frente de Jilberto, y tuvo que asirse á los hierros de la escalera para no caer en tierra. Todo cuanto veía y creía adivinar, le parecía horroroso y fatal.

La puerta de Bálsamo estaba entornada. Andrea la empujó sin llamar. La luz iluminó repentinamente sus facciones tan nobles y puras, y se reflejó como oro en sus ojos, que llevaba enteramente abiertos.

Nuestro jóven pudo fácilmente conocer al extranjero, que estaba de piés en medio del cuarto, con la vista fija, entrecejo arrugado y el brazo estendido en ademán imperioso.

La puerta se cerró al punto.

Jilberto se sintió desmayar. Una de sus manos soltó los hierros, su abrasada frente se apoyó lánguida sobre la otra, y jirando sobre sí mismo como una rueda que escapa del eje, cayó inerte sobre la helada losa de la primera grada, con la vista clavada sobre aquella puerta maldita, que acababa de sepultar todos sus ensueños pasados y esperanzas futuras.

CAPÍTULO IX.

La Somnámbula.

Salió Bálsamo al encuentro de la joven, que tan firme en su marcha como la estatua del Comendador, habia llegado hasta su aposento sin apartarse en nada de la línea recta.

Por mas estraña que esta aparicion hubiese sido para cualquiera otro, no causó la menor sorpresa á nuestro desconocido.

—Os he mandado dormir, le dijo: habeis obedecido?

Suspiró Andrea, y nada contestó.

Aproximándose entonces Bálsamo, amontonó sobre ella mayor cantidad de flúido.

—Quiero que hableis, la dijo.

Andrea se estremeció al oir esta orden.

—Habeis oido lo que acabo de decir? preguntó el extranjero.

Andrea contestó afirmativamente con una señal.

—Y entonces, por qué no hablais?

La jóven llevó su mano á la garganta, indicando que no podía pronunciar las palabras.

—Bien, dijo Bálsamo, sentaos.

Asiola de la misma mano que poco antes besó Jilberto sin que ella lo advirtiese, y á este leve contacto, sufrió el mismo estremecimiento que poco antes habia experimentado al recibir el poderoso flúido.

La jóven, conducida por Bálsamo, dió tres pasos hacia atrás y se sentó en un sillón.

—Veis ahora? preguntó entonces el viajero.

Dilatáronse los ojos de Andrea, como si intentáran abrazar todos los luminósos rayos que esparcian en la habitacion los diverjentes resplandores de las dos bujías.

—No os he mandado ver con los ojos, añadió Bálsamo; ved por el pecho.

Y sacando una varilla de acero que ocultaba bajo su chupa bordada, apoyó un extremo sobre el seno palpitante de la jóven, que se ajitó violentamente como si una flecha le hubiera atravesado el cora-

zon, y cerró al punto sus ojos.

—Vamos! dijo el viajero: es cierto que ya principiais á ver?

Contestó Andrea con un jesto afirmativo, llevándose al mismo tiempo la mano á su frente en ademan de sufrir horribles dolores.

—Qué sentís? preguntó Bálsamo.

—Ay!... sufro mucho!

—Cuál es la causa?

—Que me obligais á ver y hablar.

Alzó el viajero entonces sus dos manos por cima de la frente de Andrea, disolviendo una porcion de flúido, próximo á hacerla estallar.

—Sufrís aun? preguntó.

—Menos, contestó la jóven.

—Muy bien! entonces, mirad donde estais.

Los párpados de aquella permanecieron cerrados; pero su rostro se puso sombrío, manifestando la mayor admiracion.

—En el cuarto rojo, murmuró.

—Con quién?

—Con vos, añadió estremeciéndose.

—Qué teneis?

—Miedo!... vergüenza!...

—Y de qué? no estamos acaso simpáticamente unidos.

—Sí señor.

—No conoceis vos misma la pureza de mis intenciones?

—Ay! sí, verdad es.

—Y que os respeto como á una hermana?

—Si, bien lo sé.

Serenose un instante su rostro, y á poco se entristeció de nuevo.

—Me ocultais algo? No me perdonais enteramente?

—Aun cuando conozco que no me deseais mal alguno, veo sin embargo, que tratais de hacerlo á otros.

—Bien puede ser, dijo Bálsamo; pero no penseis en eso, añadió con imperioso tono.

Andrea recobró su serenidad acostumbrada.

—Duermen todos en la casa?

—Lo ignoro, replicó aquella.

—Miradlo bien.

—Hacia qué parte quereis que mire?

—En primer lugar hacia vuestro padre. ¿Dónde está?

—En su habitacion.

—¿Qué hace?

—Está acostado.

—¿Duerme?

—Nó; lee.

—¿Qué lee?

—Uno de esos malos libros que pretende que yo lea.

—Y que vos no quereis leer?

—Sí señor: contestó la jóven con el mayor desprecio.

—Muy bien! Podemos estar tranquilos por esa parte. Mirad ahora hacia el cuarto de Nicolasa.

—No tiene luz.

—Y la necesitais para ver?

—Si me lo mandais, nó.

—Bién! os lo mando.

—Ah! ya la veo!

—¿Qué hace?

—Está medio desnuda.... abre con tiento su puerta.... ahora baja por la escalera....

—¿Dónde se dirije?

—Se detiene en la puerta del patio....
se oculta tras esa puerta.... acecha....
espera....

Bálsamo preguntó entonces sonriendo:

—Es á vos á quien acecha y espera?

—Nó!

—Entonces podemos estar descuidados. Cuando una jóven está libre de su padre y de su doncella, nada tiene que temer, á menos que....

—Nó, repitió ella.

—Ah!!! contestais á mi pensamiento!

—Sí: lo veo.

—A nadie amais segun eso?

—Yo? replicó desdeñosamente la jcvn.

—Sin duda: creo nada tendría de extraño que amáseis á alguno. No habreis salido del convento para vivir encerrada, pues juntamente con el cuerpo, se dá libertad al corazon.

Andrea balanceó su cabeza, y contestó tristemente:

—Ay! mi corazon está libre!

Y una candorosa espresion de virjinal modestia, hermoseó su semblante de tal suerte, que Bálsamo, radiante de gozo,

esclamó juntando sus manos como dando gracias al cielo:

—Una pupila! Una somnámbula!

Y volviéndose hacia la hija del baron, repuso:

—Aun cuando no ameis, no faltará quien os ame.

—Lo ignoro, contestó la jóven con dulzura.

—Cómo! que lo ignorais? repitió Bál-samo con dureza. Reflexionad que cuando pregunto, exijo se me conteste.

Apoyó entonces por segunda vez la estremidad de la varita contra el pecho de la jóven.

Estremecióse de nuevo ésta con la impresion del dolor, aunque visiblemente menos agudo que antes.

—Ya sí! ya veo! exclamó; pero, ay! tened cuidado, pues de lo contrario, vais á matarme.

—Qué veis? preguntó Bál-samo.

—Nó!... no es posible!... replicó Andrea.

—Contestad! qué veis?

—Un jóven, que desde que salí del

convento, me persigue y acecha sin apartar de mí sus ojos, pero que siempre se oculta.

—Quién es?

—No alcanzo á ver su rostro, y solo distingo su traje. Está vestido al parecer de artesano.

—Dónde está?

—Al fin de la escalera: sufre... llora...

—Por qué no veis su rostro?

—Porque le oculta con sus manos.

—Ved al través de ellas.

Andrea hizo un gran esfuerzo, y exclamó:

—Jilberto! Bien decía yo que era imposible!

—Por qué causa?

—Porque no osaría amarme, contestó con orgullo la hija del baron.

Sonriose Bálsamo, pues conocia perfectamente á los hombres, y no ignoraba que el corazon allana toda distancia aun cuando sea un abismo.

—Y qué hace al fin de la escalera?

—Callad!... ahora separa las manos de su frente.... se apoya en el pasama-

no.... se alza.... sube....

—Donde sube?

—Aquí.... con todo, es inútil; no se atreverá á entrar.

—Y por qué no?

—Porque tiene miedo, contestó Andrea sonriendo con desprecio.

—Sin embargo, podrá escuchar.

—Sin duda; ahora aplica su oído á la puerta.

—Os incomoda?

—Sí, porque puede oirme.

—Será capaz de abusar, aun de vos misma á quien ama?

—Sí, en un ímpetu de cólera ó de celos.... oh! sin la menor duda: es capaz de todo en uno de sus arrebatos.

—Desembaracémonos de él, dijo el viajero adelantándose pronta y ruidosamente hacia la puerta.

No era sin duda llegada todavia la hora de probar la valentia de Jilberto, quien para no ser sorprendido, se montó en la baranda deslizándose hasta el fin de la escalera.

Andrea se sobresaltó y arrojó un gri-

to de espanto. Acudió entonces el extranjero y le dijo:

—No volvais á mirar hacia ese punto, pues los amores vulgares son de poca importancia. Quereis hablarme de vuestro padre el baron?

—Lo que querais quiero, contestó Andrea suspirando.

—Decidme: es efectivamente tan pobre como dice?

—Sí señor.

—Y lo es tanto que no pueda procuraros distraccion alguna?

—Ninguna absolutamente.

—Luego estareis muy aburrida en este castillo.

—Escesivamente.

—Sois ambiciosa tal vez?

—Nó.

—Amais á vuestro padre?

—Sí, contestó casi titubeando.

—Segun me pareció anoche, dijo Balsamo sonriendo, no es muy firme ese amor filial.

—Estoy disgustada, porque ha malgastado inconsideradamente los bienes de

mi madre, de manera que el pobre Casa-Roja se aburre en su guarnicion sin poder dar al nombre de nuestra familia el decoro que corresponde.

—Quién es ese Casa-Roja?

— Mi hermano Felipe.

—Por qué le nombrais Casa-Roja?

—Porque este es, ó por mejor decir era, el nombre de uno de nuestros castillos, y los primojénitos de la casa lo usaban hasta que por muerte de su padre tomaban el de Taverney.

—Quereis mucho á vuestro hermano?

—Ay! mucho! sí, mucho!.

—Mas que á nadie?

—Mas que á nadie.

—Y por qué le amais tan apasionadamente, siendo así que amais con tanta moderacion á vuestro padre?

—Porque su corazon es noble y sacrificaría con gusto su vida por mí.

—Mientras que vuestro padre?...

Andrea permaneció silenciosa.

—No contestais?

—No quiero contestar.

El viajero no juzgó oportuno violen-

tar en aquel momento la voluntad de la jóven. Además que quizá estaría ya suficientemente instruido sobre aquel asunto.

—Dónde está vuestro hermano en este instante?

—De guarnicion en Strasburgo.

—Le veis en este momento?

—En dónde?

—En Strasburgo.

—Yo no le veo.

—Conoceis la ciudad?

—Nó.

—Vamos; pues yo la conozco: queréis que le busquemos juntos?

—Sí.

—Está en el teatro?

—Nó.

—Y en el café de la Plaza con los demás oficiales?

—Tampoco.

—Mirad el cuarto de vuestro hermano, y decidme si está en él.

—Si no veo nada! me figuro que ya no está en Strasburgo.

—Conoceis el camino?

—Nó.

—Importa poco: yo le conozco. Vamos: está en Savernia?

—Nó.

—Y en Sarbruck?

—Tampoco.

—En Nancy?

—Aguardad!... aguardad!...

La jóven permaneció muda y pensativa; su corazon latía violentamente en su pecho.

—Lo veo! lo veo! exclamó con estrepitosa alegría; ay!... qué dicha... mi querido Felipe!...

—Veamos, qué hay?

—Querido Felipe! prosiguió Andrea con ojos radiantes de gozo.

—Dónde está?

—Cruza á caballo una ciudad que conozco muy bien.

—Cuál es?

—Nancy! Nancy! donde estuve en el convento!

—Etais segura de que es él?

—Oh!... sí!... los hachones que le rodean, alumbran muy bien su rostro.

—Hachones? dijo Bálsamo admirado.

Qué hachones son esos?

—Está á caballo! á caballo! junto á la portezuela de un magnífico coche brillante como el oro.

—Ah!... exclamó el viajero, que al parecer venía en conocimiento de aquel suceso; y quién viene en ese coche?

—Una jóven!... Oh! y qué majestuosa!... qué graciosa.... y qué hermosa es!... Ay! si creo que la he visto otras veces! nó, nó, me equivoco; pero.... es muy parecida á Nicolasa.

—Cómo! Nicolasa se parece á esa jóven tan altiva, tan majestuosa y tan bella?

—Sí; pero á la manera que el jazmin á la flor de lis.

—Decidme: qué sucede en este momento en Nancy?

—La jóven se inclina hacia la portezuela.... hace una señal para que se aproxime Felipe: éste obedece y se acerca, saludando con el mayor respeto.

—Podreis oir su conversacion?

—Escucharé, dijo Andrea imponiendo silencio á Bálsamo con un ademán,

para que ningun ruido pudiese distraer su atencion.

—Oigo! oigo! murmuró.

—Qué dice la jóven?

—Le dice con mucho agrado, que mande apresurar la marcha, y que esté dispuesta la escolta para las seis de la mañana, porque quiere detenerse durante el dia.

—Dónde?

—Eso mismo le pregunta mi hermano. Ay! Dios mio! quiere parar en Taverney y conocer á mi padre!... Cómo! detenerse en tan mezquina casa una princesa de un rango tan elevado!... Qué nos haremos sin vajilla y casi sin mantelería?

—Sosegaos. Todo quedará arreglado.

—Ay! gracias! gracias!

Y la jóven, que se habia incorporado un instante, cayó rendida en su sillón, exhalando un profundo suspiro. Al punto Bálsamo se aproximó á ella, y mudando por medio de pasas magnéticas la direccion de las corrientes de electricidad, devolvió la tranquilidad del sueño á aquel hermoso cuerpo vencido de cansancio, y

á aquella frente que abrumada caía sobre su palpitante seno.

Un sueño dulce y tranquilo se apoderó de Andrea.

—Recupera tus fuerzas, le dijo Bál-samo contemplándola con un sombrío éxtasis, porque en breve volveré á necesitar de toda tu lucidez.

—Oh ciencia! prorumpió con exaltada fé: sola tú dices verdad! luego por tí sola debe el hombre sacrificarlo todo! Qué hermosa es esta mujer!... Oh Dios mio! qué ángel mas puro!... Tú lo sabes, tú que crias los ángeles y las mujeres!! Pero.... en este momento, qué atractivo tiene para mí la hermosura?... Qué vale la inocencia?... Una simple lección, que solo me pueden dar la hermosura y la inocencia!... Muera la criatura por mas hermosa, por mas pura y por mas perfecta que sea, con tal que hable!... Mueran las delicias del mundo entero, amor, pasión, éxtasis, con tal que yo pueda marchar siempre con fijo y seguro paso.

Y tú, jóven, tú que con algunos segundos de sueño has recuperado por el

solo poder de mi voluntad, tantas fuerzas como si hubieses dormido veinte años, despierta, ó por mejor decir, vuélvete á sumerjir en tu divinatorio sueño. Necesito aun que hables: para mí solo vas á hablar esta vez.

Y estendiendo de nuevo sus manos hacia Andrea, la obligó á enderezarse bajo la influencia de un soplo poderoso.

Despues, quando conoció que ya estaba dispuesta y sumisa, sacó de su cartera un papel doblado, que encerraba un rizo de pelo tan negro y luciente como el azabache. Los perfumes de que estaba impregnado, habian vuelto trasparente el papel.

Bálsamo puso el rizo en la mano de Andrea, y la dijo:

—Ved!

—Otra vez! exclamó la jóven angustiada. Ay! por Dios! dejadme descansar; padezco mucho! Qué bien me hallaba ahora poco, Dios mio!

—Ved! contestó Bálsamo apoyando despiadadamente la estremidad de su vara de acero en el pecho de la jóven.

Ésta torció convulsivamente sus ma-

nos, tratando sustraerse á la tiranía del experimentador. Sus labios se llenaron de espuma como sucedió en otro tiempo á la Sacerdotisa de Apolo, sentada sobre el trípode sagrado.

—Jesus! ya veo! ya veo! exclamó con la desesperacion de su voluntad vencida.

—Qué veis?

—Una mujer.

—Bueno! murmuró Bálsamo con salvaje alegría; la ciencia no es una palabra vana como la virtud! Mesmer, venció á Bruto. Veamos: descifradme esta mujer para que yo conozca si estais equivocada.

—Alta y morena, ojos y cabello negros, brazos robustos....

—Qué hace?

—Corre, vuela y huye en un magnífico caballo cubierto de sudor.

—Hacia qué parte se dirige?

—Hacia esta!... hacia esta!... contestó la jóven señalando al Oeste.

—Por el camino real?

—Sí.

—De Chalons?

—Sí.

—Muy bien! Lleva el mismo camino que yo. Como yo, vá á París; allí la alcanzaré.

Y dirijiéndose á la jóven, quitándole el rizo que esta no habia abandonado:

—Ya podeis descansar, le dijo.

Los brazos de Andrea cayeron inmo-
bles á lo largo de su cuerpo.

—Volved al piano.

Dió la hija del baron un paso hacia la puerta; pero sus rodillas quebrantadas por una indecible fatiga, se negaron á sostenerla, y vaciló.

—Recobrad fuerzas y seguid, gritó Bálamo envolviéndola con mayor cantidad de flúido.

Andrea imitó al jeneroso alazan que toma aliento para obedecer la voluntad de su amo por mas injusta que sea, y marchó.

Bálamo abrió entonces la puerta, y Andrea que permanecía dormida, bajó lentamente la escalera.

CAPÍTULO X.

Nicolasa Legay.

Jilberto habia sufrido durante el interrogatorio de Andrea, las mas crueles angustias.

Agazapado en la escalera, no osando llegarse á la puerta para escuchar lo que pasaba en la cámara roja, concibió tal desesperacion, que atendidos los impetuosos arrojós de su carácter, podía esperarse que uno de sus arrebatos pusiese fin á este drama.

Aumentábase aquella desesperación por el conocimiento que tenía de su inferioridad y flaqueza. Bálsamo no era mas que un hombre; porque Jilberto, filósofo y *espíritu fuerte*, creía poco en sortilejios; pero aquel hombre era vigoroso, Jilberto endeble, aquel valiente, y éste demasiado jóven para serlo. Veinte veces se levantó para subir la escalera y hacer frente al viajero si la ocasion lo exigía, y otras tantas sus piernas se dobla-

ron trémulas, y cayó sobre sus rodillas.

Recordando entonces que La-Brie, que era á la vez cocinero, lacayo y jardinero, se servía de una escalera de manos para emparrar en la pared los jazmines y madreselvas, trató de ir la á buscar para apoyarla contra la galería de la escalera, y escuchar desde allí todo cuanto pasara en el aposento del extranjero.

Se dirigió corriendo al jardín para apoderarse de ella; pero al bajarse á cojerla, sintió un ligero ruido en la casa, y volvió al punto hacia ella su vista.

Parecióle divisar en la oscuridad una sombra que cruzó el fondo oscuro que trazaba la puerta enteramente abierta, tan rápida y silenciosa, que mas parecia la de un espectro que la de un viviente.

Abandonó la escalera, y se dirigió hacia el castillo, dándole fuertes latidos su corazón.

Ciertas imaginaciones son precisamente supersticiosas; y de ordinario las mejor dotadas y mas exaltadas, aceptan la ficción mas fácilmente que lo verdadero, encontrando lo natural demasiado

comun, se dejan siempre arrastrar por su instinto hacia lo imposible, ó al menos hacia lo ideal.

He aquí por qué se apasionan de algun bosque sombrío, creyendo encontrar cavernas tenebrosas, pobladas de espíritus y fantasmas. Los antiguos, esos célebres poetas, soñaban con ellas en medio del día, con la diferencia de que su sol, foco de luz ardiente, del cual solo nos restan sus reflejos, ahuyentaba la idea de las larvas y fantasmas, figurando en su lugar las risueñas Dríadas y las ligeras Oréades.

Nacido Jilberto en un país nebuloso donde las ideas son mas lúgubres, creyó ver pasar una vision, y esta vez, á pesar de su incredulidad, todo cuanto le dijo aquella jóven al huir de Bálsamo, se presentó á su imaginacion? ¿No podia aquel hechicero invocar un fantasma, teniendo, como lo habia demostrado, la facultad de arrastrar al mal, al ángel mismo de la pureza?

Jilberto llamaba siempre en ayuda de su imaginacion, un segundo impulso peor

que el primero, y era la reflexion. Reunió entonces todos los argumentos de los espíritus fuertes contra las sombras, y el artículo *Espectros*, del *Diccionario filosófico*, le animó aumentando su pavor con mayores fundamentos.

Si habia visto algo, debia ser persona viva, é interesada en espiarle.

Sus temores le indicaban por una parte á M. de Taverney, y su conciencia por otra, le apuntaba el nombre de otra persona.

Alzó entonces su vista hacia la buhardilla de Nicolasa, y no pudo descubrir claridad alguna al través de los vidrios, pues ya hemos dicho que habia apagado la bujía.

Profundo silencio imperaba en toda la casa, á escepcion del cuarto del forastero. Miró y escuchó atentamente, y no sintiendo nada, volvió á apoderarse de su escalera, convencido ya de que tendria sus ojos turbados como los de un hombre á quien el miedo hace latir el corazon con violencia, y que aquella vision seria mas bien efecto de una intermiten-

cia de su facultad perceptiva, que el resultado de su ejercicio.

En el momento mismo en que apoyaba su escalera en la pared, y tenia puesto el pié en el primer escalon, la puerta de Bálsamo se abrió, para dar salida á Andrea, que bajó sin luz y sin ruido, como si un poder sobrenatural guiase y sostuviese sus pasos.

De esta suerte llegó á la meseta de la escalera, rozó con el traje el sitio donde se habia ocultado Jilberto, y prosigió su camino.

Seguro de no ser sorprendido por hallarse todos los de la casa encerrados en sus aposentos, nuestro jóven hizo un violento esfuerzo, y siguió á Andrea andando de puntillas y arreglando sus pasos al de aquella, para no ser oido.

Cruzaron juntos la antesala; pero Jilberto, con el corazon partido, se detuvo en la puerta mientras Andrea fué á sentarse junto á su clave, sobre el cual continuaba ardiendo la bujía.

Destrozábase Jilberto el pecho con sus uñas, al pensar que en aquel mismo

sitio y una hora antes, habia besado la mano de aquella jóven, sin que se hubiera disgustado, y que allí habia esperado ser dichoso! La indulgencia de Andrea dimanaba sin duda de esa profunda corrupcion, tal como Jilberto habia leído en las novelas de la biblioteca del baron, ó de alguna de esas decepciones de los sentidos, semejante á las que él habia visto analizadas en algunos tratados fisiológicos.

—Ah! murmuró entonces fluctuando entre ambos pensamientos; puesto que el ánjel se despoja de su túnica virjinal, puesto que arroja al viento su castidad y candor, yo tambien recojeré algun trozo de su virtud, yo tambien esplotaré su corrupcion, y me aprovecharé como todos del error de sus sentidos!!

Resuelto á verificarlo, se lanzó hacia la sala; pero en el momento de entrar, una mano que salió de la oscuridad, se apoderó fuertemente de su brazo.

Jilberto se volvió al punto espantado, pareciéndole que el corazon saltaba de su pecho.

—Ah! me lo negarás ahora? insolente

te! pronunció á su oído una voz irritada; di, me negarás que tienes citas con ella?... podrás decir que no la amas?...

Faltaron las fuerzas á Jilberto para desprender su brazo de aquella opresion.

Hubiera podido fácilmente verificarlo, porque el puño de hierro que tan enérgicamente le aprisionaba, era la débil mano de una jóven, y esta jóven era Nicolasa!

—Vamos á ver: qué quieres tú ahora? le preguntó en voz baja y con impaciencia.

—Hola! conque deseas que nos oigan? dijo Nicolasa alzando la voz.

—Nó! nó! lo que deseo es que te calles, contestó Jilberto apretando los dientes y empujando á Nicolasa hacia la antesala.

—Pues entonces, te has de venir conmigo!

Cabalmente era lo que deseaba Jilberto, porque de ese modo se alejaba de Andrea.

—Lo que tú quieras. Vamos andando.

Siguió efectivamente á Nicolasa, quien le hizo entrar en el jardin, cuidando de cerrar muy bien la puerta.

—Pero mira que la señorita se irá á su cuarto; vá á llamarte para que la ayudes á meterse en la cama, y no podrás oirla.

—Estás muy equivocado si crees que estoy ahora para pensar en eso. Me importa muy poco que me llame ó no me llame; lo que quiero es hablarte.

—Pero, mujer, no podías dejar eso para mañana? Bien sabes que la señorita es muy severa y que....

—No faltaría otra cosa! y conmigo! que venga!...

—Mira, Nicolasa; te prometo que mañana....

—Déjame de mañana! buenas promesas tienes para que una se fie! No dijistes que me esperarías á las seis junto á la casa Roja? Y dónde estabas á esa hora? dí. Ni fuistes tú quien trajo á ese forastero? quien crea en tus palabras.... vaya!... tanto caso hago de ellas, como de las del director del convento de la

Anunciada, que habia jurado guardar el sijilo de la confesion, y le faltaba tiempo para contar nuestros pecados á la superiora.

—Nicolasa, mira que si se enteran, te van á despedir.

—Y á tí no te despedirán tambien? Ya! como eres el galan de la señorita.... el baron se asustará quizá....

—A mí! dijo Jilberto, no hay motivo alguno para que me despidan.

—Oye, acaso te habrá dado licencia el baron para que enamores á su hija! No creyera yo que fuese tan filósofo.

Una sola palabra hubiera bastado á Jilberto para justificarse con Nicolasa, ó al menos para probarle que no habia complicidad por parte de Andrea, pues solo con referirle cuanto habia visto, por mas increíble que pareciera, gracias á esa buena opinion que las mujeres forman unas de otras, no hubiera puesto dificultad en creerlo. Pero una idea oculta detuvo al jóven en el momento mismo de hacer aquella revelacion. El secreto de la hija del baron era de aquellos que en-

riquecen á un hombre, bien desee los tesoros del amor, bien codicie otros mas materiales y positivos.

Del primer jénero eran los que ansiaba nuestro jóven, y calculó que la indignacion de la doncella era menos peligrosa, que apetecible la posesion de su ama. Decidióse por tanto á ocultar desde luego las estrañas aventuras de aquella noche.

—Pues lo quieres, espliquémosnos.

—Sí y pronto, contestó Nicolasa cuyo carácter enteramente opuesto al de Jilberto, no la dejaba dueña de ocultar ninguna de sus sensaciones. Pero ahora conozco que tenias razon al decir que no estábamos bien aqui: vamos á mi cuarto.

—A tu cuarto! exclamó sobresaltado el jóven: no es posible.

—Y por qué?

—Porque podrán sorprendernos.

—Esta es otra! replicó aquella con desdenosa sonrisa; quién vendrá á sorprendernos? La señorita quizá? Con efecto, estará muerta de celos por tan apuesto doncel; pero poco se temen á las personas cuando se conocen sus secretos. Ah! ah!

conque la señorita Andrea tiene celos de Nicolasa! Por mi vida que nunca esperé tal honra.

Y una carcajada hueca y terrible como el ruido sordo de una lejana tormenta, dejó mas espantado á Jilberto que pudiera hacerlo una invectiva ó amenaza.

—Nicolasa, yo no temo por la señorita sino por tí.

—Ah! ya te entiendo!... Ahora recuerdo haberte oido decir que donde no hay escándalo, no hay pecado. A veces se vuelven jesuitas los filósofos, aunque el vicario de la Anunciada me ha dicho tambien eso mismo antes que tú. Por eso sin duda son durante la noche vuestras citas con la señorita. En fin, basta ya de malas razones; vamos á mi aposento.

—Nicolasa!!... dijo Jilberto rechinando los dientes.

—Qué!!...

—Cuidado conmigo!... contestó aquel acompañando estas palabras con un ademán amenazador.

—Bah! no me asustas. Una vez me pegastes porque tenias celos.... Entonces

me querias todavía.... ocho dias despues de nuestro *dia feliz*; y yo me estuve quieta. Pero hoy, no dejaré que me pegues, oyes?... Nó! nó! porque ahora soy yo la celosa y tú no me quieres.

—Qué harás? dijo aquel asiéndola por la muñeca.

—Qué haré! Chillaré tanto, que la señorita vendrá á preguntarte con qué derecho das á Nicolasa, lo que es de ella sola en este momento. Conque haz el favor de soltarme, que te tiene cuenta.

Dejando entonces libre la mano de la doncella y arrastrando con precaucion su escalera, Jilberto la colocó en la parte exterior del pabellon de modo que llegase casi á la ventana de Nicolasa.

—Para que veas lo que es la buena suerte, esa escalera destinada sin duda para asaltar la estancia de la señorita, vá á servir para bajar con el mayor primor de la buhardilla de Nicolasa Legay. Qué halagüeño es esto para mí!

Creyendo la doncella tener el triunfo entre sus manos, se apresuró á aprovecharse de él con la precipitacion de aque-

llas mujeres que á no ser efectivamente superiores á sí mismas en el bien ó en el mal, pagan siempre muy cara esta tan decantada primera victoria.

Jilberto que habia conocido lo falso de su posicion, siguió á la jóven reuniendo todas sus ideas y preparándose para la lucha que debia sostener.

Como hombre prudente, se aseguró de dos cosas. En primer lugar se informó al pasar por la ventana de la hija del baron, que ésta permanecía en la sala; y luego que llegó al cuarto de Nicolasa, que podia sin temor de romperse la cabeza, ganar el primer escalon y deslizarse hasta el suelo.

Nada desmerecía del resto del castillo el aposento de Nicolasa por su sencillez.

Este era un desvan, cuyas paredes estaban ocultas bajo un papel de fondo gris con ramos verdes. Sus muebles consistian en un catre, una gran maceta de jeringio colocada cerca de la ventanilla, y una enorme caja de carton que Andrea le habia prestado, la cual desempeñaba juntamente los oficios de cómoda y mesa.

Nicolasa se sosegó mientras subía la escalera, Jilberto por el contrario, temblando aun por el recuerdo de las pasadas agitaciones, no podia adquirir su carácter sereno y se irritaba á medida que la jóven se tranquilizaba por el conocimiento de su superioridad.

Hubo algunos instantes de silencio, y Nicolasa dirijiendo una mirada ardiente é irritada, lo interrumpió diciendo:

—Conque amas á la señorita y me has estado engañando?

—Quién te ha dicho eso?

—Es claro! tienes citas con ella!...

—Cómo sabes que he tenido citas con ella?

—Pues con quién estabas ahora en el pabellon? Con el hechicero?

—Quizà! ya sabes que soy ambicioso.

—Dí mas bien envidioso.

—Es la misma idea espresada en buenas ó malas palabras.

—Ya que hablas de ideas, dejemos las palabras. No me quieres, es verdad?

—Yo si.... te quiero como siempre.

—Pues por qué te alejas de mí?

—Porque cada vez que nos encontramos, no haces mas que buscar quimeras.

—Precisamente es porque no hacemos mas que encontrarnos de paso.

—Bien sabes que siempre he sido poco sociable y que soy amante de la soledad.

—Ay! perdóname: yo no sabia que para buscar la soledad se necesitase una escalera.

Jilberto quedó vencido en este primer punto.

—Vamos! sé franco si puedes serlo, y confiesa que ya no me quieres, ó que cuando menos, nos quieres á ambas.

—Bien! Y si así fuera, qué dirías?

—Diría que era una infamia.

—Eso no se llama una infamia, sino un engaño.

—De tu corazón?

—No, de nuestra sociedad. Tú misma sabes que hay naciones donde cada hombre tiene siete ú ocho mujeres.

—Sí, pero no son cristianos, contestó Nicolasa llena de impaciencia.

—Mas en cambio son filósofos, repuso orgulosamente Jilberto.

—Bueno! Veamos señor filósofo, qué os parecería si os imitara y buscasse un segundo amante?

—No quiero ser injusto ni tirano contigo: tampoco trato de comprimir los movimientos de tu corazon.... siempre ha consistido la santa libertad en respetar el libre albedrío.... Bueno; consiento en que mudes tu amor, pues no quiero obligarte á una fidelidad, que segun mi opinion, no es natural.

—Lo estás viendo? gritó Nicolasa; negarás ahora que ya no me quieres?

La principal fuerza de Jilberto, consistía en la discusion, no porque su entendimiento tuviese la lógica necesaria, sino porque era paradójico. Además, por muy cortos que sus conocimientos fueran, siempre escedian á los de Nicolasa, que habia únicamente leído libros de distraccion, al paso que aquel, por el contrario, se entretenía en estudiar los que juzgaba instructivos y útiles. Por lo tanto, ya empezaba á recuperar con la discusion

la serenidad que la otra iba perdiendo.

—Teneis memoria, señor filósofo? preguntó con irónica sonrisa la doncella.

—A veces. Contestó Jilberto.

—Os acordais de lo que me dijisteis cuando llegué cinco meses há de la Anunciada, con la señorita?

—Nó; pero podrás recordármelo.

—Me dijistes. Mira, soy pobre! y por cierto que era un dia que leíamos el *Tanzai*, bajo una bóveda del antiguo castillo hundido.

—Bueno! prosigue.

—Temblabas mucho aquel dia.

—Bien puede ser, pues naturalmente soy tímido, y trato de corregir ese defecto como todos los que tengo.

—De suerte que cuando logres corregirlos todos, quedarás perfecto, dijo la jóven riendo.

—Al menos seré fuerte, porque la fuerza proviene de la sabiduría.

—Quieres decirme dónde has leído eso?

—Qué te importa? Sigue con lo del dia de la bóveda.

La doncella conoció que iba perdiendo cada vez mas terreno.

—Pues bien. Soy pobre, me dijistes, nadie me ama porque ignoran lo que pasa aqui.... y al mismo tiempo dabas golpes en tu corazon.

—Te equivocas, Nicolasa, si yo daba golpes en alguna parte al decir eso, no debia ser en el corazon sino en la cabeza. El corazon no es mas que una bomba que comprime la sangre dirijiéndola á las estremidades. Y si nó lee en el *Diccionario filosófico* el artículo *Corazon*.

Y el que se habia humillado ante Balsamo, alzaba ahora erguida su frente con presuntuosa altanería.

—Tienes razon, sería en la cabeza donde golpeabas. Digo pues, que golpeándote la cabeza, proseguias: aquí me tratan como á un perro, y peor que á un perro porque al fin Mahon es mas dichoso que yo. Te contesté que hacian mal en no quererte, y que si hubieras nacido hermano mio yo te hubiera amado mucho. No quisiera engañarme pero me parece que al decir esto no hablaba con

la cabeza, sino con el corazon porque á la verdad no he leído el *Diccionario filosófico*.

—Pues te has engañado.

—Me estrechastes entonces en tus brazos. Eres huérfana, me dijistes, yo tambien lo soy: si la naturaleza no nos ha unido por los vínculos de la sangre, nos ha hecho hermanos en la miseria y abyeccion. Amémosnos pues como hermanos, y aun mas; porque si lo fuésemos, la sociedad nos prohibiría amarnos como quiero que me ames y.... acompañastes estas últimas palabras con un ardiente beso.

—Bien! No lo niego.

—Y pensabas lo que decias?

—Sin duda. Has dicho tú alguna vez una cosa sin pensar en ella en el acto de decirla?

—De modo que hoy....

—Hoy tengo cinco meses mas; sé cosas que entonces ignoraba; acierto muchas sin haberlas visto y pienso de distinto modo que antes.

—Hola! Conque confiesas que eres falso, embustero é hipócrita! exclamó Nicolasa arrebatada.

—Yo nó! Entonces tambien lo sería un caminante á quien preguntasen al cruzar por un valle qué tal le parecia aquel pais, haciéndole igual pregunta luego que se hallase en la cumbre de la montaña que le ocultaba su estension. Ya lo ves; esta comparacion es exacta, puesto que abrazo ahora con mi vista un horizonte mas dilatado.

—De modo que no te casarás conmigo?

—Nunca te lo he prometido, respondió Jilberto con desprecio.

—Ah! Ah! exclamó la jóven irritada. Sabed, caballero, que Nicolasa Legay vale tanto como Sebastian Jilberto!

—Todos los hombres son iguales, contestó aquel; pero la educacion y la naturaleza han establecido entre ellos una diferencia en valor, que consiste en el mayor ó menor desarrollo de sus facultades.

—De suerte que teniendo tú esas facultades mas desarrolladas que yo, tendrás tambien mas valor?

—Naturalmente. Ya veo que aun cuando no raciocinas, principias al menos á comprender.

—Si señor! exclamó Nicolasa exasperada; sí señor! ya comprendo....

—Qué comprendes?

—Que eres un malvado.

—Puede que así sea. Hay muchos que nacen con malas inclinaciones; pero también tienen voluntad para dominarlas. M. Rousseau nació con instintos hacia el mal, y llegó á corregirse á pesar de todo. Yo espero hacer lo mismo.

—Dios mio! Dios mio! gritó la jóven, cómo he podido querer á un hombre como este!!

—Nunca me has querido, replicó friamente Jilberto; no he hecho mas que agradarte. Vinistes de Nancy, donde solo habias visto seminaristas que te causaban risa, ó militares que te asustaban. Ambos éramos jóvenes, inocentes y deseosos de dejar de serlo: la naturaleza nos hablaba con su acento irresistible. Hay una cosa en nuestras venas que se enciende cuando deseamos algo; cierta inquietud, cuyo remedio se busca en los libros, que en vez de aminorarla, la acrecientan. Acuérdate que leyendo estábamos,

no cuando cedistes , porque bien sabes que nada tuve que solicitar de tí, puesto que nada me reusastes; sino cuando encontramos el nombre de un secreto desconocido y ese nombre fué, durante uno ó dos meses, *felicidad*. En este tiempo, en vez de vivir, no hemos hecho mas que vejetar. Y quién diría que hemos de ser eternamente desgraciados el uno por el otro, porque hemos sido dos meses felices el uno por el otro? Calla, mujer, si se comprometiera uno de ese modo al dar y recibir la felicidad, sería preciso renunciar al libre albedrío, y esto es un absurdo.

—Son esas las doctrinas que enseña la filosofía?

—Sí.

—Entonces nada respetan los filósofos?

—Respetan la razon.

—De manera, que yo que quería ser honrada....

—Dispénsame si te digo ser ya demasiado tarde....

Enrojeció y palideció á un tiempo el semblante de la jóven, como si una rueda

hiciera que cada gota de su sangre diera vuelta en rededor de su cuerpo.

—Honrada segun tú mismo. Acuérdate que repetidas veces has dicho para consolarme, que una esposa es honrada, cuando guarda fidelidad á aquel cuyo corazon ha elejido. Olvidastes ya esa teoría sobre los casamientos?

—Yo no he hablado de casamientos, sino de uniones, pues siempre he estado resuelto á no casarme.

—Que nunca te casarás?

—Nunca. Me he empeñado en ser sabio y filósofo. La ciencia exige el aislamiento del espíritu, y la filosofía el del cuerpo.

—Sois un hombre despreciable, señor Jilberto, y ahora conozco que valgo mas que vos.

—Reasumamos, dijo aquel levantándose, porque perdemos el tiempo, tú diciéndome injurias y yo escuchándolas. Me has amado porque has querido; no es así?

—Sin duda.

—Luego no es razon, para hacerme

desgraciado, que hayas hecho tu gusto.

—Qué necio! dijo la doncella: me cree pervertida y aparenta no temerme!

—Temerte yo! Estás loca! qué puedes contra mí? Vamos, mujer, los celos te ofuscan.

—A mí celos! contestó con febril sonrisa la jóven; bah! qué disparate! Y de qué habia de tenerlos? Hay acaso una muchacha mas linda que yo en toda esta comarca? Si tuviera las manos blancas, como las tendré el dia que no trabaje, no valdré tanto como la señorita? Y mis cabellos? míralos:—y la jóven desató la cinta que los sujetaba;—mis cabellos pueden cubrirme de piés á cabeza. Soy alta, bien formada,—y Nicolasa oprimia su talle entre sus manos.—Mis dientes parecen perlas. Si miro á alguno y me sonrío, le veo sonrojarse y estremecerse, no pudiendo sostener el peso de mi mirada; y aunque seas el primer amante que haya tenido, no eres el primer hombre con quien he sido coqueta. Escueha, Jilberto, añadió la jóven con tono imponente; te ries? pues créeme, no me obligues á de-

clararte la guerra; no quieras que me aparte enteramente del estrecho sendero en que me detiene todavia no sé qué vago recuerdo de los consejos de mi madre, y qué monótona prescripcion de mis plegarias infantiles. Teme, Jilberto, si del todo abandono el pudor, porque no solo serás responsable de las desgracias que recaigan sobre tí, sino tambien de las que resulten á los demás.

—Sea enhorabuena, repuso éste; veo que te vas elevando demasiado, y me voy convenciendo de una cosa.

—Cuál?

—Que si me determinara ahora á casarme contigo....

—Bien!

—No habias de querer.

Despues de algunos instantes de reflexion, Nicolasa contestó crispando sus manos y rechinando los dientes:

—Creo no te equivocas, Jilberto. Imagino que tambien principio á subir esa montaña de que hace poco hablastes; creo que tambien mi horizonte se dilata; creo que estoy destinada á figurar en el mun-

do, y que es escasa suerte ser mujer de un sabio ó de un filósofo. Ahora, toma tu escalera, y ten cuidado de no romperte la cabeza, aunque me parece que esto sería una gran dicha para los demás, y aun quizá para tí mismo.

—Dicho esto, nuestra jóven volvió la espalda á su amante, y principió á desnudarse como si no estuviera presente.

Jilberto permaneció un instante inmóvil, indeciso, dudoso; porque la poesía de la cólera y la llama de los celos, habian revestido á Nicolasa de irresistible atractivo; pero resuelto á llevar á cabo su plan de romper con ella, resistió aquella tentacion que podia perjudicar á un mismo tiempo á su amor y su ambicion.

Al cabo de algunos segundos, Nicolasa que habia notado que el mayor silencio reinaba en su habitacion, tendió la vista en torno suyo, y se encontró sola.

—Marchó! murmuró. Sí!... marchó!!!

Dirijiose hacia la ventana.... nada vió.... todo estaba oscuro.... Acordándose entonces de su ama, bajó de puntillas la

escalera, y aproximándose á la puerta del aposento de aquella, escuchó....

—Bien! añadió: se ha acostado sola, y duerme.—Hasta mañana.—Ay! ó podré poco, ó sabré si ella le ama!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

— ¡Ay! ¿qué me dices? —
 — ¡Ay! ¿qué me dices? —
 — ¡Ay! ¿qué me dices? —
 — ¡Ay! ¿qué me dices? —

EL FIN DEL MUNDO

